

Rudyard Kipling

El libro de la
selva

E LEJANDRIA

El libro de la selva

Rudyard Kipling

**Libro descargado en www.elejandria.com, tu sitio web de obras de
dominio público**

¡Esperamos que lo disfrutéis!

Los hermanos de Mowgli

Mang, ese ciego con alas,

suelta las bridas de la noche.

Rann es su amigo, en él cabalga.

Duermen las vacas sueños torpes.

Los corderos tiemblan, balan,

y tras la puerta se esconden.

Somos dueños hasta el alba.

Queremos siempre ser libres,

fuerza, pasión desatada.

Que abunde siempre la caza.

Será así, si en la Ley vives.

LAS COLINAS DE SEEONEE PARECÍAN UN

horno. Padre Lobo, que había pasado todo el

día durmiendo, se despertó. Se rascó, bostezó y

fue estirando una tras otra las patas. Quería

desprenderse de todo el sopor y la rigidez que

se había acumulado en ellas. Madre Loba esta-

ba echada. Su cabeza gris reposaba, en señal de

cariño y protección, sobre los lobatos, cuatro animalitos indefensos y chillones. La Luna brillaba en todo su esplendor nocturno fuera de la cueva.

—¡Ahuuigr! —sentenció Padre Lobo—. Es hora de salir de caza —y ya estaba a punto de lanzarse pendiente abajo, cuando se presentó a la entrada de la cueva una sombra menuda y furtiva; era bien visible su cola esponjosa. Empezó en tono lastimero:

—Buena suerte, jefe de los lobos. Y que la misma buena suerte sea siempre con tus hijos. Que puedan estar eternamente orgullosos de sus fuertes colmillos. Y que jamás les falte el apetito.

Era el chacal —Tabaqui el lameplatos— el que así habló. En la India los lobos desprecian a Tabaqui por ser un chismoso. Siempre anda con cuentos e historias de un lado para otro. También lo desprecian por su dieta: despojos y todo

lo que haya mínimamente aprovechable en cualquier basurero.

Despreciable, sí, pero temible. Mas que cualquier otro animal, cuando a Tabaqui le entra la locura, se olvida de su miedo y muerde todo lo que le sale al paso: cosas y animales. Son los momentos en los que hasta el tigre no se atreve a vagar libremente por la Selva. Les preocupa hasta el solo pensamiento de poder verse reducidos ellos mismos a una situación tan deplorable. Porque, en la Selva, la locura es considerada como una deshonra, la mayor de todas. Nosotros sabemos que se trata de la hidrofobia*. Pero ellos le dan simplemente el nombre de locura.

—De acuerdo. Pasa y busca —dijo Padre Lobo—, pero quiero que sepas de antemano que no hay comida.

—A buen seguro que no la hay para un lobo —contestó Tabaqui—, pero para un animal como

yo, hasta un hueso mondo es un excelente banquete. Nosotros, el Pueblo de los Chacales, no tenemos elección a la hora de comer.

Se dirigió sin dilación hacia el fondo de la cueva. Encontró un hueso de gamo. Todavía tenía algo de carne adherida. Empezó a triturarlo con fruición.

—Gracias por tan excelente comida —dijo relamiéndose—. ¡Qué hijos tan hermosos tienes! ¡Cómo se adivina en ellos la nobleza! Tienen unos ojos enormes. Y qué maravilla de juventud la suya. Aunque nada de esto me debería extrañar. Los hijos de los reyes son hombres desde que nacen.

Tabaqui sabía de sobra que no ayuda a la buena crianza alabar a los lobatos estando ellos presentes. El descontento se reflejaba en la actitud de Madre Loba y de su pareja.

Tabaqui guardó silencio un momento como recreándose en el mal que había hecho. Luego,

añadió escupiendo sus palabras:

—El Gran Shere Khan ha cambiado su territorio de caza. Estas colinas serán su cazadero durante las próximas semanas, hasta que cambie la Luna.

Shere Khan era el tigre que ahora merodeaba cerca del río Waingunga, a pocos kilómetros de distancia.

—¿Por qué lo ha hecho? No le asistía ningún derecho —dijo furioso Padre Lobo—. De acuerdo con la Ley de la Selva, nadie puede cambiar de territorio de caza sin previo aviso. Espantará la caza en kilómetros a la redonda. Y entonces tendré que trabajar el doble para encontrar el alimento de mi familia.

—No olvidemos que su madre siempre lo llamó Lungri, el Cojo. Por algo sería —dijo Madre Loba quedamente—. Es cojo de nacimiento. Jamás ha sido capaz de matar otra cosa que animales domésticos. Por eso, al sentirse perse-

guido por los campesinos ribereños del Wain-gunga, se ha venido hasta aquí para causarnos mil problemas. Por su culpa no dejarán de revolver hasta el último rincón de la Selva, en su intento de encontrarlo y de matarlo. Pero el se marchará. Y nosotros tendremos que irnos lejos con nuestros cachorros. Sabemos que estas fiestas terminan siempre con el incendio de la maleza. Eso se lo tendremos que agradecer a Shere Khan.

—Si queréis, como muestra de agradecimiento, le puedo transmitir vuestros deseos —dijo Tabaqui.

—Largo de aquí, miserable —gritó enfadado Padre Lobo—. Largo de aquí y vete a cazar a la sombra de tu amo. Ya has hecho tu mala acción de la noche.

—Tranquilo, ya me voy —dijo en tono insidioso Tabaqui—. Aunque realmente me podría haber ahorrado traeros la noticia. Vosotros mismos

podéis oír desde aquí a Shere Khan rugiendo en la espesura.

Padre Lobo escuchó atentamente. En el fondo del valle se oía esa especie de lamento seco, rabioso y chirriante que emite el tigre cuando está ayuno de presa. Y le tiene sin cuidado que se entere de su fracaso toda la Selva.

—¡Qué estúpido! Habrá pensado que aquí los gamos son como los pesados bueyes en el Waingunga.

—Cuidado. No es precisamente bueyes lo que está buscando. Busca al hombre. Le ha vuelto rabioso el olor de hombre y lo busca —dijo Madre Loba.

El lamento se había convertido en un ronquido que parecía surgir de las entrañas de la tierra llenando el universo entero. Era esa clase de ruido infernal que asusta a los leñadores, obligados a dormir al raso, y a los vagabundos. En ocasiones les hace enloquecer de tal modo que,

sin darse cuenta, se arrojan a las fauces mismas de la fiera.

—El hombre —dijo Padre Lobo abriendo sus mandíbulas y enseñando las formidables filas de dientes—. ¡Qué asco! Habrá agotado ya los escarabajos de nuestros campos y las ranas de nuestros estanques para que, de repente, se le haya ocurrido que le apetece carne humana. Y, además, en nuestro propio territorio.

La Ley de la Selva prohíbe taxativamente* a toda fiera comer carne humana. Hay una sola excepción: matar para enseñar a los cachorros a hacerlo. Pero entonces es también preceptivo que se haga fuera del territorio de caza de la manada. Y hay una razón muy poderosa para ello: matar a un hombre trae como consecuencia segura que, tarde o temprano, hombres blancos invadan la Selva armados de fusiles, acompañados por hombres de color equipados con todos los instrumentos capaces de producir

el mayor ruido. En la Selva todo es entonces dolor y sufrimiento.

Las fieras saben que el hombre es el animal más indefenso de la naturaleza. No es una presa digna de un cazador que se precie de serlo. Y añaden —y es cierto que los que se acostumbran a comer carne humana son atacados por la sarna* y pierden pronto los dientes.

El feroz ronquido se fue haciendo de una gran intensidad. Terminó con ese rugido inconfundible del tigre en el momento del ataque.

Casi enseguida Shere Khan aulló de una forma absolutamente impropia de un tigre.

—Ha fallado su golpe —comentó Madre Loba—
—. ¿Qué pasa?

Padre Lobo avanzó unos pasos fuera de la caverna. En la maleza estaba Shere Khan gruñendo furiosamente, mientras se revolcaba despedido.

—¡No puede ser mas estúpido! Se le ha ocurri-

do la idea genial de saltar la barrera de fuego preparada por unos leñadores. Se ha quemado las patas —dijo Padre Lobo malhumorado—. Y, claro, allí esta Tabaqui con el.

—Hay algo que sube por la colina —dijo Madre Loba orientando en aquella dirección los pabellones de sus orejas—. Debemos estar preparados.

Muy cerca crujieron los matorrales. Padre Lobo se agachó y se apoyó en los cuartos traseros, presto a saltar. Lo que sucedió a continuación fue algo extraordinario: el lobo saltó, lanzándose al ataque contra algo desconocido. Y cuando estaba en pleno salto, intentó detenerse. El impulso lo levantó, pero vino a caer casi en el mismo sitio.

—Un hombre —dijo disgustado—. Una cría humana. Mira.

Se encontró frente a él. Estaba apoyado ligeramente en una rama baja. Era un niño moreno.

Apenas podía andar. Era precioso, apretado de carnes, fino, desnudo, una criatura perfecta.

Jamás se había presentado algo semejante ante la cueva de un lobo. El niño lo miró y se rió tranquilamente, sin miedo alguno.

—¿Es eso un chachorro de hombre? —dijo Madre Loba—. Es la primera vez que veo uno.

Tráemelo.

Un lobo esta acostumbrado a mover a sus pequeños. Los lleva de un lado a otro. Hasta puede transportar un huevo en la boca sin romperlo. Las dos mandíbulas se cerraron sobre la espalda del niño, que no sufrió el mínimo rasguño. Estaba perfectamente cuando fue colocado entre los lobatos.

—Pequeño, desnudo y atrevido —dijo con dulzura Madre Loba. Mientras tanto, el niño empujaba como un cachorro más para acercarse y sentir el calor de la piel de Madre Loba—. Mira, se alimenta con los demás. Así que esta es una

cría de hombre. He aquí una loba que va a vanagloriarse durante toda su vida de haber tenido una cría humana entre sus hijos.

—Sé que en la historia ha habido casos semejantes. Pero nunca ha sucedido algo parecido en nuestra manada. Al menos, nadie lo recuerda —
—dijo Padre Lobo—. No tiene pelo. Y esta tan indefenso que si lo golpeara ligeramente con una pata, lo mataría. Y, sin embargo, nos mira sin miedo.

La luz de la Luna iluminaba débilmente el interior de la cueva. De repente todo quedó a oscuras. Shere Khan metió su cabezota y parte de su cuerpo en la entrada. Tabaqui le chillaba la noticia por detrás:

—Señor, estoy seguro, se ha metido aquí.

—Nos sentimos honrados con tu visita, Shere Khan —dijo Padre Lobo, aunque sus ojos expresaban a gritos lo contrario—. ¿Qué deseas, Shere Khan?

—Mi presa, sólo eso. Perseguía yo a sus padres.

Pero han huido abandonando a su cachorro. Te lo exijo.

Todavía brillaba en los ojos de Shere Khan la furia de su fracaso y de sus quemaduras al saltar por encima de la hoguera de los leñadores.

Dentro de la cueva se estaba seguro. Padre Lobo lo sabía muy bien. Nunca lograría Shere Khan pasar su corpachón a través de la boca de entrada. También sabía que, si tenía que pelear, no lo haría cómodamente. Tendría que hacerlo encogido. Sería lo mismo que si dos hombres intentaran pelear metidos en un mismo barril.

—Te recuerdo que los lobos son un Pueblo Libre —le gritó Padre Lobo—. Sólo obedecen las órdenes del jefe de su manada. Nunca las de un payaso desfigurado a brochazos, un cazador, como tú, de animales mansos. La cría de hombre es nuestra. Y si queremos, la mataremos. Lo haremos nosotros, no tú.

—¡Si queremos! ¿Qué lenguaje es ése en el que alardeáis de vuestra capacidad de elección?

¡Por el toro que maté!, estoy harto de seguir oliendo vuestra asquerosa guarida. Reclamo la justicia y mi derecho. ¿No os dais cuenta de que os está hablando Shere Khan?

El tigre rugió. Su malestar llenó los rincones más oscuros de la cueva. Madre Loba se separó de sus lobatos. Se acercó a Shere Khan. Sus ojos brillaban como dos enormes y amenazantes lunas verdes.

Ahora soy yo, Raksha, el demonio, quien te contesta. La cría humana es mía, Lungri, totalmente mía. Nadie la matará. Y tú la verás corriendo con nuestra manada, entregada, como los demás, al riesgo de la caza. Y tengo que advertir a su señoría, fiero cazador de desnudos cachorrillos, devorador de ranas, matador de peces, que al final será esta cría humana quien le cace a usted. Ahora, apártese o por el maravi-

lloso y rapidísimo gamo que maté —yo no como ganado hambriento como hacen otros—, le aseguro, señor fiero y chamuscado, que le voy a hacer volver al regazo de su madre más cojo aún de lo que vino al mundo. ¡Fuera de aquí!

Padre Lobo miró con aire de asombro. Recordó de pronto algo que tenía casi olvidado: el día en que ganó en una apuesta de caza a Madre Loba y a otros cinco lobos. Cuando la llamó demonio, sabía lo que se decía. No lo hizo por galantería.

El mismo Shere Khan se dio cuenta de que sería capaz de luchar con Padre Lobo. Pero tenía todas las de perder si luchaba con Madre Loba.

Ella había escogido una posición maravillosa y Shere Khan sabía que pagaría con su vida una lucha con Madre Loba. Ella estaba dispuesta a llegar hasta el final. Se retiró con enorme disgusto de la boca de la caverna. Al verse libre gritó:

—¡Cada gallo canta en el palo más alto de su

gallinero! Tengo curiosidad por ver lo que dice la manada sobre este asunto. ¡Criar cachorros humanos! Veréis cómo al final el cachorro será mío, miserables ladrones.

Jadeante, Madre Loba se tumbó entre sus lobatos. Padre Lobo le dijo con aire preocupado:

—Aunque procedan de un enemigo, hay mucho de verdad en las palabras que nos ha arrojado a la cara Shere Khan. La manada tiene que estar enterada de todo. Hay que enseñarle este cachorro humano. ¿Sigues con la firme decisión de quedarte con él?

—¿Quedarme con él? —contestó como en un suspiro—. Nos llegó desnudo y de noche, abandonado y hambriento. Y te diste cuenta de que, a pesar de todo, no tenía miedo. Mira cómo manda en sus hermanos. Ha echado a un lado a uno de mis hijos. Y ese miserable carnicero cojo quería matarlo y huir luego al Waingunga. Después, en justa venganza, vendrían

los campesinos a sacarnos de nuestros cubiles.

Por supuesto que me quedaré con él. Y tú, re-nacuajo, estate quieto. Llegará un tiempo, Mowgli —ése será tu nombre en adelante, gran personaje—, en que no solamente no te dejarás cazar por Shere Khan, sino que lo cazarás tú a él.

La Ley de la Selva es clara: cualquier lobo, cuando se casa, puede dejar su manada. Pero en cuanto nacen los cachorros y pueden sostenerse en pie, el padre debe llevarlos al Consejo. Así, los demás lobos podrán identificarlos. Después, los lobatos pueden corretear por donde quieran. Y no hay causa alguna que exima de culpabilidad al lobo que, antes de que los cachorros hayan sido capaces de matar un gamo, de muerte a alguno de ellos. Se le buscará hasta el fin del mundo y se le impondrá la pena capital. Es evidentemente justo.

Padre Lobo esperó a que los cachorros fueran

capaces de corretear. Entonces, la noche en que se reunía toda la manada, los cogió, junto con Mowgli y Madre Loba, y se los llevó a la Roca del Consejo. Era una cima rocosa, llena de guijarros. El espacio era tan amplio que se podían reunir, bien guarecidos, hasta cien lobos. Allí estaba Akela, el Lobo Gris, enorme y solitario, echado sobre su piedra de presidente. Su fuerza y su habilidad le habían llevado a jefe de la manada. Debajo de él había hasta cuarenta lobos de toda edad y pelaje: los fuertes, que lo habían demostrado cazando en solitario un gamo, y los que sólo podían presumir de sus futuras hazañas. El Lobo Solitario era el guía de todos ellos desde hacía un año. Ya era leyenda el que había caído, siendo joven, por dos veces en una trampa. Y que en otra ocasión había sido apaleado hasta ser dado por muerto. Así pues, tenía sobrados motivos para conocer lo que eran los hombres. Poco se habló en aquella reunión. Los

lobatos armaban un jaleo enorme. De cuando en cuando, uno de los lobos viejos se acercaba a un cachorro, lo miraba con la mayor atención y se volvía a su sitio. Y todo ello se hacía en perfecto silencio. Luego, la madre acercaba su lobato al círculo para que, a la luz de la Luna, todos los lobos pudieran ver perfectamente a su cachorro. Akela, desde su roca, gritaba:

—Ya sabéis lo que dice la Ley. Lobos, mirad bien.

Y las madres, nerviosas y preocupadas, insistían en lo que Akela había dicho:

—Lobos, mirad bien, mirad bien.

Al final —momento en que Madre Loba sintió un escalofrío—, Padre Lobo empujó hacia el centro del claro a Mowgli, la Rana. El cachorro humano se sentó y sonrió al mismo tiempo que jugaba despreocupado con algunos guijarros que brillaban a la luz de la Luna.

Akela, sin prestar demasiada atención ni levan-

tar la cabeza, continuó su cantinela: Mirad bien.

Se oyó un rugido detrás de las rocas. Era Shere

Khan que gritaba:

—El cachorro humano es mío. Dádmelo. Nada

tiene que ver con el Pueblo Libre de los lobos.

Akela no hizo un solo movimiento y continuó gritando:

—Mirad bien, lobos. ¿Tiene algo que ver el

Pueblo Libre con lo que venga de alguien ajeno a él? Miradlo bien.

Se oyó claramente un coro de gruñidos. Un

lobo de unos cuatro años se hizo eco de la pregunta de Shere Khan y se dirigió a Akela:

—¿Qué tiene que ver el Pueblo Libre con una cría humana?

Hay una Ley de la Selva que dice que cuando aparezcan dudas sobre el ingreso de un lobo en la manada, su derecho tiene que ser defendido al menos por dos congéneres que no sean sus padres.

—¿Quién defiende los derechos de este cachorro? —preguntó Akela—. ¿Quién entre los miembros del Pueblo Libre habla en su favor?

Hay un animal de otra especie, el único, que puede tomar parte en el Consejo de la manada.

El oso, siempre soñoliento. Es el encargado de enseñar a los lobatos la Ley de la Selva. Baloo, con muchos años a sus espaldas, puede ir por todas partes. A nadie estorba. Sólo come nueces, raíces y miel. Se levantó sobre sus patas traseras y dijo:

—¿El cachorro humano? Quiero hablar en su favor. ¿Qué mal puede hacernos? No soy un brillante orador, pero pienso que debe ser integrado totalmente en la manada. Yo me encargaré de enseñarle.

—Es preciso que ahora hable otro —dijo Akela—. Ya ha hablado Baloo, el maestro de nuestros lobatos. ¿Quién sigue en el uso de la palabra?

En aquellos momentos se deslizó hacia el centro

del círculo una sombra. Era Bagheera, la pante-
ra negra, de un negro de tinta desde la cabeza a
la cola. La luz hacía aguas en su brillante piel.

Todo el mundo la conocía. Y era temida y res-
petada. Reunía en sí la astucia de Tabaqui, la
insolencia de un búfalo salvaje y la fiereza de
un elefante herido. Pero su voz era dulce como
la miel y su piel más suave que el plumón.

Akela —dijo como en un susurro—, y también
todos vosotros que pertenecéis al Pueblo Libre.

Se que no tengo ni voz ni voto en vuestras
asambleas. Pero vengo a recordaros que hay
una Ley en la Selva que otorga la posibilidad de
comprar un cachorro por un precio justo, salvo
en el caso de que el cachorro se haya hecho me-
recedor de la pena de muerte. Y nada dice la
Ley sobre quién puede ofertar para que la com-
pra se haga efectiva. ¿Estoy o no en la verdad al
interpretar la Ley?

—Está bien —dijeron los lobos jóvenes, siempre

hambrientos—. Que hable Bagheera. Está claro que se puede poner un precio al cachorro. Es lo que dice la Ley.

—Habla —gritaron a la vez un montón de voces.

—Pienso que es una vergüenza matar a un cachorro desnudo. Creo que os puede ser muy útil para la caza. Baloo ha hablado ya en su defensa. A lo que el ha dicho, añado yo ahora la oferta de un toro, un animal enorme que acabo de matar y que está cerca de aquí. El toro por la cría de hombre, según la Ley. ¿Estáis de acuerdo?

Siguió un confuso clamor que decía:

—No es un problema. De todos modos, se va a morir en cuanto lleguen las lluvias. Y si logra pasar el invierno, lo abrasarán los rayos del sol.

Una Rana como ésta no puede perjudicar a la manada. Que sea uno más entre nosotros. Bagheera, ¿dónde está el toro? Aceptamos tu pro-

puesta.

Entonces volvió a oírse el ladrido penetrante de Akela, que apremiaba:

—¡Miradlo bien! ¡Miradlo bien!, lobos de la manada. Mowgli estaba tan entretenido en sus juegos que no prestó atención cuando uno a uno se le fueron acercando los lobos. Se alejaron todos en busca del toro muerto. Se quedaron solos Akela, Bagheera, Baloo y la familia de Mowgli.

La noche repetía los rugidos de Shere Khan. Estaba rabioso. Otra vez se le había negado la presa.

—Amigo, ruge cuanto quieras —le dijo insolentemente Bagheera—. Y acuérdesse su señoría de lo que en estos momentos le digo: llegará un día en que esa cosa que tiene ahí delante desnuda le hará rugir, pero de una manera bien distinta.

—Hemos obrado sabiamente —dijo Akela—.

Con el tiempo los hombres se hacen muy prudentes. Nos puede ser de gran utilidad para la caza.

—Sí —ratificó Bagheera—. Puede sernos de gran utilidad. Nadie es jefe de la manada para siempre.

Akela pensó profundamente en un hecho que con el tiempo debía producirse: le empezarían a faltar las fuerzas. Sería considerado un elemento inútil y le condenarían a muerte. Otro le sucedería; y así se continuaría el ciclo indefinidamente.

—Llévatelo —le dijo a Padre Lobo—. Enséñale todo lo que debe saber uno de nuestra raza.

Y ésta es la historia de cómo Mowgli entró a formar parte de la manada de los lobos Seeonee. Su rescate fue un toro y su gran defensor, Baloo.

Ahora tenemos que saltar diez u once años.

Podéis adivinar lo feliz que sería la vida de

Mowgli con los lobos. No tenemos posibilidad de describirla. Ocuparía demasiados libros.

Creció junto a los lobatos, aunque ciertamente el ritmo del crecimiento fue muy distinto: los lobatos eran ya adultos cuando él todavía estaba en la primera infancia. Padre Lobo, con infinita paciencia, le enseñó el significado de todo lo que le rodeaba en la Selva: un mínimo crujido bajo la hierba, un soplo de aire en la tibieza de la noche, el ulular del búho sobre su cabeza, los distintos ruidos que hacen los murciélagos cuando se detienen en un tronco a descansar, arañando fuertemente, el menudo chapoteo de un pez cuando salta en una balsa. Todo encerraba para él un significado, como otras realidades tienen sentido para el hombre de negocios sentado en su oficina. Dedicaba al descanso placentero al sol los momentos en que no tenía que aprender algo. Dormía, comía y volvía a dormir. Si le molestaba el calor o su cuerpo le

pedía limpieza, se iba a nadar en las lagunas próximas. Si le apetecía comer miel —había aprendido de Baloo que lo más exquisito del mundo, tanto como la carne cruda, son las nueces con miel—, trepaba a los árboles para buscarla. Bagheera había sido su gran maestra en el aprendizaje de la trepa. La pantera, como jugando, se tendía sobre una rama y le llamaba: —Ven aquí, amiguito.

Mowgli se agarraba fuerte y torpemente a las ramas, como los perezosos. Pero enseguida empezó a volar de una rama a otra, como los monos grises.

También ocupó su puesto en el Consejo de la Roca. En esas reuniones se dio cuenta del extraño poder de su mirada: si miraba fijamente a un lobo, le obligaba a bajar la vista.

Al principio lo hacía a menudo porque le parecía divertido. Otras veces se entretenía arrancando de la piel de sus amigos largas espinas

que les causaban un dolor terrible. Es una de las causas fundamentales del sufrimiento de los lobos. También les quitaba los cadillos* de la pelambrera.

Por la noche descendía en loca carrera por la ladera de la colina y se acercaba a los campos de cultivo. Siempre le producía enorme curiosidad ver a los campesinos descansando en sus chozas, aunque no se fiaba demasiado de ellos.

Bagheera le había enseñado una caja cuadrada con una especie de ventana que se hundía en cuanto alguien se colocaba encima. Debajo

había un enorme agujero. Estaba tan bien disimulada en la maleza que estuvo a punto de caer dentro alguna vez. Le encantaba ir con la pantera al corazón del bosque. Dormía durante todo el día. Luego, por la noche, sentía un gran placer viendo cómo cazaba la pantera. Mataba de acuerdo con su apetito. Mowgli asimiló esta enseñanza. Lo primero que le dijo Bagheera es

que nunca debía matar animales mansos al servicio de los hombres. Un animal de esos había sido su rescate. Por eso estaba obligado a respetarlos.

—Todo lo que hay en la Selva es tuyo —le dijo Bagheera—. Puedes matar todo lo que esté al alcance de tus fuerzas y necesidad. Pero jamás toques una res mansa, ni siquiera para participar en el banquete que otros se estén dando.

Eso es lo que manda la Ley de la Selva.

Mowgli aprendió rápidamente, como lo hace cualquier niño que no necesita ir a ningún aula para aprender lo más elemental, y cuya única preocupación es buscar qué comer.

Madre Loba le advirtió muy seriamente que debía tener mucho cuidado con Shere Khan.

Así lo habría hecho de haber sido realmente un lobato. Aunque él tenía conciencia de serlo. Y habría respondido afirmativamente si alguien le hubiera preguntado si era un lobo.

Con demasiada frecuencia, Shere Khan se le hacía el contradicho. Akela envejecía, le abandonaban las fuerzas. El tigre había hecho gran amistad con los lobos más jóvenes, que le seguían esperando para recoger sus sobras, siempre excelentes. Akela nunca lo hubiera tolerado, pero no se atrevía a imponer su autoridad con la fuerza con que lo hacía antes.

Maliciosamente, Shere Khan se dedicaba a halagar a sus jóvenes amigos. Les decía que no comprendía cómo unos jóvenes fuertes como ellos se dejaban guiar mansamente por un viejo decrepito y un cachorro humano.

—Me han asegurado —les decía taimadamente Shere Khan— que no sois capaces de aguantar su mirada cuando os reunís en los Consejos.

Los lobos se sentían humillados, molestos. Respondían gruñendo, con el pelo erizado.

Bagheera, que parecía enterarse de todo y estar en todas partes al mismo tiempo, oyó eso y le

repitió a Mowgli con frecuencia que Shere Khan quería matarlo. Pero Mowgli respondía riéndose:

—Estoy seguro contigo y con la manada. Incluso Baloo despertaría de su pereza y golpearía fieramente para salir en mi defensa. No tengo motivo alguno de inquietud.

Un día de enorme calor Bagheera tuvo una idea. Tal vez se la sugirió una noticia que le dio Ikki, el puerco espín.

Le dijo a Mowgli cuando estaban en lo más intrincado de la Selva, en el momento en que el chico había tomado por almohada su piel:

—¿Cuántas veces te he dicho, hermano, que Shere Khan es tu enemigo personal?

—Yo creo que tantas como frutos cuelgan de esa palmera —Mowgli no sabía contar—. De todas formas, ¿qué pasa? Me estoy durmiendo. A Shere Khan le sobran palabras y cola. Se parece a Mao, el pavo real.

—No busques el sueño como excusa. No es hora de dormir. En la Selva lo sabe todo el mundo: Baloo, la manada, hasta los ciervos. Y tú mismo, puesto que te lo ha dicho Tabaqui.

—¡Ah, sí! —respondió Mowgli—. El otro día me vino con que yo no era más que una desnuda cría de hombre y que no valía ni para desenterrar raíces. Pero se llevó su merecido: lo cogí por la cola y le di un par de golpes contra una palmera. Y de paso le enseñé a ser más educado.

—Hiciste una tontería. Es cierto que Tabaqui es un chismoso, todo el mundo lo sabe. Pero conoce muchas cosas. Probablemente te hubiera dicho algo interesante. Shere Khan no se atreve a matarte en la Selva. Ves con toda claridad que Akela se está haciendo muy viejo. Pronto será incapaz de matar el solo a un gamo. En ese momento dejará de ser jefe. Los lobos que te admitieron en la manada son ya viejos. Y a los

jóvenes Shere Khan les ha metido en la cabeza
que no tienes derecho a pertenecer a la manada.

Enseguida te vas a hacer un hombre.

—¿Pues qué tiene de especial el hombre para
que no pueda vivir con sus hermanos? —dijo
Mowgli—. Nací en la Selva; he acatado sumi-
samente su Ley. A todos los lobos de la manada
les he arrancado alguna espina. ¿Por qué dudar
de que son mis hermanos?

Bagheera se tendió completamente y le dijo: —
Toca aquí, bajo mi quijada*.

Mowgli acercó la mano y notó un paquete de
músculos y una zona sin pelo, como si hubiera
estado despellejada durante algún tiempo.

—La Selva desconoce que yo tengo esta marca.
Es la que deja el collar. Porque yo, amigo, nací
entre los hombres. Y entre los hombres murió
mi madre, cautiva en las jaulas del Palacio Real,
en Oodeypore. Por eso pagué por ti el precio de
tu rescate. ¡Te vi tan desnudo y desamparado!

Ya ves, también yo nací entre los hombres. Desconocía la Selva. Me alimentaban en grandes cuencos de hierro tras los barrotes de una jaula. Un día se despertó en mí la conciencia de lo que realmente era: Bagheera, la pantera. No era un juguete. Rompí de un zarpazo la cerradura y me escapé. Mi larga experiencia entre los hombres me hizo terrible en la Selva, mucho más que Shere Khan. ¿No es así?

—Sí —dijo Mowgli—. En la Selva todos te tienen miedo menos yo.

—¡Oh! Tú eres un cachorro de hombre —dijo la pantera con enorme ternura—. Yo he vuelto a mi mundo, la Selva. Y tú tienes que volver al tuyo, los hombres, tus hermanos. Y ojalá puedas realizarlo. Quizá pidan tu muerte en el Consejo.

—Pero ¿por qué? ¿Quién va a tener interés en mi muerte? —dijo Mowgli.

—Mírame —le contestó Bagheera. Mowgli la

miró a los ojos sin pestañear. La pantera volvió la cabeza muy pronto—. Por eso —dijo cambiando su posición y acomodándose mejor en un lecho de hojas—. Ni siquiera yo puedo mirarte a los ojos, y eso que conozco bien a los humanos. Y, además, te quiero, hermano. Los demás tienen motivos para odiarte: no pueden resistir tu mirada, eres sabio, has arrancado espinas de sus patas y, en definitiva, eres un hombre.

—Desconocía todo eso —dijo Mowgli con el ceño fruncido.

—¿Sabes una ley de la Selva? Primero se pega y luego se avisa. Tienes tal confianza en ti mismo que andas absolutamente descuidado. Una prueba más de que perteneces a la raza humana. Tienes que ser prudente. Es seguro que en cuanto a Akela se le escape un gamo —cosa que resultará más fácil cada día— se enfrentará a él toda la manada. Y tú también caerás en desgra-

cia. Se convocará un Consejo de la Selva en la Roca. Y entonces... Tengo una idea —dijo Bagheera levantándose como impulsada por un resorte—. Vete a donde habitan los hombres. Coge una parte de la Flor Roja que ellos cultivan. Será para ti un apoyo mucho más firme que el mío. O que el de Baloo o el de tus fieles de la manada. Vete a buscar enseguida la Flor Roja.

Lo que Bagheera quería decir al hablar de la Flor Roja era el fuego. En la Selva nadie lo llama por su nombre. Tanto lo temen que no se atreven ni a nombrarlo.

—¿La Flor Roja? —dijo Mowgli—. ¿La que cultivan los hombres fuera de sus chozas en el crepúsculo? La cogeré.

—Así hablan las crías humanas —dijo Bagheera con orgullo—. La cultivan en unas macetas pequeñas. Roba una y guardala para cuando la necesites.

—Voy a buscarla —dijo Mowgli—. Pero, una pregunta —y mientras decía esto abrazaba el cuello de la pantera mirándola con ternura a los ojos—. ¿Estás segura, querida Bagheera, de que todo esto lo ha urdido Shere Khan?

—¡Por el cerrojo que me dio la libertad! Te lo juro, hermano.

—Pues entonces, ¡por el toro que sirvió para mi rescate!, voy a saldar mis cuentas con Shere Khan. Y quizá me tenga que dar más de lo que me debe —y salió disparado.

—Así son los hombres —musitó Bagheera mientras se tendía tranquilamente—. ¡Ah! Shere Khan. Tu empeño por cazar a esta Rana desde hace diez años será funesto.

Mowgli cruzó el bosque en loca carrera. Su corazón era un infierno de ira. Llegó a la cueva cuando ascendía la bruma vespertina, recobró el aliento y contempló el valle. Madre Loba estaba sola. Por cómo respiraba Mowgli, notó

enseguida que algo le pasaba a su querida Rana.

—¿Qué ocurre, hijo?

—Ese miserable Shere Khan, que es más charlatán que un murciélago —respondió Mowgli—.

Voy a cazar en campo abierto esta noche —y se fue hacia el fondo del valle. Se detuvo. La cacería estaba en todo su apogeo y se escuchaban los alaridos de la manada.

Estaban cazando. Se oían mugidos y el resoplar de un gamo acorralado. Entonces, un coro de voces venenosas e insultantes, las de los lobos más jóvenes, empezó a gritar:

—¡Akela! ¡Akela! ¡Akela! Que el Lobo Solitario nos demuestre su fuerza —se desgañitaban—.

Todos los honores para el jefe de la manada.

¡Akela! ¡Salta y abate a la presa!

Akela debió de saltar, pero se equivocó y el gamo lo derribó.

Mowgli sabía ya todo lo que tenía que saber.

Continuó su camino y le fueron persiguiendo los gritos, cada vez más lejanos a medida que se iba acercando a las tierras de labor. Allí vivían los campesinos.

—Bagheera tenía razón —dijo, tratando de recuperar su respiración normal. Se acomodó, al mismo tiempo que se ocultaba, en la hierba que encontró junto a una choza—. Mañana va a ser un día importante para Akela y para mí.

Miró por la ventana y vio el fuego que ardía en el suelo. Durante la noche, la esposa del campesino se levantó y arrojó al fuego una especie de piedras negras. Por la mañana, cuando la neblina parecía cubrir todo con su manto lechoso, un niño de la familia asomó por la puerta con un cesto, recubierto interiormente de tierra. Lo llenó de brasas, lo cubrió con una manta y salió a cuidar los búfalos que se impacientaban en el establo.

—¿Y es todo lo que hay que hacer? —dijo

Mowgli—. Si un pequeño como ése ha sido capaz de hacerlo, no es tan peligroso —dobló la esquina de la casa, se dirigió hacia el muchacho, le arrebató la cesta y desapareció en la niebla. El muchacho se quedó alelado por la sorpresa y luego comenzó a gritar.

—Son casi iguales a mí —dijo Mowgli, soplando. Imitaba lo que había visto que hacía la mujer—. Tengo que alimentarlo. Si no, se me va a morir —añadió. Empezó a avivar el fuego con ramas finas y cortezas de árbol. Cuando subía, en la mitad de la pendiente de la colina se topó con Bagheera. Su piel estaba cuajada de perlas de rocío.

—Akela falló el golpe —dijo la pantera—. Lo hubieran matado ayer por la noche de no haber querido mataros a los dos a la vez. Fueron en tu busca.

—Yo estaba entonces en las tierras de labor. Estoy preparado. Aquí tienes lo que me indicas-

te.

Mowgli levantó la cesta llena de fuego.

—Todo lo que has hecho está bien. Pero los hombres hacían algo más. Echaban una rama seca y brotaba la Flor. ¿Tienes miedo de hacerlo?

—No. ¿Por qué iba a tener miedo? Recuerdo que antes de ser lobo me acosté junto a la Flor Roja. Era caliente y agradable.

Durante todo el día Mowgli estuvo alimentando el fuego. Echaba ramas secas y se quedaba expectante. Le interesaba ver el efecto que producían. Por fin encontró una a su gusto. Producía una llama viva y rápida. Fue justamente antes de recibir la visita de Tabaqui. Éste le dijo sin miramientos que lo necesitaban en el Consejo de la Roca. Mowgli se rió descaradamente del chacal y se dirigió al Consejo sin perder la sonrisa.

Akela, el Lobo Solitario, se encontraba postrado

cerca del sitio que tenía siempre asignado en el Consejo. Era la señal de que había dejado de ser el jefe de la manada. Shere Khan se paseaba de un lado a otro, ante la complacencia de los lobos de su partido, lleno de orgullo. Bagheera estaba junto a Mowgli. Éste mantenía firmemente la cesta del fuego. Al completarse el número de los asistentes, Shere Khan tomó la palabra. Jamás lo habría hecho si Akela hubiera estado en plenas facultades.

—No tiene derecho —dijo por lo bajo Bagheera—. Dile que es de la misma raza que los perros. Verás cómo se refleja el terror en su cara. Mowgli se puso en pie.

—Pueblo Libre —gritó—. ¿Desde cuándo Shere Khan dirige la manada? ¿Por qué tenemos que aceptar la jefatura de un tigre?

—El puesto de jefe está vacante. Se me ha suplicado que hablara —dijo Shere Khan.

—¿Quién te lo ha pedido? ¿Nos hemos vuelto

todos unos míseros chacales para tener que
rendir pleitesía* a este carnicero despreciable?

La jefatura de la manada recae en sus propios
miembros.

Se oyeron feroces aullidos que decían:

—Cállate, cachorro humano.

—Dejadle hablar. Lo que hace está dentro de la
Ley.

Los ancianos de la manada se impusieron y
dijeron a gritos:

—Que hable Lobo Muerto.

Cuando el jefe de la manada falla el golpe de
prueba en la caza, recibe el nombre de Lobo
Muerto. Así se le llamará hasta el final de sus
días. No suelen ser demasiados.

—Pueblo Libre —dijo— y vosotros también,
chacales amigos de Shere Khan. A lo largo de
doce estaciones he sido vuestro jefe en la caza.

Nadie ha caído en trampa alguna o ha sido
malherido. Sí, he errado el golpe. Vosotros sa-

béis muy bien por qué. Me habéis enfrentado a un gamo descansado. Me habéis tendido una trampa. Queríais que se viera claramente mi debilidad. Tenéis derecho a matarme ahora mismo, aquí, a la vista de todos los miembros del Consejo. Sólo os pregunto: ¿quién de vosotros ejecutará la sentencia? De acuerdo con la Ley, tengo derecho a que os acerquéis uno a uno.

Se hizo un silencio sepulcral. Todos comprendieron perfectamente que no sería agradable batirse a muerte con Akela, aunque fuera viejo.

Shere Khan dijo con un rugido:

—Dejemos a ese carcamal. Se morirá pronto. El que ha vivido demasiado es ese cachorro de hombre. ¡Pueblo Libre! Fue una presa mía desde el principio. Dádmelo. Estoy harto de veros intentar hacer de él un lobo. En diez años no ha hecho más que causar molestias a todos en la Selva. Dadme a ese chachorro de hombre. Si no,

os juro que he de cazar siempre aquí y no os
daré ni un mísero hueso. Ese cachorro es simplemente un hombre, un chiquillo de los que
crían los hombres. Lo odio. Entonces se oyó un
aullido espantoso de más de la mitad de los
lobos que estaban en el Consejo:

—¡Un hombre! ¡Un hombre! ¡Nada tiene que
ver con nosotros hombre alguno! ¡Que se vaya
con los suyos!

—Y alzaré contra vosotros a la gente de las aldeas. No. Dádmelo. Es un hombre. La prueba
es que ninguno de nosotros es capaz de aguantar su mirada.

Akela levantó la cabeza:

—Ha comido con nosotros, ha dormido con
nosotros, nos ha ayudado a cazar, nada ha
hecho que vaya contra la Ley de la Selva.

Acordaos de que yo pagué un toro por su rescate. No es demasiado. Pero está mi honor por
encima de esta consideración. Y por mi honor sí

que estoy dispuesta a pelear —dijo Bagheera suavizando cuanto pudo el tono.

—¿Quién se acuerda de un toro de hace diez años? ¿Dónde estarán aquellos huesos? —dijeron entre dientes algunos miembros de la manada.

—Decid más bien que nada os importa una promesa —dijo Bagheera dejando ver sus blancos dientes—. Por eso se dice de vosotros que sois el Pueblo Libre.

—Un cachorro humano jamás podrá vivir con el Pueblo de la Selva. Entregádmelo.

—Es nuestro hermano en todo menos en la sangre —dijo Akela—. Y estáis decididos a matarlo. He vivido demasiado. Algunos de vosotros tienen el deshonor de alimentarse del ganado de los campesinos. Incluso me he enterado de que hay otros que por la noche, y dirigidos por Shere Khan, se dedican a robar niños a las puertas mismas de las chozas de los aldea-

nos. Los que hacen eso son unos cobardes. Por tanto, estoy hablando a unos cobardes. Se que voy a morir y que mi vida no tiene valor alguno. Si lo tuviera, la ofrecería gustosamente por la del chachorro de hombre. Pero por el honor de la manada —si es que eso todavía os dice algo, pues os habéis relajado totalmente desde que estáis sin jefe— os aseguro que si dejáis al cachorro de hombre ir con los suyos, mis dientes callarán a la hora de morir. Moriré sin luchar. Así se salvarán, al menos, tres vidas. Es todo lo que puedo ofreceros. Si seguís mi consejo, salvaréis una vida inocente. No recaerá sobre vosotros la vergüenza de matar a un hermano que ningún delito ha cometido. Y, además, un hermano por el que se pagó un rescate de acuerdo con la Ley de la Selva. Así es como llegó a ser uno de los nuestros.

—¡Es un hombre! ¡Un hombre! ¡Un hombre! — se oyó gruñir a los lobos. Todos se unieron a

Shere Khan. Éste se azotaba furiosamente los costados con la cola.

—Lo dejo todo en tus manos, Mowgli —dijo Bagheera—. Creo que vamos a tener que luchar.

Mowgli se levantó. Llevaba entre sus manos la cesta del fuego. Bostezó para disimular la ira que ardía en su corazón. Los lobos habían demostrado de qué raza eran. Lo habían odiado siempre y lo habían disimulado. En el fondo, sintió una enorme pena.

—¡Escuchadme todos! —gritó—. No hagáis comentarios inútiles como si fuerais perros. Me habéis gritado esta noche y repetidamente que soy un hombre. Me habéis convencido, aunque yo hubiera preferido seguir siendo un lobo toda mi vida. Para mí ya no seréis nunca más mis hermanos. Por eso os llamaré perros. Así es como os llaman los hombres. No tendreis poder de decisión de ahora en adelante. Seré yo quien os de órdenes. Y para que os enteréis perfecta-

mente, yo, que desde ahora seré un hombre para vosotros, os he traído una parte de la Flor Roja. Sí, esa Flor que tanto terror os causa. Al fin y al cabo sois perros.

Mowgli arrojó al suelo la cesta con las brasas. alguna de ellas prendió en la hierba seca. Ésta ardió inmediatamente. Todo el Consejo retrocedió asustado al ver las llamas.

Mowgli lanzó sobre el fuego la rama que tenía preparada. Cuando prendió, la cogió agitándola por encima de la aterrorizada manada.

—Te has hecho el amo —dijo Bagheera por lo bajo—. Salva la vida de Akela. Siempre ha sido un padre para ti.

Akela, aquel enorme lobo, siempre tan serio, que jamás había pedido a nadie misericordia, miró tristemente hacia donde estaba Mowgli. Éste mostraba toda su impresionante desnudez. La cabellera le caía hasta los hombros. La rama que había encendido lo iluminaba y hacía ex-

trañas figuras con las sombras.

—Bien —dijo Mowgli mirando tranquilamente a todos—. Está claro que sois unos perros. Me voy con los míos. Dejo la manada. Siento que tengo vedado hasta el último rincón de la Selva, como el último rincón de vuestro corazón. Pero creo que voy a ser mejor que vosotros. Teniendo en cuenta que, salvo de sangre, he sido un hermano para vosotros, os juro que cuando esté entre los hombres como uno más de ellos, jamás os traicionaré. Nunca haré lo que vosotros me habéis hecho a mí.

Dio un tremendo puntapié al fuego. Innumerables chispas llenaron el aire.

—Nunca habrá guerra entre nosotros —continuó—. Pero tengo que ajustar cuentas con alguien, antes de dejaros —se fue a grandes zancadas hacia donde se sentaba Shere Khan que, atónito, contemplaba las llamas. Lo cogió por debajo de la mandíbula inferior. Bagheera

estaba allí por lo que pudiera ocurrir.

—Perro, levántate —gritó Mowgli sin contemplaciones—. Soy un hombre y debes levantarte cuando te habla uno de mi raza. Si no lo haces, aquí mismo te abraso la piel.

Shere Khan hundió las orejas entre los pliegues de la piel de su cabeza. Cerró los ojos. Vio demasiado cerca la terrible Flor Roja.

—Este cazador de animales mansos juró que me mataría, y que lo haría delante de todo el Consejo. No pudo matarme cuando yo no era más que un cachorro. Éste es el trato que damos a los perros cuando tenemos la fuerza de los hombres. Shere Khan, mueve un solo pelo de tus bigotes, Lundri maldito, y te hundiré la Flor Roja hasta el gaznate.

Blandió la rama y pegó a Shere Khan en la cabeza. Éste, aterrorizado, lanzó un grito de dolor.

—¡Bah! ¡Marcha!, gato de la selva. Pero no olvi-

des lo que te voy a decir: cuando vuelva al Consejo de la Roca, y te juro por mi condición de hombre que volveré, lle varé mi cabeza cubierta con tu piel. Akela debe seguir viviendo cómo y donde le guste hacerlo. Mi voluntad es que viva y ninguno de vosotros lo matará. Estoy harto ya de veros aquí, con vuestras lenguas fuera. No sois más que unos perros a los que arrojo de este lugar. ¡Largo de aquí!

La rama ardía con toda su fuerza en esos momentos.

Mowgli empezó a vapulear con ella a los lobos que miraban atónitos desde el círculo. Huyeron todos aterrorizados al ver que el fuego quemaba su piel. Sólo se quedaron en el mismo sitio Akela, Bagheera y unos diez lobos, que siempre habían estado del lado de Mowgli. Sintió un terrible aguijón de pena en el alma. Lloró de forma desconsolada y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

—¿Qué me pasa...? ¿Qué me pasa?... —dijo—.

No quiero abandonar la Selva. No sé qué me pasa. Bagheera, parece que me estoy muriendo.

—No, hermano. Se trata sólo de lágrimas, como las que derraman los hombres —dijo Bagheera—. Ahora eres realmente un hombre. Ya has dejado de ser un cachorro humano. Ya no hay sitio para ti en la Selva. Deja que corran las lágrimas, Mowgli.

Mowgli, sentado, empezó a llorar. Parecía que su corazón iba a saltar en pedazos. Era la primera vez que lloraba.

—Me voy con los hombres —dijo—. Pero antes tengo que despedirme de mi Madre.

Se fue a la cueva donde estaba Madre Loba.

Siguió llorando sobre su piel. Mientras tanto, los cachorros aullaban lastimeramente.

—¿Me olvidaréis? —preguntó Mowgli.

—Nunca, mientras seamos capaces de seguir una pista —respondieron los cachorros—.

Cuando seas un hombre, no te olvides de venir al pie de la colina a hablar con nosotros. Cuando caiga el sol y venga la noche, iremos hasta las tierras de cultivo. Allí jugaremos como lo hemos hecho siempre.

—Vuelve pronto —dijo Padre Lobo—. Rana sabia, esperamos que vuelvas pronto. Ten en cuenta que Madre Loba y yo nos estamos haciendo viejos.

—Vuelve pronto —dijo Madre Loba—, desnudo hijo mío. Y escucha algo que he querido decirte más de una vez: aunque eres una cría de hombre, siempre te he querido más que a mis propios hijos.

—Claro que lo haré —dijo Mowgli—. Pero cuando vuelva, será para tender en la Roca del Consejo la piel de Shere Khan. Acordaos de mí. Y decid a todos mis hermanos de la Selva que no me olviden.

Era ya casi el alba cuando Mowgli dejaba la

colina, solo y en busca de unos seres misteriosos: los hombres.

CANCIÓN DE CAZA DE LA MANADA DE SEEONEE

La aurora está cerca y rompe la quietud el balido de la presa.

Una, dos y tres.

El lago, tranquilo, el ciervo a beber.

El gamo no espera.

Tenso, pendiente, al acecho, lo he podido ver.

Una, dos y tres.

La aurora está cerca y rompe la quietud el balido de la presa.

Una, dos y tres.

El lobo está atento, su hambre también.

Corre la noticia; volvamos a ver.

Mira, fresca está la pista.

Una, dos y tres.

La aurora está cerca y rompe la quietud un fuerte rugido.

Una, dos y tres.

Los pies van pisando, no se dejan ver.

La noche se ha hecho ojos, van adivinando.

Hay gritos, sollozos.

Una, dos y tres.

Kaa sale de caza

Leopardo, haces de tus manchas gala.

Búfalo, enamorado de tus cuernos;

como el agua que corre en la cañada,

mantén limpia tu piel y tus recuerdos.

Nada importa si un toro te voltea,

si el furor hunde su saña en tu cuerpo.

Sigue siempre el camino de tu empeño.

Una batalla nunca fue una guerra.

Ten piedad de los cachorros ajenos.

Tu padre los convidará a su mesa.

Son torpes, despreciables por pequeños.

Hijos son de la osa y su fiereza.

Orgulloso está el cachorro de su presa,

primera hazaña de un bravo montero.

*Viviendo la grandeza de la Selva,
imitará la humildad del romero.*

(Máximas
de Baloo)

TODO LO QUE VAMOS A CONTAR AHORA

sucedió no mucho tiempo antes de que Mowgli
fuera arrojado de la manada y de su venganza
contra Shere Khan. Baloo le enseñaba la Ley de
la Selva. El oso pardo, adusto, viejo, inmenso,
se sentía orgulloso de tener un discípulo tan
inteligente. Normalmente, los lobatos aprenden
sólo lo que hace referencia a las necesidades de
su manada. Es lo único que les interesa de la
Ley de la Selva. De la mítica Canción de Caza
sólo memorizan: *Pies silenciosos, ojos que traspasan la noche, orejas capaces de distinguir los distintos ruidos y a distancia, los dientes listos, esto es lo que caracteriza a nuestros hermanos. Todos somos así, menos Tabaqui, el chacal, y la hiena, a la que odiamos con toda el alma.*
Mowgli ya era un hombrecito, necesitaba

aprender mucho más. Bagheera sentía una gran curiosidad por ver los progresos del cachorro humano al que tanto quería. Descansaba contra un árbol y ronroneaba mientras escuchaba gustosamente cómo Mowgli recitaba su lección a Baloo.

Trepaba a los árboles ágilmente. Era para él un ejercicio tan normal como andar. Nadar y correr no tenían secretos para él. Por eso Baloo le enseñó la Ley del Bosque y la del Agua; la ciencia de distinguir una rama sana de una carcomida; la de hablar suavemente a las abejas salvajes cuando tuviera que pasar por debajo de una de sus colmenas, suspendida unos metros por encima de su cabeza; lo que tenía que decir a Mang, el murciélago, cuando éste se empeñara en no dejarlo descansar durante el día, y el lenguaje que tenía que emplear con las serpientes de agua antes de lanzarse a una laguna entre ellas.

Fue muy sabia para Mowgli la consigna del Cazador extraño. Hay que repetirla en voz alta hasta que alguien conteste: *Dadme permiso para cazar en este territorio. Tengo hambre.* La respuesta tiene que ser: *Caza, pero solamente para comer. No busques en la caza tu diversión.*

Ya veis la cantidad de cosas que tuvo que aprender Mowgli, y aprenderlas de memoria. Se cansaba, pues había cosas que tenía que repetir hasta cien veces. Hasta hubo un día en que Baloo le pegó. Cuando Mowgli se fue malhumorado, Baloo le dijo a Bagheera:

—Una cría humana es una cría humana. Debo enseñarle toda la Ley de la Selva. Debe aprender más que nadie.

—Pero ten en cuenta que es todavía un cachorro —dijo Bagheera enternecida. Hubiera llenado de mimos a Mowgli de haber estado encargada de su educación—. Su cabeza es todavía pequeña y tus enseñanzas demasiado largas.

No le pueden entrar en ella.

—Tú sabes que en la Selva pueden ser una presa hasta las criaturas más pequeñas. Eso es lo que trato de que Mowgli vaya aprendiendo. Y por eso le pego alguna vez. Pero siempre con amor, si es que, distraído, olvida algo.

—Hablas de suavidad y tienes las patas de hierro —gruñó Bagheera—. Hoy le has dejado toda la cara marcada. Y hablas de suavidad.

—Prefiero marcarle yo, llenarle la cara de cardenales, yo que lo quiero, que no verlo sufriendo por desconocer algo —contestó Baloo muy seriamente—. En estos momentos le enseño las Palabras Mágicas de la Selva. Éstas lo protegerán contra los pájaros enemigos, contra las serpientes, contra todo cazador, excepto contra los de su propia manada. Basta con que de ahora en adelante recuerde estas palabras y estará seguro en todas partes. Y ahora dime si no vale la pena que reciba algunos golpes.

—Pero ten cuidado, porque tú eres capaz de matar al cachorro de hombre. No lo confundas con un tronco de árbol y afíles en él tus garras. Explícame qué Palabras Mágicas son esas.

Normalmente seré yo quien preste ayuda en vez de pedirla —y mientras hablaba, dejaba ver sus terribles garras—. De todos modos me gustaría conocerlas.

—Que sea el mismo Mowgli quien te las aclare, suponiendo que esté de humor para hacerlo.

Ven aquí, pequeño.

—Me zumba la cabeza como si tuviera en ella un enjambre —dijo una voz fina y malhumorada. Era Mowgli, que se deslizaba por el tronco de un árbol y bajaba a tierra.

—Y que conste que si vengo es por Bagheera y no por ti, Baloo, saco de grasa.

—No doy importancia a lo que dices —dijo Baloo, que realmente se sintió herido por las palabras de Mowgli—. Repítele a Bagheera las

Palabras Mágicas de la Selva que has aprendido hoy conmigo.

—Las Palabras Mágicas forman un conjunto de lenguajes, hablados por diferentes pueblos.

¿Qué lenguaje debo hablar? Sabes que hay muchos, y los sé todos.

—Sabes algo. Menos de lo que crees. Está claro, Bagheera. No hay un solo lobato que se muestre agradecido con quien le enseña. Nadie da las gracias a Baloo. Habla de las palabras que se refieren al Pueblo Cazador.

—Los dos llevamos la misma sangre —dijo Mowgli imitando el acento de oso de todos los que cazan en ese territorio.

—Continúa con las de los Pájaros.

Mowgli las repitió. Y al final silbó como lo hace el buitre.

—Ahora quiero que me digas las de las Serpientes —dijo Bagheera.

Mowgli contestó con un silbido imposible de

describir. Hizo luego una pirueta salvaje, él mismo aplaudió su propia habilidad y se colocó de un salto a lomos de Bagheera. Se quedó de medio lado, golpeó con los talones el flanco de la pantera e hizo unas muecas horrorosas a Baloo.

—Veo que te has ganado limpiamente los cardenales —dijo lleno de ternura el oso—. Ya te sentirás agradecido algún día.

Le explicó a Bagheera, volviéndose hacia ella, cómo había pedido a Hathi, el más sabio de todos los elefantes, el que lo sabe todo, que llevara a Mowgli a una laguna. Una serpiente de agua había explicado a Mowgli su lenguaje.

Baloo era incapaz de pronunciar las palabras de las Serpientes.

Mowgli estaba a salvo de todo lo que de malo se le pudiera presentar en la Selva. Ningún animal le haría daño alguno, ni las serpientes, ni los pájaros, ni las fieras.

—Ya a nadie tiene que temer —dijo Baloo, golpeando suavemente su vientre gordo y peludo.

—A nadie, salvo a los miembros de su propia manada —dijo Bagheera en voz baja. Luego se

dirigió en voz más fuerte a Mowgli— ¿Qué haces con mis costillas, amigo? ¿Se puede saber por qué bailas de ese modo?

Mowgli intentaba hacerse oír por Bagheera y para conseguirlo le estiraba la piel y bailaba furiosamente sobre ella.

Cuando lo logró, gritó:

—Me van a dar una tribu. Y la dirigiré por entre las ramas de los árboles.

—Ya estamos con una de tus locuras. No sueñes —dijo Bagheera.

—Podré tirar ramas y toda clase de objetos sucios a Baloo —dijo Mowgli—. Es la promesa que me han hecho.

—¡Wufffl —la pata peluda y enorme de Baloo arrojó a Mowgli del lomo de Bagheera donde

estaba tan contento. Quedó tendido ante las patas delanteras de la pantera y se dio cuenta del mal humor que había despertado en Baloo.

—Mowgli —le dijo Baloo—, has hablado con el Pueblo de los Monos, los *Bandar-log*.

Mowgli fijó sus ojos en Bagheera. Quería saber si la pantera se había enfadado también. La expresión de sus pupilas era de enorme dureza. Brillaban como piedras de jade.

—Has estado con el Pueblo de los Monos; los despreciables monos grises, los sin Ley; los que comen todas las porquerías que encuentran. Es una vergüenza.

—Baloo me pegó en la cabeza —dijo Mowgli. Seguía aún tendido de espaldas—. Me marché y los monos grises bajaron rápidamente de los árboles, se acercaron y tuvieron compasión de mí. Fueron los únicos que mostraron tales sentimientos —al decir esto se veía que estaba profundamente dolido.

—Hablas de la compasión de los monos —dijo molesto Baloo—. Es como hablarme de la paz de las aguas que se despeñan torrencialmente desde la cumbre del monte. O como si me hablaras de la frescura del sol en verano. Ahora dinos qué ocurrió luego.

—Después me dieron nueces y otras cosas de un sabor exquisito. Me llevaron en brazos a lo más alto de los árboles. Me aseguraron que eran mis hermanos. Había una pequeña diferencia entre nosotros: que yo no tenía cola como ellos. Hablaron seriamente de que algún día yo sería su jefe.

—Mienten en esta ocasión como siempre. Jamás han tenido jefe —dijo Bagheera en el colmo de la indignación.

—Fueron maravillosamente amables conmigo. Me insistieron que querían que volviera a verlos. ¿Por qué siempre me habéis tenido apartado del Pueblo de los Monos? Es cierto que se

parecen a mí. Andan sobre dos pies como yo.

No me pegan ni tienen las patas duras. Su día es una pura diversión. Quiero subir adonde están ellos. Baloo, no seas malo. Quiero volver a jugar con ellos.

—Cachorro humano, quiero que me oigas bien

—le dijo Baloo. Su voz era como un trueno—.

Todo lo que sabes de la Ley de la Selva lo sabes

por mí. Y la Ley te servirá para tratar con todos

los animales de la Selva menos con los monos.

Son los únicos que no tienen Ley. Todo el mun-

do los rechaza. Ni siquiera tienen lenguaje pro-

prio. El suyo es una mezcla del lenguaje de to-

dos los demás animales. Están siempre a la es-

cucha desde las altas ramas. Sus caminos son

totalmente diferentes de los nuestros. Nunca

han llegado a tener jefes. Tampoco tienen me-

moría. Son unos charlatanes y unos presumi-

dos. Se creen serios y preocupados por proble-

mas importantes. Pero que caiga una nuez de-

lante de ellos, y todo se les convertirá en risa. Se les olvida todo. No tienen los mismos bebederos que nosotros. Tampoco tenemos los mismos lugares de caza, ni vamos adonde ellos suelen ir, ni morimos donde ellos mueren. ¿Me has oído hablar alguna vez de los *Bandar-log*?

—No —dijo Mowgli hablando muy bajo. Y es que el bosque se quedó completamente callado en cuanto calló Baloo.

—Todos los animales, el Pueblo de la Selva entero, los ha desterrado de sus conversaciones y de sus pensamientos. Son muy numerosos, sucios, maliciosos, desalmados. Lo único que les interesa es que nosotros nos fijemos en ellos.

Pero nada cuentan para nosotros en ningún momento, incluso cuando nos bombardean con inmundicias.

Apenas acabó de hablar, cayó desde lo alto de los árboles una lluvia de frutos y ramas, y se oyó en las alturas una sinfonía de toses, aulli-

dos y saltos locos de rama en rama.

—El Pueblo de la Selva no puede tener trato alguno con los monos. Tenlo siempre presente.

—Totalmente prohibido —confirmó Bagheera—

—. Y lo extraño es que Baloo no te lo haya advertido.

—¿Yo? Jamás podría haber adivinado que Mowgli iba a jugar alguna vez con semejante ralea. ¡Los monos! Me dan asco.

Se repitió el chaparrón. Baloo y Bagheera se fueron corriendo hacia otro sitio arrastrando consigo a Mowgli.

Baloo estaba en lo cierto con respecto a los monos. Vivían en las copas de los árboles. Las fieras no suelen mirar hacia lo alto. Por eso los caminos de los monos y los de los demás animales de la Selva jamás se cruzaban. Pero era doloroso que en cuanto veían a un animal de la Selva enfermo o herido, los monos se ensañasen con él. Arrojabán toda clase de cosas sobre

cualquier fiera. Y lo hacían sencillamente para llamar la atención. Aullaban, cantaban canciones estúpidas invitando a los demás animales a que se subieran a los árboles para pelear con ellos. Ellos mismos andaban siempre enzarzados en terribles luchas por cualquier nadería. Y eran desagradables hasta por el hecho de dejar sus muertos bien visibles. En muchas ocasiones habrían podido tener una organización con jefe, leyes y costumbres propias. Pero jamás lo lograban definitivamente. Peleaban, se olvidaban de todo y los consolaba esta frase: Toda la Selva llegará a pensar como nosotros pensamos ahora.

Ningún animal del bosque podía llegar hasta las alturas en las que ellos estaban. Por eso se emocionaron cuando Mowgli quiso compartir sus juegos. Y fue divertido, sobre todo porque vieron cómo todo eso molestaba a Baloo.

Así quedó todo. Normalmente los monos no

tienen iniciativa alguna. Pero uno de ellos pensó algo que a todos los demás les pareció magnífico. Era conveniente conservar en su tribu a Mowgli. Sabía entrelazar ramas. Y ese entramado era una magnífica protección contra el viento. Mowgli lo hacía casi sin darse cuenta. Al ser su padre leñador, solía construir chozas con ramas caídas. Mowgli había heredado esa habilidad. No pasó inadvertido a los monos ese hecho. Se vieron con un gran jefe y como el pueblo más sabio de la tierra. Seguramente todos los demás los admirarían. Por eso, sin hacer ruido alguno, siguieron a Mowgli, Bagheera y Baloo por toda la Selva. Mowgli se echó a dormir entre el oso y la pantera. Juró que jamás trataría con los monos.

Su siguiente recuerdo fue verse atrapado por unas manos fuertes y pequeñas, sentirse inmovilizado de brazos y piernas, el choque de unas hojas y luego mirar hacia abajo desde la altura

de los árboles.

Baloo despertó a toda la Selva con sus rugidos y Bagheera iba de árbol en árbol enseñando furiosa sus dientes terribles. Los monos treparon hasta las ramas más altas. Ni siquiera Bagheera se atrevió a seguirlos hasta allí.

Por eso gritaron triunfantes:

—Bagheera se ha fijado en nosotros. Se ha fijado en nosotros. Ya somos objeto de admiración para todo el Pueblo de la Selva.

Empezó la huida de los monos, una huida revestida de caracteres indescritibles. Tienen caminos en las copas de los árboles, atajos, subidas y bajadas, a una altura excesiva sobre el nivel del suelo: quince, veinte y hasta treinta metros. Son capaces de viajar de noche en ese laberinto. Dos de los monos más fuertes habían cogido a Mowgli por las axilas y le llevaban en volandas hasta la cima de los árboles, con unos saltos de siete metros. El peso del chico los las-

traba. Mowgli, casi mareado, sentía el cosquilleo de la emoción. Aunque, de cuando en cuando, ver la tierra allá abajo le producía sensación de vértigo. Era horrible pararse, balancearse, tomar impulso y saltar a otra rama. A veces estaba en las ramas más altas, temblando de miedo ante la posibilidad de que se rompieran. A los pocos segundos ya se encontraba en las ramas bajas del árbol siguiente.

Llegó en algunos momentos a tener la impresión de hallarse encaramado a un mástil, viajando en un mar verde. Sólo cuando el ramaje le sacudía la cara, se daba cuenta de dónde se encontraba. Así, entre resoplidos, saltos, ruidos y chillidos siguieron aquel camino loco. Mowgli iba conducido como un prisionero.

Hasta llegó a temer que lo soltaran dejándolo caer desde lo alto. Sintió una furia creciente.

Pero al ver cuál era su situación real, la de un preso, no quiso dar signos de rebeldía. Sí que

vio claramente enseguida que tenía que avisar a sus amigos, Bagheera y Baloo. Dada la velocidad con que los monos huían, se daba cuenta de que sus amigos se iban a quedar atrás.

Nada conseguía mirando hacia abajo. Sólo veía las puntas de las ramas.

Por un momento dirigió su mirada al cielo inmenso y azul, y vio en todo lo alto a Rann, el buitre. Como siempre, vigilaba la muerte de algún ser de la Selva. Vio que los monos llevaban algo y descendió unos cientos de metros en picado para ver el género de presa. En ese instante, llevaban a Mowgli en volandas hasta lo más alto de un árbol. El buitre le oyó gritar, se sorprendió y contestó con un silbido: Llevamos la misma sangre. La espesura se cerró de nuevo y Rann desvió su vuelo hasta el siguiente árbol, desde donde vio de nuevo a Mowgli.

—No dejes mi pista —gritó el chico—. Pasa el aviso a Baloo, de la manada de Seeonee, y a

Bagheera, del Consejo de la Roca.

—Dime en nombre de quién, amigo —dijo

Rann. Nunca había visto a Mowgli, aunque
había oído hablar de él en muchas ocasiones.

—Soy Mowgli, la Rana. Me llaman cachorro
humano. Sigue mi pista.

Apenas se oyeron las últimas palabras. Se sintió
balancear en el aire, listo para el próximo salto.

Rann hizo unas señales de asentimiento. Se
elevó hasta quedar reducido a un puntito insigni-
ficante. Pero nada de cuanto ocurría debajo
de él escapaba a sus ojos penetrantes. Pudo
seguir perfectamente el camino de los monos y
su prisionero Mowgli.

—Poco va a durar su huida —dijo riéndose so-
focadamente—. Estos monos son unos incons-
cientes en todo cuanto emprenden. Los *Bandar-*
log empiezan siempre mil cosas nuevas. Pero
tengo la impresión de que esta vez han ido de-
masiado lejos. Se van a arrepentir. Porque Baloo

y Bagheera no son precisamente seres indecisos y miedosos. Bagheera es capaz de matar algo más que cabras —se meció en el aire, recogió las patas, desplegó las alas y esperó.

Por su parte, Baloo y Bagheera se sentían consumir de furor. Bagheera subió hasta los árboles más altos. En más de una ocasión se rompieron las ramas. Lo que hacía era una temeridad que jamás había cometido. Cuando caía al suelo solía llevar las garras llenas de corteza. Tenía que aminorar el golpe de la caída agarrándose a las ramas y al tronco.

—¿Por qué no pusiste al cachorro humano sobre aviso? —decía en un tremendo rugido a Baloo, que con su trote pesado esperaba adelantarse a la loca carrera de los monos—. Fue una estupidez matarlo casi a golpes y, en cambio, no ponerle en guardia contra este peligro.

—Date prisa. Es posible que los alcancemos —decía Baloo extenuado.

—Creo que llevamos un paso que podría seguir cómodamente hasta una vaca. Gran Maestro de la Ley de la Selva, azotacachorros. Bastaría una corta distancia para hacerte reventar. Descansa y piensa. Piensa un plan. Sería peligroso hasta que los alcanzáramos. Asustados, lo podrían dejar caer.

—¡Brrr! Es posible incluso que ya lo hayan hecho, cansados de llevarlo. ¿Quién se puede fiar de los monos? Corona mi cabeza con murciélagos muertos. Aliméntame solamente a base de huesos viejos. Hazme caer de cabeza en una colmena de abejas furiosas que me piquen hasta matarme. Y, luego, entiérrame cerca de la madriguera de una hiena. Soy el oso más desgraciado que haya nacido. ¡Brrr! ¡Ah! ¡Mowgli! ¡Mowgli! ¿Por qué fui tan estúpido y, en vez de golpearte, no te previne contra los monos? Es posible incluso que mis golpes le hayan sacado de la cabeza mis lecciones y en estos momentos

se encuentre en la Selva desamparado, al no acordarse de las Palabras Mágicas.

Baloo metió la cabeza entre las patas delanteras y se convirtió en un puro sollozo.

—Ten en cuenta que a mí me las dijo correctamente hace muy poco tiempo todavía —dijo Bagheera impaciente—. Baloo —continuó—, has perdido completamente la cabeza y el respeto a ti mismo. Ponte en mi lugar y juzga lo que pensaría la Selva si me hiciera una bola como Ikki, el puerco espín, y me dedicara a lamentarme.

—Nada me importa lo que piense la Selva de mí. Es posible que a estas horas Mowgli ya haya muerto. —Sólo por pereza o por juego lo dejarían caer. Pero no hay que temer demasiado por el cachorro humano. Es listo, está bien formado y nadie es capaz de aguantar su mirada.

Pero hay que reconocer que la situación es grave. Está en poder de los monos. Nadie puede llegar hasta donde ellos viven. A nadie temen —

—Bagheera mordisqueaba nerviosamente una de sus patas delanteras.

—¡Tonto y necio de mí! No soy más que un desenterrador de raíces —dijo Baloo enderezándose de un salto—. Es una verdad evidente lo que afirma el sabio Hathi, el elefante, cuando dice: Cada uno tiene su propio miedo. El miedo de los monos es Kaa, la serpiente de la Roca. Sube a los árboles tan bien como ellos; les roba sus crías por la noche. Cuando oyen su nombre les castañetea los dientes. Vamos a hacer una visita a Kaa.

—¿Para qué? No es de nuestro pueblo, porque no tiene patas. Y está claro que es un saco de maldad. Lo lleva escrito en los ojos —dijo Bagheera.

—Tan vieja como astuta. Y siempre hambrienta. Prométele un rebaño entero de cabras —dijo Baloo lleno de esperanza.

—Sabes como yo que en cuanto come una se

pasa durmiendo un mes entero. Es posible incluso que en estos momentos se encuentre durmiendo. Y es posible también que prefiera cazar ella misma las cabras —Bagheera, que desconocía casi por completo a Kaa, desconfiaba de todo lo que concernía a la serpiente.

—Entre nosotros dos, viejo amigo, somos capaces de convencerla —Baloo frotó amistosamente con su paletilla la piel de la pantera. Y los dos juntos se fueron en busca de Kaa, la pitón que vive en la Roca.

La encontraron tendida al sol en el saliente de un peñasco. Contemplaba con admiración su propia piel, hermosa y brillante, nueva. Le había costado diez días cambiarla. Lo había hecho en el retiro más absoluto. Parecía una enorme joya, con su cabeza roma y su cuerpo de nueve metros enroscado en fantásticos anillos. Soñaba con su próxima presa.

—Estamos de suerte —dijo Baloo precavida-

mente y con satisfacción en cuanto vio su hermosa piel nueva—. Hay que tener cuidado.

Cuando muda de piel se queda medio ciega.

Ataca por puro instinto a todo lo que se le ponga por delante.

Kaa tenía a gala no ser venenosa. Despreciaba a las que lo eran. Su fuerza estaba en su capacidad de presión. Cuando se enroscaba alrededor del cuerpo de su presa, ésta se podía dar por perdida.

—¡Buena caza! —gritó Baloo sentado sólo sobre sus cuartos traseros.

Kaa era sorda, como lo son normalmente las pitones. Se preparó para el ataque enrollándose en forma de espiral, con la cabeza baja.

—Que la caza sea buena para todos —contestó—. ¡Ah! ¿Eres tú, Baloo? ¿Qué haces aquí? ¡Buena caza, Bagheera! Necesito comer. ¿Habéis visto algo cerca? Me conformo con un gamo, aunque sea joven. Me siento tan vacía como un

pozo seco.

—Vamos de caza —dijo Baloo sin dar importancia a sus palabras. No es una buena táctica meter prisa a las serpientes pitones. Son demasiado grandes para ser rápidas.

—Dejadme que vaya con vosotros —les rogó Kaa—. A Baloo y a Bagheera no les importa dar un zarpazo más o menos. Yo, en cambio, me veo obligada a esperar días enteros en alguna senda perdida del bosque. O subir a los árboles por la noche para sorprender a algún mono poco avisado. ¡Ssshs! Hay que tener cuidado además con las ramas. Están todas podridas, especialmente las mayores, o secas.

—Es posible que sea por tu peso —le dijo Baloo.

—Realmente no me falta longitud —contestó Kaa con aire de orgullo—. Pero sigo pensando que la culpa no es mía, sino del ramaje nuevo. En mi última cacería estuve a punto de caerme al suelo. Y al no tener fija mi cola al tronco del

árbol, produjo tal ruido que los monos se despertaron y comenzaron a insultarme.

—Lombriz de tierra, miserable y sin patas —
dijo como sin quererlo Bagheera.

—¡Ssshss! ¿Me han insultado así alguna vez? —
preguntó Kaa airada.

Así nos insultaron a nosotros *los Bandar-log* en
la Luna nueva pasada. No les hicimos caso.

Dicen cualquier cosa. Hasta que te has quedado
sin dientes, que tienes miedo a todo lo que sea
mayor que un cabrito —los monos son unos
deslenguados —y que tienes miedo a los cuer-
nos —siguió insidiosamente Bagheera.

Las serpientes pitones disimulan sus sentimien-
tos. jamás dan muestras de haberse encoleriza-
do. Kaa quiso mostrarse así. Pero Baloo y Bag-
heera vieron cómo se le hinchaban los enormes
músculos del cuello.

—Los monos han abandonado su territorio —
dijo con aparente tranquilidad—. Oí sus gritos

justamente cuando salía a tomar el sol. Se oían en las copas de los árboles.

—Pues precisamente vamos siguiendo su rastro —dijo Baloo.

No le salieron las palabras como él hubiera querido. Recordó de pronto que él era el primer animal de la Selva que había mostrado cierto interés por la vida de los monos.

—Evidentemente, el asunto debe de ser muy serio cuando vosotros, tan importantes en la Selva y entre los vuestros, estáis siguiendo el rastro de *los Bandar—log* —respondió con fina cortesía Kaa, al mismo tiempo muerta de curiosidad.

—Realmente —dijo Baloo—, yo soy un viejo maestro de la Ley, no demasiado inteligente, encargado de enseñársela a los lobatos de la manada de Seeonee, y amigo de Bagheera, que me acompaña.

Bagheera cerró con ruido sus mandíbulas. Ella

no era partidaria de falsas modestias.

—El asunto que traemos entre manos es éste —dijo Bagheera dirigiéndose a Kaa—; esos miserables y despreciables ladrones de nueces nos han robado a nuestro amigo, el cachorro humano. Seguramente habrás oído hablar de él.

—Sí, me dijo algo Ikki —ciertamente, está cada día más infatuado de sus púas— acerca de una cría de hombre admitida en una manada. Pero no lo tomé en serio. Ikki es un relator de noticias mal oídas y peor contadas.

—En esta ocasión estaba en lo cierto. Y se trata de un hombrecito maravilloso. Nadie hubo semejante a él —dijo Baloo—. Es inteligente, elegante, el mejor. Hará famoso mi nombre en toda la Selva, Kaa. Lo queremos locamente.

—¡Bueno! ¡Bueno!, que no sólo vosotros sabéis lo que es querer. Si yo hablara, os enteraríais de muchas cosas. —Nos las tienes que contar una noche de Luna y con el estómago lleno —dijo

Bagheera—. Los monos tienen en su poder a nuestro hombrecito. Y sabemos, Kaa, que eres tú el único animal de la Selva al que temen.

—A nadie más. Y no les faltan motivos para pensar así —dijo Kaa—. Los monos son unos charlatanes necios y vanidosos. Si tienen a un hombre entre ellos, está claro que corre peligro. Cogen una nuez, les cansa enseguida y la tiran. Cogen una rama, la llevan toda una mañana, dicen que van a hacer maravillas con ella y luego, sin saber por qué, la parten y la tiran. No quisiera estar yo en la piel del hombrecito. ¿Os acordáis si cuando me insultaron me llamaron pez amarillo?

—Sólo lombriz, lombriz de tierra —dijo Bagheera y algunas otras cosas que me avergonzaría repetir ahora.

—Creo que será conveniente recordarles que deben tener más respeto a su maestro. Sí, hay que refrescarles la memoria. Pero ¿tenéis idea

de adónde se han llevado al hombrecito?

—No. La Selva lo sabrá. Creemos que se lo llevaron hacia poniente. Pensábamos que tú lo sabrías.

—¿Yo? Los suelo atrapar, si se me ponen al paso, en los caminos. Pero nunca en las ramas ni en las lagunas.

—¡Eh! ¡Baloo, de la manada de lobos de Seeonee! ¡Mira hacia arriba!

Baloo vio a Rann, el buitre, que caía en picado desde el cielo. El sol alumbraba el borde levantado de sus alas. A esas horas, Rann tenía que estar ya durmiendo. Había sobrevolado la Selva en busca del oso, pero el follaje le había impedido verlo.

—¿Traes noticias? —dijo Baloo.

—Sí. He visto a Mowgli entre los monos. Me encargó insistentemente que te lo dijera. Los he seguido. Se lo han llevado al otro lado del río, a la ciudad de los monos, a las Moradas Frías.

Como son tan imprevisibles, es posible que se queden allí un breve o largo tiempo. De todos modos, he encargado a mis amigos, los murciélagos, que los vigilen durante la noche. Es todo. Buena suerte.

—Buena suerte también para ti. Felices sueños después de haber llenado bien el buche, Rann —gritó Bagheera alborozada—. Te tendré en cuenta cuando cace la próxima vez. Reservaré la cabeza de lo que mate y te la ofreceré a cambio de tus servicios, a ti, el mejor de los buitres.

—Lo que he hecho no es nada. El chico se lo merecía. Se acordó de las Palabras Mágicas. Me sentí obligado a cumplir su encargo —después de decir esto se elevó en círculos, volando luego en busca de refugio.

—Felizmente, no ha perdido la lengua —dijo Baloo con orgullo—. Tan joven y ha sido capaz de acordarse de las Palabras Mágicas justamente cuando se lo llevaban a través de la Selva.

—Se las metiste en la cabeza a fuerza de golpes
—comentó Bagheera—. Pero me siento orgullosa de él. Vamos a las Moradas Frías.

En la Selva todo el mundo conoce dónde están las Moradas Frías, pero nadie se acerca a aquel lugar. Se trata de una ciudad antigua y abandonada, medio enterrada en la Selva. Las fieras no suelen hacer sus guaridas donde antes habitaron los hombres. La puede hacer el jabalí, pero nunca los animales cazadores. Ni siquiera los monos viven regularmente allí. Todos los habitantes de la Selva suelen dejar un enorme espacio entre su camino y las Moradas Frías.

Acuden a aquel lugar solamente en momentos de sequía pertinaz. Entonces, las cisternas y estanques de la ciudad abandonada suelen conservar alguna reserva de agua.

—Si vamos a toda velocidad, es posible que lleguemos allí hacia medianoche —comentó Bagheera. Baloo se quedó serio, como asustado.

—Iré a mi máxima velocidad —dijo Baloo preocupado.

—No podemos esperarte. Síguenos, Baloo. Kaa y yo somos siempre veloces.

—Sabes que aun sin pies puedo alcanzar la misma velocidad que tú que tienes cuatro patas —dijo Kaa. Baloo se esforzó por ir lo más rápidamente posible. Pero pronto se rindió a la realidad. Se sentó agotado. Lo dejaron con la esperanza de que, aunque más despacio, los seguiría. Bagheera se adelantó con ese trote característico de los animales de su especie. Kaa no hizo comentario alguno, pero precedía siempre a la pantera, aunque ésta acelerara su carrera. Ganó terreno Bagheera cuando, al llegar a un arroyo, lo pasó de un salto. Kaa tuvo que vadearlo, dejando asomar solamente su cabeza y una pequeña parte del cuerpo. Pero en cuanto tocó tierra de nuevo alcanzó con toda facilidad a la pantera.

—¡Por la cerradura que me permitió ser libre! —

—dijo Bagheera—. Eres una andariega invencible.

—Tengo hambre —dijo Kaa—. Y, además, ten en cuenta que me han llamado rana manchada.

—Lombriz de tierra y amarilla, para mayor exactitud.

—Es lo mismo. Continuemos —parecía que Kaa se confundía con la tierra. Encontraba con toda seguridad el camino más corto y lo seguía sin equivocarse.

En las Moradas Frías los *Bandar-log* pensaban en todo menos en los amigos de Mowgli.

Cuando llegaron con el muchacho a la ciudad perdida, se quedaron satisfechos. Mowgli no había visto jamás una ciudad india y, aunque ésta no era ya más que un montón de ruinas, le pareció deslumbrante y soberbia. Fue edificada por un rey, hacía muchos años, en lo alto de una colina. Todavía se adivinaban las calzadas

que conducían a las puertas. De éstas sólo quedaba el recuerdo de algunas tablas adheridas todavía a los goznes herrumbrosos y prácticamente destruidos. Los árboles crecían por todas partes. De los muros, que habían perdido sus fortificaciones suplementarias, colgaban en grandes matas las enredaderas. La colina estaba coronada por un gran palacio sin techumbre. El precioso mármol de patios y fuentes estaba estropeado, lleno de manchas, roto. Se veía claramente todavía cuáles habían sido las salas donde habitaban los elefantes del rey. Pero las losas del suelo estaban separadas por las hierbas y los árboles que crecían a discreción. Era posible ver desde el palacio grandes hileras de casas sin techo. Eran las casas de la antigua ciudad. Parecidas a colmenas sin tapadera, sólo estaban habitadas por las sombras más oscuras. Había un enorme ídolo derribado en la confluencia de cuatro avenidas. Lo que antigua-

mente habían sido fuentes y pozos, ahora eran solamente unos hoyos secos casi todo el año.

Las preciosas cúpulas antiguas estaban hundidas y flanqueadas por higueras silvestres.

Los monos se la habían atribuido como su ciudad. Despreciaban a todos los animales por vivir en el bosque. Pero nunca llegaron a comprender por qué se habían levantado todos aquellos edificios, y menos aún el uso que se había hecho de ellos. Se sentaban en círculos en la antecámara de la sala del Consejo, se quitaban las pulgas y bravuconeaban como hombres. Salían o entraban en las casas sin techo, transportaban yeso o ladrillos hasta un sitio, y luego se olvidaban por qué y dónde lo habían escondido.

Peleaban por creerse robados por los demás. Y cuando más enfadados parecían estar, empezaban a jugar, bajando y subiendo como locos las terrazas del jardín real, sacudiendo fuertemente

los rosales y los naranjos, por el simple placer de ver cómo caían las flores o los frutos. Conocían todos los pasadizos subterráneos del palacio. Pero enseguida se olvidaban de lo que acababan de ver. Se consideraban tan importantes como los hombres cuando paseaban solos o en pequeños grupos por aquel laberinto. Bebían en las cisternas, pero sin cuidado alguno. Por eso ensuciaban el agua y discutían por ello.

Pero, pasando inmediatamente del enfado a la alegría desmedida, gritaban todos juntos:

—Somos los más sabios de la Selva, los mejores, los más inteligentes, los más fuertes y los más prudentes.

De nuevo volvían a rebrotar los antiguos problemas hasta que, cansados de todo, se iban de la ciudad a las copas de los árboles con la estúpida esperanza de que los animales de la Selva se fijaran en ellos.

A Mowgli, perfectamente educado en la Ley de

la Selva, le pareció una vida sin sentido. Llegaron a las Moradas Frías, llevando a Mowgli, al caer la tarde. Normalmente deberían haberse ido a dormir, teniendo en cuenta el largo viaje. Pero los monos se pusieron en círculo y empezaron a cantar absurdas canciones. Incluso hubo uno, que, sintiéndose orador, les dijo a todos que la captura de Mowgli representaba la fecha del inicio de una nueva era para los *Bandar—log*. Les iba a enseñar, uniendo ramas y cañas, a construir refugios contra la lluvia.

Mowgli, como demostración de su capacidad, cogió algunas enredaderas y empezó a entretejerlas. Los monos trataron de imitarlo. Pero el juego sólo les duró unos minutos. Faltos de interés, empezaron a tirarse de las colas y a saltar sobre sus cuatro patas.

—Quiero comer —dijo Mowgli—. Soy un forastero en esta parte de la Selva. Dadme algo de comer o permiso para cazar.

Faltó tiempo para que veinte o treinta monos se lanzaran fuera de la ciudad en busca de nueces silvestres. Pero, como de ordinario, se enzarzaron, cuando volvían, en una pelea y echaron a perder lo que traían. Pensaron que no valía la pena ofrecer a su huésped aquellas frutas estropeadas.

Mowgli sentía dolores por todo el cuerpo; estaba magullado, malhumorado y hambriento.

Erró por la ciudad abandonada, lanzó de cuando en cuando el grito de caza de los extraños.

Nadie le contestó. Se convenció de que había ido a parar a un sitio indeseable.

—Qué razón tenía Baloo —pensó—. No tienen jefes, ley, ni grito de caza. Sólo palabras inútiles, sin sentido. Sus manos son como las de los pequeños ladrones. Seré el único culpable si me matan de hambre. Tengo que hacer todo lo posible y lo imposible por volver a la Selva. Seguro que Baloo me va a dar una paliza. Pero lo

prefiero a estar aquí con los monos perdiendo el tiempo.

En cuanto llegó a las murallas, los monos le hicieron retroceder. Le aseguraron que no sabía apreciar la suerte que había tenido al estar con ellos en aquella ciudad. Le pellizcaron para que aprendiera a ser más agradecido. Rechinó los dientes y se calló. Se dirigió a una terraza situada sobre los depósitos de piedra roja destinados a recoger agua. Se dio cuenta de que los depósitos estaban medio llenos. En mitad de la terraza había un cenador* destinado a las reinas que habían vivido en aquel palacio hacía unos cien años.

El techo, construido en forma de cúpula, estaba medio hundido. Eso había hecho que la comunicación entre el cenador y el pasadizo, usado antiguamente por las reinas, estuviera impracticable. Pero las paredes, perfectamente en pie, parecían unos biombos de mármolafiligranado,

blanquísimo, con incrustaciones de ágata*, cornalina* y jaspe*. Cuando la Luna se asomó por detrás de la colina, filtró su luz a través de aquellos calados, y dibujó en el suelo una especie de manto negro hermosísimo.

Mowgli, derrengado, con sueño y hambre, no pudo menos de reírse cuando unos veinte monos a la vez empezaron a predicarle lo grandes, sabios, fuertes y discretos que eran. Y que era un loco por intentar separarse de ellos.

—Somos inmensos, libres, extraordinarios y dignos de admiración por parte del resto de los animales de la Selva. Como nosotros estamos convencidos de ello, tiene que ser verdad — gritaban—. Pero tienes que enterarte de quiénes somos. Tú vas a tener ocasión de repetírselo después a todos los animales de la Selva. Así, de ahora en adelante se fijarán en nosotros. Te darás cuenta de que somos importantísimos. Nada pudo oponer Mowgli a esa idea peregrina-

na. Los monos se reunieron a cientos en la terraza para escuchar a sus oradores. Éstos cantaban las excelencias de *los Bandar-log*. A veces se callaban para tomar aliento. Y entonces, todos a la vez gritaban:

—Es cierto. Es lo que todos pensamos.

Mowgli asentía con la cabeza, parpadeaba, respondía con un sí cuando le preguntaban algo, y sentía al mismo tiempo un enorme mareo ante todo aquel alboroto.

—Parece que Tabaqui los ha mordido a todos y comunicado su locura. Porque están todos locos. Pero ¿cuándo duermen? Veo que está formándose una nube en el firmamento. A ver si cubre la Luna y, aprovechando la oscuridad, logro escabullirme. Aunque estoy muy cansado.

Dos amigos de Mowgli contemplaban la misma nube desde los fosos que rodeaban las murallas de la ciudad abandonada. Sabían que era peli-

grosso luchar con los monos. Siempre se juntaban en número enorme, y Bagheera y Kaa conocían perfectamente el peligro que eso suponía. Los monos presentan batalla sólo cuando se encuentran en la proporción de uno a cien. Pero no hay animal de la Selva que se atreva a luchar contra ellos con esa enorme desventaja.

Yo me dirigiré hacia el lado oeste de la muralla —dijo Kaa como en un susurro—. El terreno está en declive y me permitirá lanzarme desde allí contra los monos. Seguro que no se me vendrán encima a centenares.

—Por mi parte sé lo que hay que hacer. Pero es una lástima que Baloo no esté con nosotros.

Voy a esperar a que la nube cubra la Luna y entonces aprovecharé para subir a la terraza.

Veo que están celebrando una especie de Consejo. Seguramente para deliberar sobre Mowgli.

—¡Buena caza! —dijo Kaa con aire feroz, mientras se deslizaba sin hacer ruido alguno hacia la

zona occidental del muro. La gran pitón tardó en encontrar un camino practicable.

Al instante la nube interceptó la visión de la Luna. Mowgli se quedó expectante después de oír los pasos rapidísimos de Bagheera, que ya estaba en la terraza en medio de los monos.

Había subido la pendiente sin hacer ruido y empezó a repartir golpes a diestro y siniestro.

No valía la pena morder. Los monos estaban sentados alrededor de Mowgli en círculos de cincuenta o más. Se oyó un enorme aullido de rabia y sorpresa. Bagheera tropezó con los cuerpos de los monos que habían rodado por el suelo al ritmo de sus golpes. Uno de ellos gritó:

—¡Es uno solo! ¡Matadlo! ¡Matadlo!

Los monos se lanzaron en masa desordenada a morder, arañar, romper y arrancar cuanto pudiesen. Se precipitaron ciegamente sobre Bagheera. Media docena se apoderó de Mowgli, lo arrastró fuera del cenador y lo arrojó al agujero que había visto él antes. Cayó

hasta el fondo.

Cualquier chico se hubiera lastimado seriamente. Había caído desde unos cuatro metros de altura. Pero a Mowgli le había enseñado Baloo a caer: siempre de pie. —No te muevas de ahí —le gritaron los monos hasta que hayamos matado a tus amigos. Luego, vendremos a jugar contigo. Esperamos que el Pueblo Venenoso respete tu vida.

—Vosotros y yo tenemos la misma sangre —dijo Mowgli con mucha prisa por pronunciar las Palabras Mágicas salvadoras: las que sirven para las serpientes. Distinguía con claridad sus roces y sus silbidos entre los escombros que lo rodeaban. Para estar más seguro, volvió a gritar de nuevo:

A que es verdad, ssss.

—Vosotras, protegeos —dijeron seis serpientes en tono muy bajo.

Toda ruina en la India se convierte, con el tiem-

po, en un refugio ideal para las serpientes. Por eso el antiguo cenador era un hervidero de cobras.

Amigo, estate quieto, no te muevas. Nos harías daño con tus pies. Mowgli siguió fielmente la indicación. A través de los calados escuchó el ruido tremendo de la lucha de Bagheera contra los monos. Era fácil oír los aullidos, el chasquido de las mandíbulas, el resoplar de Bagheera mientras avanzaba y retrocedía, buscando posiciones defensivas contra el enorme montón de sus enemigos. Sólo trataba de salvar su pellejo. Le sucedía eso por primera vez en su vida.

«Seguro que Baloo anda cerca. Bagheera jamás habría venido sola a esta misión», pensó Mowgli. Entonces gritó con todas sus fuerzas:

—Bagheera, a las cisternas*. Zambúllete completamente.

Bagheera oyó repetir la indicación. Al ver que Mowgli estaba a salvo, sintió que sus fuerzas

renacían. En un esfuerzo desesperado, despacio, se fue abriendo camino hacia las cisternas. Golpeaba en el más absoluto silencio. Fue entonces cuando oyó una voz, que llegaba desde las ruinas del muro próximo a la Selva. Era un grito salvaje, el de Baloo. Aunque había hecho todo lo posible, no había podido llegar antes.

—Bagheera, estoy contigo —gritó—. Subo. Voy a ayudarte. ¡Brrr! Todo resbala bajo mis pies.

Espérame. Malditos monos.

Casi sin aliento llegó a la terraza. Quedó prácticamente enterrado por un enorme montón de monos. Se afianzó sobre las patas traseras. Con las delanteras iba cogiendo monos, golpeándolos unos contra otros. Se oía el iplafl, iplafl, algo parecido al chapoteo de las palas de la rueda de un barco de vapor. Se sintió satisfecho cuando el ruido de un cuerpo que caía en el agua le hizo ver que Bagheera había alcanzado las cisternas. Allí los monos no podían seguirla.

La pantera estaba metida en el agua hasta el cuello. El cansancio hacía difícil su respiración.

Los monos vigilaban desde las orillas. Se les notaba una enorme agresividad. Estaban claramente dispuestos a echarse sobre Bagheera en cuanto hiciera el menor intento de salir del agua. La pantera levantó la cabeza desesperada, buscando protección, y lanzó un grito que entienden muy bien las serpientes: Tú y yo tenemos la misma sangre.

Temió que Kaa se hubiera echado atrás en el último momento. Baloo no pudo evitar la risa cuando vio que hasta Bagheera pedía auxilio.

Tampoco él se encontraba demasiado bien, medio aplastado por los monos y empujado hasta el borde de la terraza.

En ese momento, Kaa salvaba el muro del oeste.

Al coronarlo, su enorme cuerpo desprendió una piedra que fue a caer al foso. El terreno le era muy favorable. Se alegró. Hizo ejercicio for-

mando una serie de anillos y desenroscándose luego. Notó que estaba en perfecta forma para la lucha.

Así se preparó, mientras Baloo seguía protagonizando la batalla. Los monos aullaban alrededor de la cisterna donde se encontraba en apuros Bagheera.

Mang, el murciélago, volando en todas direcciones, llevó la noticia de la gran batalla a toda la Selva. Hathi, el elefante salvaje, comenzó a barritar*. Los monos acudieron desde todas partes, aun desde los sitios más lejanos, para ayudar a sus hermanos en la batalla de las Moradas Frías. Cundieron la alarma y la alerta entre todas las aves diurnas.

Kaa, sintiendo el ciego instinto de matar, atacó sin titubeos, con enorme rapidez. Una serpiente pitón es temible en un primer ataque por el poder destructor que tiene su cabeza. Parece como si comunicara a esa zona toda la fuerza

de su enorme cuerpo. Es como una lanza, un ariete* o un martillo de media tonelada. Y ese

enorme peso está movido por una inteligencia fría, metódica, calculadora, asesina, que se balancea en lo alto de un larguísimo palo. Aun midiendo solamente un metro, una serpiente pitón puede derribar a un hombre hecho y derecho si lo golpea de lleno en el pecho. Imaginaos lo que serían atacando los nueve metros de Kaa. Embistió, para empezar, hacia el centro de la enorme masa de monos que aplastaba a Baloo. Lo hizo en un silencio perfecto. No necesitó repetir el ataque. Los monos huyeron despavoridos gritando:

—¡Es Kaa. Corred. Poneos a salvo!

Kaa había sido el terror de generaciones enteras de *Bandar-log*. Todos se portaban bien con sólo nombrarla. Kaa era capaz de deslizarse por las ramas con el silencio de la más tenue brisa, el silencio del musgo mientras crece. Y al mismo

tiempo envolvía en sus anillos, en un abrazo mortal, al mono más fuerte. La vieja Kaa adoptaba todos los disfraces: una rama muerta, un árbol carcomido. Caían en la trampa hasta los más hábiles. La rama los rodeaba con sus anillos y se los llevaba. Por eso Kaa era para los monos lo más temible de la Selva. Nadie conocía los límites de su poder. Nadie se atrevía a mirarla cara a cara. Ningún mono había escapado con vida de sus anillos. Por eso huyeron como locos a refugiarse donde pudieron: en los muros, los techos, las casas. Baloo empezó a respirar. Aunque tenía la piel más resistente que su amiga Bagheera, había sufrido en la lucha. Entonces, Kaa lanzó un silbido largo y penetrante, como suelen hablar los pitones. Los monos que acudían en ayuda de sus amigos se quedaron en los árboles, petrificados por el miedo. Cesó el griterío de todos los que se habían refugiado por allí. En el silencio que

reinó entonces en la ciudad abandonada, Mowgli oyó cómo Bagheera salía de la cisterna y se sacudía el agua.

Se oyó de nuevo el griterío anterior. Los monos buscaron mayor altura en los muros. Se agarraban al cuello de las estatuas y subían a lo más alto de las defensas de la muralla. Mowgli, que bailaba de alegría en el cenador, miraba todo a través de los calados. Incluso imitaba al búho como para burlarse del terror de los monos, y manifestar su alegría.

—Kaa, saca a nuestro amigo de la trampa. Me siento sin fuerzas —dijo Bagheera—. Vámonos cuanto antes. Nos podrían atacar de nuevo.

—Sólo se moverán cuando yo se lo mande.

¡Quietos todos! ¡Psshs! —silbó Kaa, y la ciudad recobró su silencio. Kaa se dirigió de nuevo a Bagheera:

—No me fue posible llegar antes, hermana. De todos modos, creo que oí tu llamada.

—Es posible que gritara en medio de la lucha —
contestó Bagheera—. ¿Cómo te encuentras, Ba-
loo? ¿Te han hecho daño?

—Me han zarandeado de tal modo que creo que
en estos momentos en vez de ser uno soy un
centenar de oseznos —contestó con mucha se-
riedad Baloo estirando las patas—. ¡Wuaaa!
Siento dolores por todo el cuerpo. Kaa, Baghee-
ra y yo te debemos la vida.

—No tiene importancia. ¿Dónde está el hom-
brecito?

—Aquí, en la trampa. No puedo encaramarme
y salir de ella —les gritó Mowgli dándose cuen-
ta de que tenía sobre su cabeza la cúpula rota.

—Sacadlo cuanto antes de aquí. Está bailando
locamente al estilo de Mao, el pavo real. Si con-
tinúa así, aplastará a alguna de nuestras crías —
dijeron las cobras.

—¡Ja! ¡ja! ¡Qué gracia! —exclamó Kaa riendo—.
El cachorro humano tiene amigos en todas par-

tes. Mowgli, retírate. Y lo mismo vosotras, Pueblo Venenoso. Voy a derribar la pared.

Tras un detenido examen, Kaa descubrió una grieta en la pared de mármol. Era el punto débil. Calculó la distancia, se levantó a una altura de unos dos metros y propinó al muro unos cuantos testarazos. Su nariz fue lo primero que chocó contra el mármol. Cayó el cenador entre ruido y polvo, Mowgli salió por el boquete que se había abierto y fue a colocarse entre Baloo y Bagheera, echando un brazo al cuello de cada uno.

—¿Te han echo daño? —preguntó Baloo emocionado, abrazándolo.

—Tengo dolores por todas partes, estoy hambriento y mi cuerpo es un puro cardenal; pero ¡cómo os han puesto a vosotros! ¡Estáis cubiertos de sangre!

—Otros han pagado también el tributo de la sangre —y, mientras lo decía, Bagheera miraba

el montón de monos muertos que había en la terraza y cerca de la cisterna.

—Pero lo nuestro no tiene importancia. Lo importante es que estás a salvo, vida mía, mi orgullo —dijo Baloo hipando emocionado.

—De todo habrá tiempo de hablar luego —dijo Bagheera sembrando la inquietud, por su tono seco, en el corazón de Mowgli—. Pero ahí está Kaa, a la que debemos tú, tu vida, y nosotros haber ganado la batalla.

Cuando Mowgli se volvió, vio a escasa distancia de su cara la cabeza de Kaa balanceándose.

—¡Bueno! Así que éste es el hombrecito —dijo Kaa mirándole fijamente—. Tienes la piel muy fina y te pareces mucho a los monos, los *Bandar-log*. Ten cuidado, hermano. Es posible que algún día, hacia la hora del crepúsculo, después de haber cambiado mi piel, en los días en que me encuentro más baja de vista, me equivoque y te confunda con un mono.

—Tú y yo tenemos la misma sangre —dijo Mowgli—. Me has salvado la vida hace unos momentos. En agradecimiento, cuando tengas hambre y yo haya cazado, será todo para ti, amiga Kaa.

—Mil gracias, hermano —dijo Kaa al mismo tiempo que sus ojos brillantes despedían destellos de malicia—. Me gustaría saber lo que mi hermano, este fiero cazador, es capaz de matar. Te pido permiso para seguirte cuando vayas de cacería.

—En realidad, de momento no soy capaz de matar presa alguna. Soy todavía demasiado pequeño. Pero asusto a las cabras y las envío astutamente hacia el lugar donde están quienes pueden matarlas. Si algún día tienes el vientre vacío, te vienes conmigo y te convencerás de que no te estoy engañando. Manejo con destreza estas manos que ves —y entonces se las mostró—. Y es más, si algún día caes en una tram-

pa, te pagaré la deuda que he contraído contigo hoy. Y lo mismo haré con Baloo y Bagheera.

Sois realmente mis maestros. ¡Buena suerte!

—Ha hablado maravillosamente —dijo Baloo admirando la habilidad con que Mowgli se había expresado para dar las gracias. Kaa dejó caer blandamente la cabeza sobre el hombro del muchacho, mientras le decía:

—Tu corazón es grande y tu lengua hábil. Entre las dos cosas llegarás muy lejos en la Selva. Pero ahora márchate con tus amigos. Vete a dormir. La luna va a desaparecer y no quiero que veas lo que va a suceder aquí.

La Luna se hundía silenciosamente tras las colinas. Los monos parecían una guirnalda en los muros y salientes del escenario de la lucha. Baloo se fue a la cisterna a beber un largo trago de agua. Bagheera empezó a acicalar su piel con todo cuidado. Entonces Kaa, con un extraño chasquido de mandíbulas, se dirigió hacia el

centro de la terraza. Los monos prestaron la máxima atención.

—Se nos ha escondido la Luna. De todos modos, ¿hay luz suficiente para que me veáis? —dijo Kaa.

—Kaa, te vemos perfectamente —fue la respuesta unánime y aterrada.

—Perfecto. Empieza la Danza. Conocéis mi Danza del Hambre. Quietos todos y mirad.

Se enroscó un par de veces en forma de anillos enormes. Balanceaba la cabeza de derecha a izquierda. A continuación, empezó una Danza de óvalos y extraños ochos, triángulos sin vértice, cuadrados, toda clase de figuras. Siempre al mismo ritmo, sin descanso pero tranquilamente, acompañando todos los movimientos con un raro zumbido.

Al mismo tiempo fue oscureciendo. Al final ya no se veían los movimientos de Kaa, pero seguía imperturbable el ruido de sus escamas.

Baloo y Bagheera se quedaron petrificados, quietos, lanzando aullidos lastimeros. Mowgli no acababa de entender aquello, sobre todo la actitud de sus amigos.

—*Bandar-log* —dijo Kaa—, ¿sois capaces de mover cualquier parte de vuestro cuerpo sin que yo os lo mande? Hablad, espero vuestra respuesta.

—No, Kaa. No podemos movernos si tú no nos lo indicas.

—Entonces, dad un paso. Acercaos.

Los monos, sin fuerzas, se fueron hacia adelante, como, inconscientemente, también Baloo y Bagheera.

—Más cerca todavía —les silbó Kaa. De nuevo se movieron.

Mowgli se apoyó sobre sus amigos para apartarlos de allí. Los animales echaron a correr. Parecía que salían de una horrible pesadilla.

—Por ningún motivo separes tu mano de mi

lomo —murmuró Bagheera—. Si te separas de mí, iré ciegamente hacia Kaa.

—¿Pero no os dais cuenta de que lo único que hace es trazar círculos en el suelo? —dijo Mowgli—. Vámonos —y los tres se fueron a todo correr a través de las murallas hacia la Selva.

—¡Uff! —exclamó Baloo al encontrarse sano y salvo bajo los árboles—. Jamás buscaré otra vez la ayuda de Kaa.

—Es más sabia que nosotros —y se notaba claramente el temblor de Bagheera—. Si me hubiera quedado un rato más en la terraza, habría ido a parar a su inmensa boca.

—¿Cuántos serán los que vayan a parar a ella antes de que salga la Luna de nuevo? —dijo Baloo—. Va a tener una caza maravillosa, pero a su estilo.

—Bueno, ¿queréis explicarme lo que significaba todo aquello? —dijo Mowgli—. Lo único que vi fue a la enorme pitón trazando estúpidos círcu-

los. Tenía la nariz tremendamente hinchada.

Era hasta gracioso —el niño desconocía el poder de fascinación de Kaa.

—Mowgli, si estaba hinchada su nariz, tú eres el culpable. Como eres también el culpable de que no haya parte alguna de mi cuerpo que esté libre de mordiscos: mi cuello, mis orejas, mis patas... Ni Baloo ni yo podremos salir de caza en varios días.

—No tiene importancia —dijo Baloo—. De todos modos, hemos recobrado a nuestro amigo.

—Tienes razón, pero hemos empleado un tiempo precioso. Hubiéramos estado muy bien cazando. Hemos sufrido heridas, hemos perdido el pelo —parece que han arado en mi espalda— y hemos puesto en juego nuestra honra. Ten en cuenta, Mowgli, que yo, la pantera negra, tuve que pedir auxilio a Kaa. Y tú viste cómo Baloo y yo quedamos hipnotizados como pajarillos ante la Danza del Hambre. Y todo porque se le ocu-

rrió ir a jugar con los monos.

—Tenéis razón —afirmó con tristeza Mowgli—.

He sido muy malo. Algo me lo dice en el alma.

—¿Qué establece la Ley de la Selva, amigo Baloo?

Éste no quería disgustar más a Mowgli, pero tampoco podía, permitir que se conculcara la Ley. Por eso dijo:

—Me acuerdo. Ha cometido una falta y tiene que ser castigado físicamente. ¿Qué dices a eso, Mowgli? —Nada. Está claro que hice mal y, además, por mi culpa vosotros estáis heridos.

Bagheera le propinó entonces media docena de golpes. Lo hizo cariñosa y suavemente. Nada habría supuesto si hubiera pegado a sus cachorros, pero para un muchacho aquello resultó una monumental paliza. Cuando terminó, Mowgli se enderezó sin decir palabra.

Ahora, siéntate en mi lomo —dijo Bagheera— y vamos a casa.

La maravilla de la Ley de la Selva es que el castigo salda todas las cuentas pendientes. El asunto queda absolutamente zanjado.

Mowgli se tendió sobre el lomo de Bagheera, apoyó la cabeza y se quedó profundamente dormido. No despertó ni cuando lo depositaron junto a Madre Loba en la cueva donde tenía su hogar.

LA CANCIÓN DE Los *BANDAR*—*LOG*

Guirnalda de alegría cara al cielo,
entre gestos de Luna en pura envidia
caminamos. Hazte uno de los nuestros.

¡Tener sólo dos manos! ¡Qué desdicha!

Nuestra cola es un arco de embeleso
y tenerla yo se que os gustarla.

Alégrate como un niño pequeño;
en tu cuerpo ya el rabo se adivina.

Colgados de una rama, hechos silencio,
nos seduce la hondura de la vida.

Soñamos en batallas y conquistas

cantadas por poetas en sus versos.

Pensamos en algo que ha de ser tan bello

que exige como lo hace una caricia.

Hermano, aunque no pongas empeño,

ya en tu cuerpo el rabo se adivina.

Escucháis mil voces de animales,

pájaros, murciélagos que chillan.

La vida transformada en mil mensajes

que llegan a nosotros cada día.

Graciosa jerigonza de verdades.

Portentoso regalo, maravilla.

¡Qué pobre es el humano lenguaje!

¿Somos algo más, amigos caminantes?

Sí, en tu cuerpo el rabo se adivina.

Monos, éste es el ser de nuestra vida.

Venid, haced más apretadas nuestras filas,

que entre pinos enloquecen

buscando uvas silvestres.

Ruido de mañana enfebrecida.

Qué grande va a ser nuestra jornada.

La muerte de Shere Khan

Cazador, saliste a cazar hoy el primero.

Horas largas de tedio y frío intenso.

Enseña la pieza en que tanto soñaste.

Se fue por la selva, mundo impenetrable.

¿Qué fue de tu orgullo, qué fue de tu fuerza?

Volaron muy lejos, por la herida abierta.

Tu vergüenza arrastras con aire de muerte.

Me voy a mi casa. Conozco mi suerte.

TENEMOS QUE VOLVER A LA ÉPOCA EN
QUE hemos situado nuestro primer cuento.

Mowgli abandonó la manada. Recordamos su
lucha en el Consejo de la Roca. Se dirigió direc-
tamente a las tierras de labor donde vivían los
agricultores, pero pensó que estaba demasiado
cerca de la Selva y decidió no quedarse allí.

Sabía que tenía en Shere Khan un enemigo irre-
conciliable. Marchó a buen paso por un camino
que lo dejó en el valle. Luego, aceleró el paso y
recorrió unos veinte kilómetros hasta llegar a

una región que le era completamente desconocida. El valle se abría a una gran llanura, sembrada de rocas y cortada por torrenteras*. En un extremo había una pequeña aldea. Cerraba el otro la selva mas tupida. Llegaba hasta la zona de pastos. Era como si hubieran hecho un corte para diferenciar la Selva de los campos. La llanura estaba salpicada de animales pastando: búfalos y toda clase de ganado. Los pastores eran muchachos. Cuando vieron a Mowgli, salieron a todo correr gritando. Se encargaron de aumentar el ruido de estas voces los ladridos de los perros vagabundos que rondan siempre las aldeas indias.

Mowgli no hizo caso alguno de todos aquellos signos de hostilidad. Tenía demasiada hambre. Siguió adelante y encontró abierta la entrada del pueblo. El arbusto espinoso que normalmente cerraba el paso durante la noche estaba abierto en aquellos momentos.

—¡Vaya! —dijo. Con mucha frecuencia se había encontrado ese mismo tipo de barreras cuando en otras ocasiones, hambriento, había ido a alguna aldea—. Se ve que aquí también los hombres temen a los habitantes de la Selva.

Se sentó tranquilamente junto a la entrada. Vio venir a un hombre y se levantó. Le hizo saber con signos muy claros, señalando su boca abierta, que tenía hambre y que necesitaba comida.

El hombre lo miró. Salió corriendo por la calle de la aldea, la única que había. A gritos llamó al sacerdote, que apareció enseguida. Era un hombre muy alto y gordo. Vestido de blanco, llamaba la atención porque llevaba pintada en la frente una señal roja y amarilla. El hombre acudió hacia donde estaba Mowgli. Con él se llegaron a juntar hasta unas cien personas. Todas gritaban y todas señalaban al niño.

—El Pueblo de los Hombres no tiene educación —se dijo Mowgli—. Se comportan como los

monos grises —y apartó hacia atrás su melena.

Se quedó mirándolos con aire de pocos amigos.

—¿Se puede saber qué teméis? —dijo el sacerdote—. Daos cuenta de todas las cicatrices que lleva en las piernas y en los brazos. Son las señales de los mordiscos que le han dado los lobos. Es un niño lobo que se ha escapado de la Selva.

Cuando jugaba con sus hermanos, éstos le habían hincado los dientes más de lo que hubieran querido. Pero de ahí a que eso fueran mordiscos había una gran diferencia. Él sí que sabía lo que era morder.

—¡Qué horror! —dijeron a coro varias mujeres—. ¡Le han mordido los lobos! ¡Pobre! ¡Es un muchacho tan hermoso! Sus ojos parecen ascuas. Yo diría, Messua, que es exacto al que te robó el tigre.

—Voy a mirarlo detenidamente —dijo una mujer que se adornaba las muñecas y los tobillos

con pesados brazaletes de cobre. Lo estudió, con curiosidad. Con la mano hacía pantalla contra el sol—. Es cierto que se le parece — continuó—. Se parece mucho a mi niño, aunque es más flaco.

El sacerdote sabía mucho de la psicología de los aldeanos. Messua era la esposa del más rico del lugar. Por eso, después de mirar el cielo, dijo con toda solemnidad:

—La Selva te devuelve lo que te quitó. Lleva al muchacho contigo a casa. Reverencia la sabiduría del sacerdote que cala tan hondo en el corazón de los hombres.

—¡Por el toro que sirvió para mi rescate! —dijo Mowgli—. Esto se parece enteramente al examen que me hicieron para admitirme en la manada. Pero bueno, si soy un hombre, he de empezar a actuar como tal.

El grupo se disolvió. La mujer le indicó a Mowgli que la siguiera hasta su choza. En ella había

algunos muebles: una cama, un arcón de tierra cocida para guardar el grano, adornado con relieves curiosos, una docena de calderos de cobre, la imagen de un dios indio en un pequeño dormitorio... Y, maravilla, sobre la pared un auténtico espejo, de esos que se venden en las ferias.

—¡Nathoo! ¡Nathoo! —le dijo. A Mowgli ese nombre le resultaba completamente desconocido—. Recuerda cuando te regalé un par de zapatos nuevos —al tocar los pies del muchacho notó la fortísima callosidad de sus plantas. Parecían pezuñas—. Está claro —dijo tristemente—. Estos pies jamás han llevado zapatos. Pero eres tan parecido a mi hijo Nathoo, que de todos modos te voy a adoptar.

Mowgli se sentía violento. Era la primera vez que estaba bajo techo. La paja del tejado era espesa. No podría perforarla en caso de querer huir. Y la ventana cerrada tampoco era practi-

cable.

—De nada me sirve ser hombre —se dijo a sí mismo— si no entiendo el lenguaje que usan los hombres—. Estoy sordo, ciego y mudo. Es lo que le pasaría a cualquier hombre que en la Selva se quisiera comunicar con nosotros. Debo aprender el lenguaje humano.

En la Selva había tenido que aprender a repetir el grito de alerta del gamo cuando se siente en peligro, el gruñido del jabato y muchos sonidos diferentes, así que le fue fácil imitar a Messua cuando ésta pronunciaba una palabra. Antes de la noche había aprendido el nombre de muchas cosas que había en la choza.

Sin embargo, tuvo sus problemas a la hora de acostarse. Mowgli no quería dormir bajo cubierto. Aquello se parecía enteramente a una trampa de las que se usan para cazar panteras. Así que, cuando cerraron la puerta, el salió por la ventana. Mowgli se tendió cuan largo era en la

hierba que rodeaba la choza. Pero apenas había cerrado los ojos, sintió bajo su barbilla el roce de un hocico suave.

—¡Ufffl —dijo Hermano Gris, el mayor de los cachorros de Madre Loba—. Buen regalo me das después de haberte seguido durante tantos kilómetros. Hueles que apestas, a humo de leña y a ganado. Igual que un hombre. Despierta, te traigo noticias.

—¿Están todos bien en la Selva? —preguntó Mowgli mientras lo abrazaba.

—Todos bien. Aunque hay unos cuantos lobos que se están curando de las quemaduras que les produjo la Flor Roja. Y lo más interesante es que Shere Khan se ha ido a otro cazadero. Está muy lejos, y dice que sólo volverá cuando le haya crecido el pelo; el pobre lo tiene todo chamuscado. Y que entonces volverá para enterrar tus huesos a orillas del Waingunga.

—Es un asunto que concierne a dos. Recuerda que yo también he jurado algo. Pero siempre es

bueno recibir noticias. Me siento muy cansado.

Todo es nuevo para mí esta noche. Pero estoy deseoso de recibir noticias. —Espero que jamás olvides que eres un lobo, que los hombres no logren borrártelo de la memoria —dijo Hermano Gris con aire de gran preocupación.

—Nunca —dijo Mowgli—. Me acordaré de todos, especialmente de vosotros los de la cueva. Pero jamás podré olvidar que me han arrojado de la manada.

—Pues ahora has de tener cuidado de que no te arrojen de esta otra. Recuerda que los hombres siempre serán hombres. Su charla vale tanto como la de las ranas en la charca. Volveré por aquí, pero te esperaré junto a los bambúes.

Después de aquella noche, durante tres interminables meses, Mowgli apenas salió de la aldea. Estaba ocupado en aprender las costumbres de los hombres. No le fue fácil la primera lección: llevar el cuerpo cubierto por una tela.

Le resultaba muy molesto. También tuvo que aprender el valor de las monedas. Le resultó muy difícil. Y algo que jamás encontró útil: arar.

Le molestaban los niños. Y menos mal que la Ley de la Selva le había enseñado a dominarse. En la Selva la vida y la alimentación dependen totalmente de esa facultad. Pero cuando se burlaban de él, por no saber hacer volar una cometa o por pronunciar mal una palabra, tenía que echar mano del código de honor de la Selva: Es indigno matar a un cachorro desnudo. De no haberse acordado, los hubiera partido por la mitad.

Ni siquiera se daba cuenta de la enorme fuerza que poseía. Se sabía débil con respecto a otros animales, pero en la aldea todos le decían que tenía la fuerza de un toro.

A Mowgli le tenían sin cuidado todas esas historias de diferencias de casta que los hombres

se habían inventado. Si el borrico del alfarero caía por casualidad en un lodazal*, él lo sacaba y ayudaba al hombre a poner en su sitio todas las vasijas y cazuelas. Eso era motivo de escándalo para la gente. El alfarero era un intocable y todavía más el borrico.

Cuando el sacerdote le reprendió con aspereza por haber hecho eso, Mowgli le amenazó con que si continuaba así lo montaría a horcajadas en el borrico. El sacerdote aconsejó al marido de Messua que pusiera a trabajar cuanto antes al chico. El jefe de la aldea le mandó al día siguiente a apacentar los búfalos. Era el mejor trabajo que le habrían podido dar a Mowgli. Y como ya era el encargado de algo, tenía derecho a asistir a las reuniones. Y aquella misma noche se celebró una. Se hacían diariamente en una especie de plataforma, a la sombra de una gran higuera. Era algo así como el salón de la aldea. Allí estaban todos: el jefe, el vigilante, el barbe-

ro —que sabía todos los chismes— y el viejo Buldeo, que poseía un arma de fuego. Todos fumaban.

De alguna manera, también los monos participaban en las reuniones. Se sentaban en las ramas altas de la higuera y se dedicaban a parlotear. Debajo de la plata forma tenía su guarida una cobra. Todas las noche le daban su cuenco de leche, pues era un animal sagrado.

Alrededor del árbol tomaban asiento los viejos, que fumaban en pipa. La reunión duraba siempre hasta muy entrada la noche. Se contaban maravillosas historias relativas a dioses, hombres y duendes. Pero las más portentosas eran las que contaba Buldeo sobre las costumbres de las fieras de la Selva. Los ojos se les salían de las órbitas a los maravillados oyentes, que escuchaban con enorme interés esas historias debido a la cercanía de la Selva. Sus cosechas eran castigadas por los ciervos y los jabalíes, y no era

infrecuente que un tigre se llevara a un hombre a la vista de todos los vecinos de la aldea.

Mowgli estaba más que enterado de todo aquello. Se tapaba la cara para que nadie lo viera reírse. Buldeo seguía hilvanando historias y Mowgli sentía auténticas sacudidas en los hombros a fuerza de aguantar la risa.

Explicaba muy seriamente Buldeo, por ejemplo, que el tigre que se había llevado al hijo de Mes-sua era un tigre duende. En su cuerpo habitaba el alma de un perverso usurero que había muerto hacía algunos años. Se llamaba Purun Dass, y era cojo. Le habían dado un golpe en un tumulto en el que le quemaron todos los libros de cuentas. Y el tigre también cojeaba. Era evidente, porque dejaba huellas desiguales cuando andaba.

—¡Es cierto! ¡Es verdad! —confirmaban los viejos lugareños.

—¿Son así todos vuestros cuentos, una sarta de

embustes y mentiras? —dijo Mowgli—. El tigre cojea desde su nacimiento. No me vengáis con la burda historia de que el alma del avaro se ha refugiado en él. La fiera tiene menos valor que un chacal y vuestra historia es completamente infantil.

Buldeo se quedó mudo por la sorpresa. Se repuso, miró fijamente al muchacho y luego dijo: —¿Tú eres el chico que ha venido de la Selva? Si tanto sabes, te ruego que lleves la piel de ese tigre a Khanhiwara. El gobierno ha ofrecido cien rupias* por ella. Pero es mejor que te calles y muestres más respeto a las personas mayores. Mowgli se puso de pie dispuesto a marcharse. —Llevo mucho tiempo escuchando —dijo mirando desdeñosamente—. Y en todo este tiempo, salvo en dos detalles, Buldeo no ha dicho una sola palabra que sea verdad. No puedo creer esos cuentos de duendes, dioses y espíritus que él asegura haber visto.

—Ese muchacho tiene que ir ya a pastorear el ganado —afirmó el jefe con tono de enfado.

Mowgli, a sus ojos, era un impertinente.

Hay una curiosa costumbre en las aldeas indias: son los chicos los encargados de la custodia de los búfalos, de llevarlos a los pastos. Y lo hacen desde las primeras horas del día hasta la puesta del sol. Esos animales serían capaces de aplastar a un hombre blanco. Pero se dejan gobernar mansamente, incluso golpear, por unos muchachos que ni siquiera les llegan a la altura del hocico. Y mientras los muchachos se mantienen junto al ganado, están a salvo de todo peligro. Ni los tigres se atreven a atacar la manada de búfalos. Los chicos corren peligro en cuanto se desvían para coger flores o perseguir lagartos. Pueden desaparecer para siempre.

Mowgli pasó por la única calle de la aldea cabalgando sobre Rama, el toro guía del rebaño.

Los búfalos, del color de la pizarra, con sus

cuernos casi paralelos al lomo, de ojos feroces, se levantaron de sus establos y lo siguieron.

Mowgli, sin palabras, hizo saber a todos los chicos del pueblo que él mandaba entre los niños pastores. Golpeó a los búfalos con un bambú.

Encargó que lo sustituyera momentáneamente Kamya, uno de los chicos, y recalcó que por nada del mundo se alejara del rebaño.

En la India las praderas tienen unas características especiales. Son un terreno rocoso, lleno de monte bajo y quebradas*. Los rebaños se esparcen por allí y desaparecen de la vista. Los búfalos se detienen en lagunas pantanosas, donde se revuelcan por el cieno horas enteras. Mowgli se los llevó hasta el extremo de la llanura, justo donde el Waingunga desemboca al salir de la Selva. Se apeó de Rama y se fue hacia un haz de bambúes. Allí estaba Hermano Gris.

¡Ah! —gritó el lobo—. Hace ya muchos días que te espero aquí. ¿Qué haces con el ganado?

—Es la orden que me han dado. De momento soy pastor. ¿Tienes alguna noticia nueva sobre Shere Khan?

—Ha vuelto. Te ha buscado durante mucho tiempo. Al ver que aquí no había caza, se ha ido de nuevo. Pero ha dicho que volverá y te matará.

—Está bien —dijo Mowgli—. Mientras Shere Khan no haga acto de presencia, quedaos sobre esta roca, tú o uno de los hermanos. Así, yo, cuando salga de la aldea, podré verlos. Pero en cuanto llegue Shere Khan, me esperarás en el barranco, junto al árbol que se ve allí, en el centro de la llanura. No tenemos por qué dar a Shere Khan el gusto de meternos espontáneamente en sus fauces.

A continuación Mowgli se tumbó y se durmió. Los búfalos pastaban tranquilamente a su alrededor. Si hay algún oficio perezoso en el mundo, es el de pastor de búfalos en la India. El

ganado cambia de sitio, rumia, se echa, se levanta y no se oye ni el más leve mugido. Emite una especie de gemido sordo. Y normalmente los búfalos se van a un lodazal y se meten en el fango hasta que sólo se les ven los ojos azules, fijos. Así se quedan como troncos sin vida.

El sol es tan fuerte que parece hacer vibrar las rocas recalentadas. Los niños que pastorean oyen de cuando en cuando a un buitre — solamente uno— que, si en ese momento muriera alguna vaca, se lanzaría en picado sobre ella. Y el buitre más próximo, a unos kilómetros de distancia, vería su descenso. Al mismo tiempo que el, otros se enterarían del hecho. Y casi apenas muerta la vaca, ya estarían sobre ella veinte buitres hambrientos. Mientras tanto los chiquillos duermen, se despiertan y siguen durmiendo tranquilamente. Se dedican por gusto a tejer cestas con hierba seca, que les sirven como jaulas para saltamontes. De vez en

vez provocan peleas entre mantis religiosas*.

Fabrican collares con nueces de la Selva, alternando las rojas y las negras. Les encanta observar a los lagartos al sol y cómo las serpientes cazan ranas en la laguna. Suelen cantar canciones interminables que adornan con unos arpeggios* finales típicos del país. Cuando uno oye estas canciones, tiene la impresión de que el tiempo sólo corre para las personas, pues a su alrededor todo se queda estancado, inmutable o eterno. También se entretienen haciendo con barro figurillas de hombres, búfalos, caballos. Los hombres llevan cañas. Parecen guerreros rodeados de sus fieles ejércitos. Incluso recuerdan a dioses que reclaman la adoración de sus devotos.

Cuando llega la noche, los gritos de los niños azuzan a los búfalos que se levantan pesadamente de los lodazales. Despegarse del barro es tan sonoro como el ruido de los fusiles. En fila,

estatuas de barro se dirigen hacia donde ya brillan en plena llanura las luces de la aldea. Todos los días Mowgli llevaba los búfalos a pastar. Y siempre veía a Hermano Gris a la misma distancia en la chata llanura. Eso le bastaba para saber que Shere Khan no había vuelto todavía. Y todos los días se acostaba en la hierba, escuchaba los ruidos y soñaba con su vida pasada en la Selva. Mowgli habría notado la presencia de Shere Khan al más mínimo movimiento del tigre. La quietud y el silencio eran absolutos a lo largo de aquellas tranquilas mañanas.

Pero un día vio a Hermano Gris en el sitio que habían convenido, un árbol de *dhák*. Con un gesto satisfecho llevó a los búfalos por el barranco donde estaba el árbol, cubierto de flores rojas y doradas. Hermano Gris estaba allí, con todos los pelos del lomo erizados.

—Sabes que decidió esconderse durante un mes

para tenerte despistado. Pues lo vi anoche cruzando los campos, con Tabaqui a sus talones — dijo Hermano Gris todo sofocado.

Mowgli se mostró preocupado.

—No hay por qué tener miedo a Shere Khan — dijo—, pero temo la astucia de Tabaqui.

—No lo temas —dijo relamiéndose de satisfacción Hermano Gris—. Encontré a Tabaqui cuando estaba amaneciendo. Antes de que su-

ciera a los cielos a compartir su sabiduría con los buitres, me lo contó todo. Después le partí el

espinazo. El plan de Shere Khan es esperarte a la entrada de la aldea esta noche. Quiere enfrentarse a solas contigo. Ahora está echado en el barranco seco del Waingunga.

—¿Sabes si ha comido hoy? ¿O no ha logrado cazar una sola pieza hasta ahora? —preguntó Mowgli muy interesado. Su vida dependía de una u otra respuesta.

Al amanecer cogió una presa; es posible que

haya sido un jabalí. Y ha bebido. Shere Khan es incapaz de ayunar, ni siquiera cuando sería de prudencia elemental para cumplir su venganza.

—Es un imbécil. Es absolutamente infantil. Está bien comido, bien bebido y cree que le voy a dejar hacer la digestión tranquilamente. ¿Dónde dices que está echado? Entre diez seríamos capaces de arrastrarlo hasta aquí. Los búfalos no querrán embestirlo mientras no olfateen su rastro. Pero siempre podríamos colocarnos detrás de él. Así lo olfatearían y seguirían su rastro.

—Fue astuto. Nadó a lo largo de la corriente del Waingunga para evitar que hiciéramos eso.

—Eso fue un consejo de Tabaqui. Nunca se le hubiera ocurrido a él algo tan inteligente.

Mowgli, con un dedo en la boca, seguía profundamente pensativo.

—Hay un dato a tener en cuenta: el barranco seco del Waingunga desemboca en la llanura, muy cerca de donde nos encontramos. Si con-

duzco el rebaño hasta la parte alta de la Selva,
luego lo podría lanzar cuesta abajo contra el.
Pero le dejaría una escapatoria por la parte infe-
rior. Debo cerrar esa salida, Hermano Gris.

¿Puedes ayudarme a dividir el rebaño?

—Es posible que yo no sea capaz. Pero segura-
mente lo podré hacer con la ayuda de alguien
que he traído conmigo.

Hermano Gris desapareció en un agujero. Por él
asomó inmediatamente una cabeza gris, que
Mowgli conocía a la perfección. Resonó en la
quietud del ambiente el grito de guerra más
aterrador que se puede oír en la Selva: el terri-
ble aullido de un lobo en pleno día. —¡Akela!
¡Amigo Akela! —dijo Mowgli aplaudiendo en-
tusiasmado—. Si estaba claro que no podías
olvidarte de mí. Tenemos un trabajo importante
que hacer entre los dos. Debes ayudarme a di-
vidir el rebaño. Ponme a un lado las vacas y los
terneros, y a otro los toros y los búfalos de la-

bor.

Los dos lobos se metieron entre el rebaño. Parecían niños jugando a algo divertido. Entraban y salían levantando a los animales que bufaban y trataban de cornear a los rapidísimos intrusos.

El rebaño quedó separado en dos grupos: en uno estaban las hembras que protegían fieramente a sus crías, colocadas en el centro. Pateaban furiosas mirando con ojos asesinos. Estaban dispuestas a embestir al menor descuido, aplastando a los lobos sin remedio.

El otro grupo estaba formado por los toros y novillos. También resoplaban y pateaban. Su aspecto era imponente, pero en el fondo eran menos peligrosos. No tenían crías que proteger. Media docena de hombres no habría dividido el rebaño tan bien como los lobos.

—¿Hay algo más que hacer? —esperó Akela jadeante—, Porque si te das cuenta, intentan reunirse.

Mowgli montó sobre Rama y le explicó a Akela:

—Conduce los toros hacia la izquierda. Tú,

Hermano Gris, cuando hayamos salido, mantén
unidas a las vacas. Llévalas al pie del barranco.

—¿Hasta dónde? —preguntó el lobo.

—Hasta que veas que los lados tienen la altura
suficiente como para que Shere Khan sea inca-
paz de saltar —le dijo Mowgli a gritos—. Y haz
que se estén allí hasta que bajemos nosotros.

Los toros salieron cuando Akela empezó a la-
drar, y Hermano Gris se quedó con el resto del
rebaño. Las vacas embestían. El lobo corrió de-
lante de ellas hasta que las hizo llegar al pie del
barranco. Akela hacía avanzar a los toros hacia
la izquierda.

—Perfecto. Con una nueva embestida estarán a
punto. Pero ten cuidado, Akela. Si muerdes, te
embestirán. Este trabajo es más complicado que
acorrallar gamos negros. ¿Sabías que estos ani-
males podían alcanzar semejante velocidad? —

dijo Mowgli.

—En mis buenos tiempos los he cazado —dijo Akela cubierto de polvo—. ¿Los lanzo ahora hacia la Selva?

—Sí, inmediatamente. Veo que Rama está furioso. No logro comunicarle por qué lo necesito hoy.

Los toros penetraron por la derecha en la espesura. Lo destruían todo a su paso. Los que pastoreaban cerca huyeron hacia la aldea con la noticia de que los búfalos, enloquecidos, se habían escapado.

Pero Mowgli había concebido un plan sencillísimo: trazaría un gran círculo mientras subía.

Al llegar al barranco, haría descender a los toros y cogería a Shere Khan entre dos fuegos, entre aquéllos y las vacas. El tigre, bien comido y bebido, no lucharía, y sería incapaz de saltar el barranco por los lados. Intentaba en esos momentos tranquilizar a los animales con la

voz. Akela se había quedado rezagado. No ladraba más que muy de cuando en cuando para avivar el paso de la retaguardia.

Estaban trazando un círculo enorme. Todavía querían mantenerse alejados del barranco. De ese modo, Shere Khan nunca advertiría la presencia de sus atacantes. Mowgli reunió al asustado rebaño en lo alto del barranco. La pendiente era rápida, estaba tapizada de hierba y terminaba en el precipicio. Era un magnífico observatorio de la llanura. Pero lo que satisfizo realmente a Mowgli fue descubrir que los laterales del barranco estaban cortados a pico. Las plantas que crecían allí jamás podrían aguantar el peso de un tigre, si es que Shere Khan se aventuraba a huir por ese camino.

—Déjalos un momento tranquilos —dijo moviendo una mano—. Tienen que captar el rastro. Voy a anunciarle a mi amigo Shere Khan el ciclón que se le viene encima. Lo tenemos en la

trampa.

Hizo con sus manos una especie de bocina, gritó hacia el barranco y produjo el mismo efecto que en la boca de un túnel. El eco rebotó de roca en roca.

No tardó mucho en oírse el gruñido de un tigre, perezoso y soñoliento. Era la reacción de alguien que, bien comido y bien bebido, hartó ya, se despierta de un sueño profundo.

—¿Quién me molesta? —preguntó Shere Khan.

Del fondo del barranco salió chillando y huyendo en un vuelo precioso un pavo real.

—Soy yo, Mowgli. ¡Tú! ¡Ladrón de animales domésticos! Debes venir conmigo al Consejo de la Roca. ¡Ya! ¡Lánzalos! ¡Akela! Rama, vamos abajo.

El rebaño se quedó un momento indeciso al borde mismo de la pendiente. Akela lanzó su tremendo grito de guerra y todos se precipitaron hacia abajo. Parecían barcos a la deriva en

una corriente loca. La arena y las piedras saltaban a su alrededor. Comenzaba la carrera, ya no había posibilidad de pararla. Rama captó enseguida el rastro de Shere Khan y mugió.

—Ya es hora —dijo Mowgli—. Al fin te has enterado.

La avalancha de cuernos, hocicos humeantes, ojos dilatados por la ira, cruzó la torrentera.

Parecían rocas arrastradas ciegamente por la furia de la crecida de las aguas. Al pasar, despedían hacia los lados a los más débiles. Todos fueron conscientes de lo que se esperaba de ellos. Era la embestida del terrible ejército de los búfalos. Contra ese ataque ni el tigre más fiero tenía posibilidad alguna de salir victorioso.

Shere Khan oyó el ruido tormentoso de las pezuñas. Se levantó y trató de caminar torrentera abajo. Vio claramente que los laterales del cauce estaban cortados a pico. Estaba abotargado por la comida y la bebida, y se dio cuenta de que se

encontraba en pésimas condiciones para presentar batalla.

El furioso rebaño pasó chapoteando por la laguna que Shere Khan acababa de abandonar.

Los mugidos hacían retumbar violentamente el estrecho paso. Se oyó otro mugido desde la parte inferior del barranco y a Shere Khan retrocediendo. Entonces comprendió que era mejor luchar contra los toros que contra las hembras y sus crías.

En ese momento Rama echó por tierra algo.

Tropezó y siguió adelante. Notó que pasaba por encima de una masa blanda. Los demás toros lo seguían, casi lo pisaban, y cayeron sobre el que venía de la parte inferior del barranco. Fue tal la furia del encuentro que los búfalos más débiles volaron por el aire.

Ambos rebaños, por la tremenda fuerza de la embestida, se vieron lanzados hacia la llanura.

Cuando llegó el momento oportuno, Mowgli se

apeó de Rama y empezó a repartir golpes con el palo que llevaba.

—¡Akela! ¡Enseguida! ¡Divídelos! Si no los separas, seremos testigos de una enorme refriega.

Akela, haz que te sigan. Rama, tranquilos, todo ha terminado.

Akela y Hermano Gris, a base de mordiscos en las patas, consiguieron que los búfalos se pararan. Se dieron la vuelta dispuestos a embestir, barranco arriba. Mowgli logró dominar a Rama. Siguiendo su ejemplo, los demás búfalos se encaminaron hacia los pantanos.

—¡Hermanos! Ha muerto como un perro —dijo Mowgli desenfundando el cuchillo que llevaba colgando al cuello desde su incorporación al Pueblo de los Hombres—. Aunque es cierto que jamás se hubiera batido cara a cara. Su piel, tendida en la Roca del Consejo, causará un efecto tremendo. Vamos a trabajar enseguida.

Entonces cayó una mano sobre el hombro de

Mowgli. Levantando los ojos vio a Buldeo con su mosquetón*. Se había enterado por el relato de los chicos de la huida de los búfalos y había llegado dispuesto a recriminar a Mowgli por no haber sabido cuidar de los animales.

Los lobos, en cuanto notaron la presencia del hombre, pusieron tierra de por medio.

—¿Qué locura intentas? —dijo Buldeo de mal humor—. No pensarás desollar tú solo un tigre.

¿Dónde lo mataron los búfalos? Y es el tigre cojo. Han ofrecido por su piel cien rupias. Bueno, voy a hacer la vista gorda sobre la huida del rebaño. Y además te daré una rupia como premio cuando lleve la piel a Khanhiwara —palpándose la ropa sacó un pedazo de acero y un pedernal. Se agachó y quemó los bigotes de Shere Khan, como todos los cazadores indígenas. Así, dicen ellos, se verán libres de la persecución del espíritu encarnado en los tigres.

—Tiene gracia la cosa —dijo Mowgli entre

dientes mientras desollaba ya una pata—. O sea, que vas a llevar la piel a Khanhiwara para que te den las cien rupias de la recompensa. Y luego, magnánimamente, me darás quizá una rupia. Pues, mira por dónde, yo necesito esta piel para mí solito. Bueno, viejo, aparta ese fuego.

—¿Te atreves a hablar así al jefe de los cazadores de la aldea? Todo lo que has hecho se lo debes a la estupidez de los búfalos. Además, el tigre estaba harto de comida. De no haber sido así, en estos momentos estaría a una buena distancia de aquí. No eres capaz de desollarlo correctamente y, sin embargo, tú, un advenedizo*, te atreves a decirme a mí, Buldeo, que deje de quemarle los bigotes. Mira, Mowgli, te vas a quedar sin un céntimo de la recompensa, y encima te daré una buena paliza. Suelta al tigre.

—¡Por el toro que me sirvió de rescate! — exclamó Mowgli, esforzándose por alcanzar ya

la piel de la paletilla—. ¿Crees que voy a perder toda la tarde charlando con un mono viejo como tú? ¡Akela! ¡Ven acá! Espabila de aquí a este hombre que me está molestando.

Buldeo se encontró de pronto tendido en la hierba. Tenía encima en actitud poco amistosa a un enorme lobo gris. Mientras tanto Mowgli seguía desollando al tigre tan tranquilo, como si se hallase solo en la India.

—Sí —decía Mowgli entre dientes—, tienes toda la razón cuando dices que no me vas a dar un céntimo como recompensa. Este tigre y yo teníamos un viejo duelo pendiente y yo he vencido.

Siendo imparcial, hay que reconocer que diez años antes Buldeo se habría enfrentado en pleno bosque con la fuerza de Mowgli. Pero tenía encima a un lobo que obedecía las órdenes del muchacho y, por tanto, no podía ser un animal como los demás. Allí había magia y encanta-

miento de los malos, pensó Buldeo. Incluso llegó a dudar que su amuleto le sirviese de algo. Se quedó quieto, tendido, paralizado por el terror, temiendo que de un momento a otro Mowgli se convirtiera en tigre.

—¡Gran Rey! —dijo con voz ronca y como en un susurro.

—¿Qué? —dijo Mowgli sin volver siquiera la cabeza, pero sonriendo satisfecho por el triunfo.

—Ya ves que soy un anciano. Jamas pensé que fueses algo más que un pastor de búfalos. ¿Me vas a permitir levantarme e irme, o vas a consentir que me haga pedazos este servidor al que tienes completamente sometido?

—Vete en paz. Pero ten cuidado y no te metas de nuevo con mi caza. ¡Akela! ¡Suéltalo!

Buldeo se fue hacia la aldea cojeando visiblemente y mirando hacia atrás a la espera de que Mowgli se convirtiera en algo espantoso. Al llegar, contó una historia de magia, encanta-

mientos y brujerías. El sacerdote se puso muy serio.

Mowgli continuó afanosamente su labor. Era casi de noche cuando, con la ayuda de los lobos, acabó de despellejar al tigre. Le dejaron sin su enorme piel, de una vistosidad inigualable.

Ahora —dijo— tenemos que esconder esta piel.

Y llevemos los búfalos a casa. Vamos a reunirlos, Akela. El rebaño se agrupó aunque la luz era ya bien escasa. Se fue hacia la aldea. Al acercarse, Mowgli se dio cuenta de que había más luces que de ordinario. En el templo se oían los instrumentos religiosos y el sonido de las caracolas marinas. La mitad de la población parecía esperarle a la entrada del pueblo.

—Seguramente —pensó Mowgli— es porque he matado a Shere Khan. Pero una lluvia de piedras silbó muy cerca de su cabeza, y sus oídos se llenaron de frases como éstas:

—¡Hechicero! ¡Eres hijo de una loba! ¡Eres el

diablo de la Selva! ¡Largo de aquí! De lo contrario, el sacerdote hará que te conviertas de nuevo en lobo. Buldeo, dispara.

El viejo mosquetón hizo fuego. El estruendo fue enorme. Un búfalo joven lanzó un mugido de dolor.

Ahí tenéis un nuevo hechizo —dijeron todos a la vez—. Buldeo, has herido a tu búfalo. Mowgli ha desviado la bala.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Mowgli sin entender nada. La lluvia de piedras arreciaba.

—Éstos se parecen totalmente a los de la manada —dijo seriamente Akela—. Creo que la única explicación de las balas es que los hombres te quieren arrojar del lugar.

—¡Lobo! ¡Márchate! —dijo el sacerdote histéricamente, agitando al mismo tiempo una rama sagrada.

—O sea, que me veo de nuevo en la misma si-

tuación. Antes me echaron porque era un hombre y, ahora, porque soy un lobo. Akela, vámonos.

Pero una mujer, Messua, corrió hacia el rebaño gritando:

—¡Hijo mío! Dicen que eres un hechicero y que, si te lo propones, puedes convertirte en una fiera. Yo no lo creo. Pero márchate. No quiero que te maten. Buldeo afirma que eres un brujo. Pero realmente sólo has vengado la muerte de Nathoo.

—Messua, vuelve atrás. De lo contrario te apedrearemos —rugió la multitud detrás de la mujer.

Mowgli se sonrió, aunque la sonrisa le duró poco, pues una piedra le dio en pleno rostro.

—Messua, vuélvete —dijo—. Esto es como uno de esos cuentos sin sentido que se inventan al anochecer a la sombra de la higuera. Por lo menos he vengado la muerte de tu hijo. Adiós.

Corre. Voy a lanzar los búfalos contra ellos.

Serán más rápidos que las piedras que me arrojan.

Los búfalos estaban deseosos de volver a la aldea. Apenas fue necesario que Akela los empujara con sus aullidos. Entraron todos como un torbellino a través de las puertas. Iban derribando todo y a todos a derecha e izquierda.

—Contadlos —les gritó Mowgli con desdén—.

Es posible que os haya robado alguno. Es la última vez que los voy a apacentar. Que Dios sea con vosotros, hijos de los hombres. Y dad gracias a Messua; si no fuera por ella, me lanzaría con mis lobos a cazaros en vuestras calles.

Les volvió la espalda. Echó a andar lentamente acompañado de Akela. Miró las estrellas y se sintió enormemente feliz.

—Akela, se ha terminado para mí dormir dentro de una trampa. Vamos a recoger la piel de Shere Khan y alejémonos de aquí. No hagamos

mal alguno a la aldea en honor a lo bien que
Messua se ha portado conmigo.

La Luna se elevó sobre la llanura y lo coloreó
todo de un tinte blanco lechoso. Los aldeanos
vieron aterrorizados cómo Mowgli, en compa-
ña de dos lobos y con un fardo sobre la cabeza,
corría por el campo. Su trote era como el de los
lobos, ese que les permite devorar las mayores
distancias.

Entonces sonaron todos los instrumentos musi-
cales y las caracolas marinas con una enorme
fuerza. Messua lloró. Buldeo empezó a ribetear
de fantasía las historias de sus aventuras en la
Selva. Llegó a decir que Akela se había erguido
sobre dos pies hablando como un hombre.

Ya empezaba a descender la Luna cuando
Mowgli y sus amigos llegaron a la Roca del
Consejo. Se pararon ante la cueva de Madre
Loba.

—Madre —dijo Mowgli—, me han arrojado de

la manada de los hombres, pero he cumplido mi palabra. Vengo con la piel de Shere Khan. Madre Loba salió de la caverna. Tenía cierta dificultad al andar. Los lobatos la seguían. Sus ojos parecían ascuas de fuego cuando vio la piel.

—Se lo profeticé el día que metió la cabeza en nuestra cueva. Quería matarte, ranita mía. Le dije que el que entonces se sentía cazador, un día, tarde o temprano, sería cazado por su pretendida víctima. ¡Hijo mío! Has hecho lo que debías.

—Muy bien, hermano —dijo una voz profunda procedente de la espesura—. Te echábamos de menos en la Selva —y Bagheera llegó corriendo a lamer los desnudos pies de Mowgli.

Todos juntos subieron a la Roca del Consejo. Sobre aquella roca plana en la que solía colocarse Akela, Mowgli tendió la piel de Shere Khan. Luego, la sujetó con cuatro cañas de bambú.

Akela se echó sobre ella y pronunció el antiguo grito del Consejo:

—Mirad, lobos, mirad bien —el mismo grito que resonó cuando le llevaron allí a Mowgli.

Desde la destitución de Akela, la manada andaba sin jefe. Cazaba y luchaba como mejor podía. Pero todavía contestaba a aquel famoso grito por la fuerza de la costumbre.

Los lobos empezaron a acercarse. Unos estaban cojos porque habían caído en alguna trampa.

Otros arrastraban una pata, destrozada por un balazo. Había algunos sarnosos por comer cosas infectas. Todos los que quedaban acudieron al Consejo. Vieron la rayada piel de Shere Khan sobre la Roca y sus enormes garras colgando en el vacío.

Entonces fue cuando Mowgli, sintiéndose poeta, compuso una famosa canción. Le nació espontáneamente del corazón y le llegó hasta los labios. Comenzó a cantarla a grandes voces

arrojándose sobre la piel. Llevaba el compás con los talones. Al fin se quedó sin aliento. Entre las estrofas, Hermano Gris y Akela aullaban, como coreando.

—Mirad bien, lobos, mirad —dijo Mowgli cuando terminaba—. ¿Quién duda de que he cumplido mi palabra? —y los lobos, lanzando aullidos lastimeros como perros apaleados, dijeron:

—Sí, has cumplido —y uno de ellos, cuya piel era un desgarrón completo y estaba lleno de cicatrices, aulló:

—¡Akela! ¡Vuelve a guiarnos! ¡Cachorro humano! ¡Vuelve a guiarnos! No podemos vivir sin Ley. Queremos ser el Pueblo Libre de otros tiempos.

—No —dijo Bagheera—. Os podéis equivocar. Os puede pasar como la otra vez. Hartos de todo, podéis caer en la antigua locura. Por algo os llaman el Pueblo Libre. Luchasteis por vues-

tra libertad. Ahí la tenéis. La podéis devorar incluso.

—Me arrojaron de la manada de los hombres y de los lobos —dijo Mowgli—. En adelante cazaré solo en la Selva.

—Y nosotros contigo —dijeron los cuatro lobatos.

Como había dicho, Mowgli se fue a cazar en la Selva acompañado por los cuatro lobatos. Aunque no estuvo siempre solo. Con el tiempo, al hacerse mayor, se casó. Pero ésa es otra historia.

LA CANCIÓN DE MOWGLI

QUE CANTÓ MOWGLI ANTE EL CONSEJO

DE LA ROCA, MIENTRAS BAILABA SOBRE

LA PIEL

DE SHERE KHAN

Ésta es la canción de Mowgli. Y yo soy, el mismo Mowgli, quien la canta. Que conozca la Selva todo lo que he hecho.

Aseguró Shere Khan que me mataría. ¡Que me

mataría!

Y que lo haría a las puertas de la aldea entre
dos luces.

Que mataría a Mowgli, esa pobre Rana.

Comió y bebió. Bebed cuanto queráis, Shere
Khan. ¿Volveréis alguna vez a tener sed? Que
os sintáis feliz soñando con vuestra caza.

La soledad me rodea en los prados. Hazme
compañía, Hermano Gris. Ven aquí, Lobo Soli-
tario, que te vas a divertir.

Pastorea los enormes búfalos, los toros de lo-
mos azulados y ojos coléricos. Yo te indicaré su
marcha errática.

Su Señoría, Shere Khan, está sumido en el silen-
cio del profundo sueño. Vamos, despertad,
despertad. Aquí estoy yo, y detrás de mí, los
búfalos.

Rama, su rey, escarba impaciente con sus pezu-
ñas el suelo. Aguas del Waingunga, ¿sabéis
dónde se esconde Shere Khan?

Él no es Ikki, capaz de perforar la tierra. Tampoco es Mao, el pavo real, para alzar orgulloso el vuelo. Nada tiene de Mang, el murciélago, funambulista en las ramas. Bambúes, el viento os hace hablar moviendo suavemente vuestras cañas. Decidme, ¿adónde ha huido Shere Khan?

¡Ahuuu! Allí está, allí está. Vergüenza. Un tigre cojo bajo las patas de Rama.
¡Arriba, Shere

Khan! Dad un salto y matad. Ahí tenéis los toros. Rompedles la columna vertebral.

¡Psss! Cuidado al despertarlo. Conocéis su inmensa fuerza. Descendieron los buitres en picado; las hormigas ascendieron de sus negros agujeros. Todos quieren contemplarlo. Una gloriosa corte lo rodea.

¡Ah! No tengo una sola prenda para cubrir mis vergüenzas. Buitres, no os fijéis en ello. Desnudo. Qué mal me siento así delante de la imponente asamblea. Préstame tu abrigo, Shere Kan. Préstame tu precioso abrigo de rayas, para que

yo pueda presentarme en el Consejo de la Roca.

Por mi segundo padre, el Toro, hice una pequeña promesa, muy pequeña. Pero es preciso que me prestéis vuestra piel para cumplirla.

¿Veis este cuchillo? Es de cazador, con ese filo de odio con que matan los hombres. Ahora me inclino a la tierra a recoger vuestro regalo.

Aguas del Waingunga, os pongo por testigos del amor que Shere Khan siempre me ha tenido. Hasta me ha dado su piel. ¡Tira, Hermano Gris! ¡Tira, Akela! ¡Qué pesada es la piel de Shere Khan!

¿Por qué se habrá enfurecido la manada de los hombres? Me tiran piedras y chillan como niños. Mi boca está sangrando. Huyamos.

Hermanos, pongamos alas en los pies y huyamos a través de la noche, de esta noche cálida.

Que se queden atrás las luces de la aldea. La Luna nos alumbra.

Aguas del Waingunga, soy un proscrito de los

hombres. Yo nada malo les hice. ¿Por qué me
tendrán miedo? ¡Manada de los lobos! También
por vosotros me siento desterrado. Todos han
cerrado para mí sus puertas: la selva, la aldea.
¿Por qué?

Tendré que imitar a Mang y su vuelo en zigzag
entre la Selva y las fieras. ¿Por qué?

Mientras bailo sobre la piel de Shere Khan, mi
corazón es un pozo de tristeza. Sangra mi boca,
destrozada por las piedras lanzadas contra mí
desde la aldea. Pero siento mi corazón aliviado.

Por fin volví de nuevo a la Selva. ¿Por qué?

Viste una vez dos serpientes luchando en el
ardor de primavera. Así luchan en mí dos sen-
timientos.

Lloro, y mientras fluye el río de mis ojos, canto
jubiloso. ¿Por qué?

Soy dos personas, dos Mowglis. Pero es mara-
villosa pensar que la piel de Shere Khan está
bajo mis pies.

Ya toda la Selva conoce mi victoria. He dado
muerte a Shere Khan. Mirad, mirad bien, todos
los lobos.

Pero mi corazón sigue oprimido. Hay mil con-
tradicciones que aún no entiendo.

La foca blanca

*Duérmete, niño, que la tarde cae,
y ya es negra el agua que antes fue verde.*

La Luna, curiosa, de las olas sale.

Silencio, mi amor, que la noche crece.

La ola que rompe es un suave manto.

Retoza, mi vida, en esa blancura.

*Duerme tranquilo, y que no haya llanto,
ni sueños que llenen el mar de amargura.*

(Canción de cuna de las focas)

TODO LO QUE OS VOY A CONTAR SUCE-
DIÓ, hace muchos años, en Novastosna, un
lugar al que se llama también cabo del Noreste,
en la isla de San Pablo*, muy lejos, en el mar de
Bering. Me contó esta historia Limmershin, el

gracioso pajarillo de las cuevas, una vez que el viento le arrojó contra la arboladura* de un barco que navegaba hacia Japón. Me lo llevé al camarote, donde se calentó, le di de comer durante dos días y luego le solté, cuando pensé que ya estaba suficientemente repuesto como para volver a San Pablo.

Nadie se acerca a Novastosna más que por negocios, y normalmente, las únicas que los tienen por allí son las focas. Llegan en los meses de verano a cientos y cientos de miles, abandonando el mar frío y gris. Las playas de Novastosna les ofrecen unas condiciones inmejorables.

Garra del Mar lo sabía muy bien, y todas las primaveras, estuviera donde estuviese, nadaba como un barco torpedero, en perfecta línea recta hasta Novastosria, y se pasaba un mes entero en continua pelea con sus compañeros para hacerse con un buen sitio en las rocas, lo más

cercano posible al agua. Garra del Mar tenía quince años. Era una enorme foca macho, de pelaje gris, con una gran melena en el arranque de la espalda, y unos dientes caninos largos, amenazadores. Cuando se levantaba sobre sus extremidades delanteras, conseguía elevarse a más de un metro del suelo. Y eso que pesaba más de trescientos kilos. Lo podía comprobar cualquiera, de atreverse a pesarle en una báscula. Tenía todo el cuerpo surcado por cicatrices, las marcas de los salvajes combates que había librado. Pero siempre estaba dispuesto a una nueva pelea. Antes de empezar el combate la-deaba la cabeza, como si le asustara el enemigo y no se atreviera a mirarle cara a cara. Luego, lanzaba su cabeza contra él con la velocidad del rayo, y cuando sus enormes caninos hacían presa en el cuello de la otra foca macho, ésta se escapaba si tenía ocasión, pero nunca con la ayuda de Garra del Mar.

Lo que jamás hizo Garra del Mar es atacar a focas previamente heridas por otras, porque eso atentaba contra todas las reglas de la bahía. Él sólo quería un criadero cerca del mar. Pero como había cuarenta o cincuenta mil focas más buscando lo mismo todas las primaveras, los silbidos, bramidos, rugidos, los tremendos resoplidos que se oían en la playa eran espantosos.

Desde la colina Hutchinson se podía ver una extensión de costa de tres millas y media, totalmente cubierta de focas, enzarzadas entre sí en unas luchas feroces. Y la zona cercana a la playa estaba llena de cabezas de focas que se apresuraban a ir a tierra para unirse a los fieros combates. Luchaban sobre las rompientes, en la arena y hasta en las pulidas rocas de basalto* de los criaderos. Eran tan estúpidas e intransigentes como los hombres. Las hembras, sus parejas, nunca llegaban a la isla hasta finales de mayo o

principios de junio, porque no querían pasar por el duro trance, siempre posible, de que les hicieran pedazos. Las crías de dos, tres o cuatro años, que todavía no tenían la obligación de fundar una familia, se limitaban a irse hacia el interior de la isla, a una distancia de una media milla, atravesando las apretadas filas de guerreros en plena batalla. Jugaban sobre las dunas, en grupos pequeños o a millares, destrozando todas las plantas cercanas. Se les conocía con el nombre de *holluschickie*, los solteros, y solamente en Novastosna podía haber hasta trescientos mil.

Un día de primavera, Garra del Mar había terminado su combate número cuarenta y cinco cuando Matka, su dulce y complaciente esposa, de lánguida mirada, salió del mar. Inmediatamente la cogió el por el pescuezo, y casi en volandas, la acomodó en el terreno que había escogido.

—Como siempre, llegas tarde —fue su saludo de gruñón malhumorado—. ¿Dónde has estado?

Garra del Mar tenía la costumbre de no comer nada durante los cuatro meses que pasaba de vigilancia en la playa. Por eso, normalmente, estaba de un humor pésimo. Matka se guardó muy bien de responderle. Miró a su alrededor y le dijo con dulzura:

—¡Qué previsor eres! ¿O sea, que has conseguido volver a establecerte en nuestro sitio de siempre? —Parece que sí —le respondió Garra del Mar—. Mírame un poco.

Se le veían rasguños por todas partes. Sangraba por veinte heridas diferentes. Estaba medio ciego, y en los costados la piel le colgaba a jirones.

—¡Vaya, hombres al fin y al cabo! —gritó Matka, mientras se abanicaba con una de las aletas posteriores—. ¿No podéis entrar en razón algún

día y repartiros los sitios en paz? Se diría, por tu aspecto, que has tenido que luchar contra una orca.

—No he hecho otra cosa que combatir desde mediados de mayo. La playa está terriblemente superpoblada este año. Me he encontrado con más de un centenar de focas de la playa de Lukannon, que buscaban un sitio donde acomodarse. ¿Por qué no se queda cada uno en su sitio?

—He pensado muchas veces que estaríamos mucho mejor si bajáramos hasta la isla de Loutres, en vez de venir a este sitio, en el que no se puede dar un paso —comentó Matka.

—¡Bah! Sólo los *holluschickié* van a la isla de Loutres. Si vamos allí, los demás dirán que tenemos miedo. Querida, es preciso cuidar las apariencias.

Garra del Mar hundió su orgullosa cabeza entre los hombros, redondeados por una capa de

grasa, y pareció dormir durante unos minutos.

Pero siempre con un ojo avizor, y preparado, por si tenía que volver a pelearse con alguien.

Ahora ya estaban en tierra las focas machos con

sus respectivas hembras. De aquella masa de

focas brotaba un clamor que podía oírse a le-

guas mar adentro. Dominaban el horrísono

sonido de cualquier vendaval. Había en las pla-

yas, contando muy por lo bajo, al menos un

millón de focas, algunas viejas, otras madres,

crías recientes, y *holluschickie*, que se peleaban,

retozaban, bramaban, se arrastraban, empeza-

ban a jugar a la vez, a zambullirse en el agua y

a salir de ella, por compañías y batallones, cu-

briendo hasta la última pulgada* de terreno,

divirtiéndose entregadas a juegos de escaramu-

zas a través de la niebla. En Novastosna, la nie-

bla se hace presente casi siempre, hasta que el

sol logra vencerla, y durante unos instantes da

a todas las cosas el reflejo del nácar y los colores

del arco iris.

Kotick, la cría de Matka, nació en medio de esta barahúnda. No tenía más que cabeza y hombros, y unos ojos claros, de un azul aguamarina, como lo son siempre los de las crías de focas recién nacidas. Pero había algo en la piel de aquella cría que obligó a su madre a fijarse atentamente.

—¡Garra del Mar! —comentó al fin—. ¡Nuestro hijo va a ser blanco!

—¡Conchas vacías y algas secas! —exclamó Garra del Mar—. ¿Una foca blanca? ¡Algo nunca visto!

—De momento no puedo hacer nada. Veremos más adelante —respondió Matka.

Y se puso a cantar la dulce y grave canción que cantan todas las madres focas a sus crías recién nacidas.

*Si para nadar no esperas seis semanas,
te hundirás porque tienes la nariz pesada.*

La orca y los golpes de viento del verano

son enemigos de nuestro débil rebaño.

No lo olvides, mi ratita, son enemigos.

Cuídate de sus salvajes colmillos.

Hijo mío, báñate en los anchos mares,

y te harás fuerte y feliz como tu padre.

Evidentemente, el animalito era todavía incapaz de comprender aquellas palabras. Jugaba en el agua, chapoteando, o se arrastraba junto a su madre. Aprendió a hacer sus escapadas cuando su padre peleaba con otra foca, y los dos enemigos, con tremendos rugidos, rodaban sobre las resbaladizas rocas. Mientras tanto, Matka salía a la mar para buscar algo que echarse a la boca. La cría era alimentada una vez cada dos días. Pero entonces comía hasta hartarse, y eso, además de serle más que suficiente, le sentaba muy bien.

Entre las primeras cosas que hizo fue internarse con movimientos torpes en la isla. Allí se juntó

con decenas de miles de crías de su edad, que jugaban juntas como cachorrillos, dormían sobre la arena limpia y volvían de nuevo al juego. Los padres, en los criaderos, no les hacían caso alguno y los *holluschickie* permanecían impertérritos en su propio territorio, lo que permitía a los pequeños campar a sus anchas.

Cuando Matka volvía de la pesca en alta mar, se dirigía inmediatamente al terreno de juego, llamaba a su cría como una oveja reclama la presencia de su cordero y esperaba hasta que el balido de Kotick se dejaba oír. Entonces se dirigía hacia el en una línea absolutamente recta, soltando golpes con sus aletas caudales, y apartando a las demás crías. Siempre había madres a la búsqueda de sus crías en los terrenos de juego, unas crías que se divertían allí a sus anchas. Pero ya Matka le había dicho a Kotick: —Mientras no se te ocurra bañarte en el agua fangosa y cojas así la sarna, o te arrastres en la

arena dura y te cortes la piel, y mientras no te pongas a nadar cuando la mar esté picada, aquí no corres peligro alguno.

Como los niños, las focas pequeñas no saben nadar. Pero tampoco sienten una prisa loca por aprender. La primera vez que Kotick se echó al agua, una ola la arrastró a un lugar profundo, se le hundió la cabezota, y sus aletas caudales se elevaron en el aire, como su madre había

descrito en la canción. Y si la ola siguiente no la hubiera lanzado a tierra, se habría ahogado.

Después de eso aprendió a permanecer tendida en un charco de la playa, donde el agua apenas llegaba a cubrirla, y se dejaba mecer por las olas, mientras chapoteaba. Pero siempre estaba atenta a las olas grandes, que podían hacerle daño. Necesitó dos semanas para aprender a servirse de sus aletas natatorias. Durante esas dos semanas, se arrojaba al agua como loca, salía de ella, tosía, gruñía, remontaba la peque-

ña pendiente de la playa y luego se echaba una siesta sobre la arena. Después volvía al agua, hasta que un día se dio cuenta de que ella era su auténtico elemento.

Podéis imaginaros los estupendos ratos que pasó con sus compañeros, dándose chapuzones para pasar por debajo de las olas, o cabalgando sobre su cresta, para atreerizar en medio de un crepitar de agua y espuma. Resoplaba para recuperar la respiración y no ahogarse, mientras la ola remontaba la playa como un torbellino.

También se alzaba sobre la cola y se rascaba la cabeza, como los mayores, o jugaba al rey del castillo, subido en todo lo alto de las resbaladizas rocas cubiertas de musgo, que asomaban apenas de las aguas. A veces veía una aleta delgada, parecida a la de un gran tiburón, que nadaba lentamente cerca de la costa. Sabía que se trataba de la orca, la asesina, que se come a las focas pequeñas cuando puede atraparlas. En-

tonces Kotick se dirigía a la playa como una flecha, y la aleta se alejaba lentamente haciendo pases de baile, como si hubiera ido por allí por pura casualidad.

A finales de octubre, las focas empezaron a abandonar la isla de San Pablo, dirigiéndose a alta mar por familias y tribus. Ya no se luchaba por la posesión de los criaderos, y los *holluschickie* jugaban donde querían.

—El año próximo —le dijo Matka a Kotick— seras un *holluschickie*. Pero este año tienes que aprender a pescar.

Se lanzaron juntos a través del Pacífico y Matka le enseñó cómo dormir de espaldas, con las aletas replegadas en los costados, asomando la nariz a ras del agua. No hay cuna alguna tan cómoda como el continuo balanceo de las olas del Pacífico. Cuando Kotick notó por el cuerpo un hormigueo y algunos pinchazos, su madre le explicó que empezaba a sentir el agua, que esas

sensaciones anunciaban mal tiempo, y que debía nadar con toda energía para escapar de la tormenta.

—Dentro de poco sabrás hacia dónde dirigirte.

Pero ahora nos limitaremos a seguir a Cerdo Marino, la marsopa, que sobre la mar lo sabe todo.

Justamente pasaba por allí un pequeño banco de marsopas que se daba chapuzones en el agua, cortándola a toda velocidad, y el pequeño Kotick lo siguió, nadando tan deprisa como podía.

—¿Cómo sabéis hacia dónde tenéis que ir? —preguntó, respirando entrecortadamente.

El jefe de las marsopas miró hacia todas partes con sus blancos ojos y se zambulló.

—Pequeño, siento en mi cola cierto hormigueo

—le respondió—. Eso significa que tengo la tempestad a mis espaldas. ¡Ven conmigo a toda prisa! Cuando se está al sur del mar de Aguas

Viscosas (quería decir el Ecuador) y se sienten pinchazos en la cola, eso significa que la tempestad está frente a ti y que debes escapar hacia el norte. ¡Ven conmigo enseguida! Estas aguas no son seguras.

Ésa fue sólo una de las muchas cosas que aprendió Kotick, que captaba constantemente realidades y sensaciones nuevas. Matka le enseñó a perseguir al bacalao y al fletán en los bancos submarinos; a arrancar a algunos peces de sus agujeros disimulados entre las algas; a bordear los barcos hundidos a cien brazas de profundidad, entrando por un ojo de buey y saliendo por otro, nadando con la rapidez de una bala de cañón en persecución de los peces. A bailar sobre las crestas de las olas cuando los rayos se cruzan en la inmensa bóveda del firmamento; a saludar al albatros, de cola corta y ancha, moviendo graciosamente las aletas, y al Hombre de la Guerra, el Halcón, cuando vuela

a vela, dejándose llevar por el viento; y a saltar limpiamente fuera del agua más de un metro, como los delfines, con las aletas pegadas al cuerpo y la cola curvada; a despreciar a los peces voladores, porque no hay en ellos más que espinas; a arrancar un trozo del lomo de un bacalao, y eso nadando a toda velocidad y a diez brazas* de profundidad; y a no detenerse para mirar un barco, y menos todavía una barca de remos. Al acabar los seis meses, lo que Kottick no supiera sobre la pesca en aguas profundas no tenía ninguna importancia. Y durante

todo ese tiempo nunca descansaron sus aletas en tierra seca.

Pero un día, mientras se balanceaba en el agua tibia de una zona de la isla de Juan Fernández, se sintió mareado, y que una enorme pereza se adueñaba de él, como les pasa a las personas cuando llega la primavera. Se acordó de la dulzura de las playas de Novastosna, tan seguras siempre, lo que había jugado en ellas con sus compañeros, los bramidos de las focas y sus terribles luchas. Inmediatamente empezó a nadar tranquilo y seguro, rumbo al norte. Pronto se encontró con otros compañeros que hacían el mismo viaje que el.

—Hola, Kotick, este año todos somos *holluschickie*, y podemos bailar la danza del fuego en las rompientes de Lukannon, y hartarnos de jugar sobre la hierba. Pero ¿cómo has conseguido esa piel?

La piel de Kotick era ya casi completamente blanca, y aunque se sentía muy orgulloso de ella, se limitó a responder:

—¡Nadad a toda prisa! Me duelen los huesos de tanto añorar la tierra firme.

Todos llegaron a las antiguas playas en las que habían nacido, y oyeron a sus padres, las focas viejas, en plena pelea entre la niebla.

Por la noche, Kotick bailó la danza del fuego con las focas que tenían, como él, un año. Las noches de verano, el mar se llena de fuego entre Novastosna y Lukannon, y cada foca deja tras sí una estela como de aceite quemándose, y un fogonazo cuando salta del agua. Las olas rompen contra la arena de la playa, convirtiéndose en grandes franjas y remolinos fosforescentes.

Luego, Kotick y sus compañeras llegaron hasta el territorio de los *holluschickie*, en el interior de la isla. Se revolcaron con una alegría loca en el trigo silvestre que acababa de nacer, y contaron

qué habían hecho durante su estancia en la mar.

Hablaron del Pacífico como los niños que han estado en el bosque recogiendo frutos silvestres. Y si alguien les hubiera escuchado, habría podido trazar un mapa tan perfecto de ese océano como jamás nadie lo haya hecho. Los *holluschickie* de tres o cuatro años descendieron en frenética carrera desde la colina de Hutchinson, gritando:

—¡Fuera de aquí, chiquillos! No habléis así hasta que hayáis doblado el Cabo de Hornos*. Pero ¡mira qué gracia! Oye tú, añojo, ¿dónde has encontrado esa piel?

—No la he encontrado —les respondió Kotick—
—. Ha venido ella sola.

Y cuando se preparaba para dar un revolcón al que acababa de hablar, tras una duna se dejaron ver dos hombres de pelo negro y caras rojas y chatas. Kotick, que aún no había divisado a ningún hombre, tosió y bajó la cabeza. Los

holluschickie se retiraron unos cuantos metros y se quedaron inmóviles, limitándose a mirar con ojos estúpidos a los dos aparecidos. Se trataba nada menos que de Kerick Booterin, jefe de los cazadores de focas de la isla, y de Patalamon, su hijo. Venían de la aldea, situada a una milla del criadero de focas, y discutían sobre cuáles se llevarían al matadero —porque las focas se dejan llevar como borregos—, para luego convertirlas en abrigo de piel.

—¡Mira! —exclamó Patalamon—. ¡Una foca blanca! Kerick Booterin palideció bajo la capa de aceite y tizne que le cubría la piel, porque era aleutiano, y los aleutianos no son demasiado limpios. Luego empezó a rezar como en un murmullo.

—No la toques, Patalamon. Jamás se ha visto una foca blanca desde que... desde que yo nací. Quizá sea el fantasma del viejo Zaharrof. Desapareció el año pasado en una horrible tempes-

tad.

—No me acercaré a ella —le dijo Patalamon—.

Trae malos augurios. ¿De veras crees que es el viejo Zaharrof reencarnado en ella? Le debo dos huevos de gaviota.

—No la mires —le ordenó Kerick—. Ahí tienes ese rebaño de focas de cuatro años. Llévatelo.

Los hombres deberían desollar hoy doscientas.

Pero estamos al principio de la estación y, además, son unos novatos. De momento bastará con cien. ¡Rápido!

Patalamon golpeó dos omoplatos de foca frente a la manada de *holluschickies*, y éstas se quedaron inmóviles, como muertas, resoplando fuertemente. Se adelantó unos pasos y las focas empezaron a moverse, y Kerick les hizo dirigirse hacia el interior de la isla. Ni por un instante se le ocurrió a ninguna volverse para reintegrarse al grupo de sus compañeras. Cientos y cientos de miles de focas vieron cómo las con-

ducían, pero continuaron jugando como si aquello no las afectara. Únicamente Kotick hizo algunas preguntas, que sus compañeras no pudieron responderen absoluto. Bueno, sí, le dijeron que los hombres se llevaban siempre a las focas de esta manera, durante seis semanas o dos meses al año.

—Quiero ir tras ellas —dijo Kotick.

Empezó a seguir la pista del rebaño, mientras los ojos casi se le salían de las órbitas.

—Nos sigue la foca blanca —gritó asustado Patalamon—. Es la primera vez que una foca viene al matadero por sí misma.

—¡Calla! No mires atrás —le ordenó Kerick—.

¡Seguro que es el fantasma de Zaharrofl Tengo que hablar con el sacerdote.

El matadero estaba a una milla de distancia, pero necesitaron una hora para recorrerla. Kerick sabía que si las focas iban demasiado deprisa, se sofocarían, y, al desollarlas, su piel

saldría a trozos.

Por eso fueron muy despacio, cruzando la Garganta del León Marino, dejando atrás la Casa de Webster, hasta llegar al almacén de salazón, ya fuera de la vista de las focas de la playa. Kotick seguía al rebaño respirando de forma entrecortada, y admirado ante lo que veía. Creía estar en el fin del mundo, pero le llegaba, desde los criaderos de las focas, un ruido tan tremendo como el de un tren que atraviesa un túnel.

Kerick se sentó en el musgo, sacó un gran reloj de bolsillo, y esperó una media hora para que los cuerpos de las focas se enfriaran. Kotick podía oír hasta las gotas de lluvia, condensadas por la niebla, que le caían de las alas del gorro.

Luego, llegaron diez o doce hombres, armados cada uno con una gruesa barra de hierro de alrededor de un metro, y Kerick les señaló una o dos focas, mordidas por sus compañeras, o demasiado sofocadas. Los hombres, calzados

con pesadas botas de piel de morsa, las apartaron del rebaño a puntapiés. Entonces Kerick dijo:

—¡Ya!

Los hombres empezaron a dar golpes en la cabeza a las focas, con una enorme rapidez. Al cabo de diez minutos, el pequeño Kotick fue incapaz de reconocer a sus amigas, porque sus pieles, desolladas desde el hocico hasta las aletas posteriores, y arrancadas luego de un tirón seco, se amontonaban en el suelo.

Kotick había visto ya bastante. Dio media vuelta y se dirigió a todo correr —una foca puede hacerlo a galope tendido durante un tiempo muy corto— hacia el mar, erizado el bigote por el horror que había contemplado. En la Garganta del León Marino, donde los animales descansan hasta donde llega la resaca, se lanzó al agua fresca, protegiéndose la cabeza con las aletas, y se abandonó al suave balanceo de la mar, suspi-

rando tristemente.

—¿Qué pasa, quién anda por ahí? —gruñó un león marino. En general sólo les gusta la compañía de sus congéneres.

¡Scoochnie! ; Ochen scoochnie! (¡Estoy solo! ¡Muy solo!) —respondió Kotick—. Están a punto de

matar a todos los *holluschickie*, a todos sin excepción y en todas las playas.

El león marino volvió la cabeza hacia la tierra.

—¡Qué disparate! —comentó—. Tus amigos siguen alborotando como siempre. Seguro que has visto al viejo Kerick despachando a un baño. Lleva haciendo lo mismo desde hace treinta años.

—Es horrible —le respondió Kotick.

En ese momento, notando que una ola iba a sumergirle, empezó a nadar hacia atrás y se afianzó con un movimiento de aletas, que, girando como una hélice, le hicieron ponerse vertical a escasos centímetros de los afilados bor-

des de una roca.

—¡No está nada mal! ¡Está muy bien para tu edad! —le dijo el león marino, que sabía reconocer los méritos de un buen nadador—. Me imagino que, efectivamente, desde tu punto de vista, es bastante atroz. Pero ya que vosotras, las focas, os empeñáis en venir aquí año tras año, los hombres, naturalmente, acaban por enterarse y, a menos que encontréis una isla a la que ninguno de ellos vaya, seguirán tratándoos de la misma manera.

—¿Existe una isla así? —le replicó Kotick.

—Sigo al *halibut* desde hace veinte años y tengo que confesarte que todavía no lo he encontrado. Pero escuchame... Tengo la impresión de que te gusta hablar con tus superiores. ¿Por qué no vas al islote de las Morsas y hablas con Sea—Vitch? Quizá ella sepa algo. No te embales. Es una travesía de nueve kilómetros y, en tu lugar, yo iría primero a tierra y dormiría un rato.

Kotick dio por bueno el consejo. Llegó hasta la playa, cruzando una zona de mar, y luego a tierra. Durmió una media hora, entre convulsiones, como les sucede siempre a las focas.

Luego, se dirigió en línea recta al islote de las Morsas, una plataforma rocosa, de muy poca altura y extensión, casi exactamente al noreste de Novastosna, llena de cornisas y nidos de gaviotas, donde las morsas hacen vida aparte.

Salió a tierra muy cerca de Sea—Vitch, la morsa del Pacífico Norte, gorda, fea, de enorme cuello, dotada de grandes colmillos. Sólo tenía modales durmiendo, que era lo que hacía, con las aletas posteriores medio hundidas en el agua.

—¡Despierta! —rugió Kotick, porque las gaviotas graznaban con un ruido insoportable.

—¡Ah, oh, hummm! ¿Qué pasa? —exclamó Sea-Vitch, que con un golpe de sus colmillos despertó al vecino, que hizo lo mismo con el que tenía al lado, continuando así el juego, hasta

que se despertaron todas las morsas. Empezaron a mirar en todas las direcciones, salvo en la que debían.

—¡Eh, soy yo! —les gritó Kotick, que se balanceaba con la corriente y parecía una babosa blanca.

—¡Pero, bueno, que me desuellen! —exclamó SeaVitch.

Y todas las morsas miraron a Kotick como mirarían a un niño los soñolientos miembros de un club. A Kotick no le hacía ninguna gracia que le hablaran de ser desollado. Ya había visto bastante. Por eso empezó a gritar:

—¿Hay algún sitio al que puedan ir las focas, y al que los hombres les resulte imposible el acceso?

—Descúbrelo tú —le contestó Sea—Vitch cerrando los ojos—. Vete. Aquí tenemos mucho trabajo.

Kotick dio un salto de delfín, y siguió chillando:

—¡Zampaostras! ¡Zampaostras!

Aunque se las tenía por un personaje temible, la foca sabía muy bien que Sea—Vitch jamás había pescado un pez, pues se limitaba a revolver los fondos marinos en busca de ostras y algas. Evidentemente, los *chickies*, los *gooverooskies* y los *epatkas*, las gaviotas de todo tipo y los mergos*, siempre preparados para cometer cualquier grosería, se hicieron eco de su grito y, según me ha contado Limmershin, durante casi cinco minutos no habría podido escucharse ni siquiera un cañonazo en el islote de las Morsas. Todos sus habitantes gritaban a pleno pulmón: «¡Tra-gaostras! ¡*Stareek!* (viejo)», mientras Sea—Vitch se movía alternativamente sobre sus costados, bufando furioso.

—Y bien, ¿me lo vas a decir ahora? —preguntó Kotick, exhausto.

—Pregúntaselo a Vaca—Marina —le respondió SeaVitch—. Si todavía vive, podrá decírtelo.

—¿Y cómo la reconoceré? —preguntó Kotick, preparado ya para salir nadando.

—Es la única criatura del mar más fea que Sea—
—Vitch —gritó una gaviota, que volaba justo por encima de la nariz de la morsa—. ¡El más feo y el mas grosero! ¡*Stareek!*

Kotick regresó a Novastosna, dejando a las gaviotas entregadas a sus gritos. Y, una vez allí, se dio cuenta de que todas las molestias que se había tomado por encontrar un sitio seguro para las focas no le servían para granjearse simpatía alguna.

Le dijeron que los hombres siempre se habían llevado a los *holluschickie*, que eso formaba parte de la rutina diaria, y que si no le gustaba ser testigo de un espectáculo tan horrible, no debía haber ido adonde sacrifican a las focas. Pero ninguna había asistido a aquella carnicería, y eso marcaba una enorme diferencia entre ella y sus amigas. Además, Kotick era una foca blan-

ca.

—Lo que necesitas —le dijo Garra del Mar cuando se enteró de las aventuras de su hijo—, es crecer, hacerte una gran foca, lo mismo que tu padre, y conseguir y defender un criadero en la playa. Entonces te dejarán tranquilo. Dentro de cinco años tendrás que pelear tú solito...

Hasta su madre, la dulce Matka, le dijo:

—Jamás podrás detener esa carnicería, Kotick.

Vete a jugar a la mar.

Así lo hizo. Se fue y bailó la danza del fuego, pero con el corazón apesadumbrado.

Cuando llegó el otoño, abandonó la playa y se fue solo, porque tenía una idea en la cabeza.

Estaba decidido a encontrar a Vaca—Marina, si es que tal personaje habitaba los mares, y descubrir una isla tranquila, con buenas playas de arena dura, donde las focas vivieran sin que los hombres las inquietasen. Exploró el Pacífico de norte a sur, nadando hasta trescientas millas*

en un día y una noche. Corrió más aventuras de las que se puedan contar, escapó por los pelos de los dientes de los tiburones y del pez martillo. Tropezó con todos los malhechores que rondan los mares, con grandes peces tranquilos, y con las vieiras de manchas rojas, que se quedan inmóviles, aferradas al mismo sitio durante cientos de años, de lo que están muy orgullosas. Pero nunca encontró a VacaMarina, ni una isla que le gustase.

Si la playa era buena y dura, y se prolongaba en un talud* donde las focas pudieran jugar, siempre se veía en el horizonte el humo de un ballenero, que fabricaba aceite de ballena, y Kotick sabía muy bien qué significaba eso. O bien constataba que las focas habían frecuentado ya la isla, y que habían sido exterminadas. Kotick sabía de sobra que los hombres vuelven siempre a las zonas que conocen.

Se topó también con un viejo albatros de cola

corta, que le dijo que las islas Kerguelen eran el sitio ideal para quien buscara paz y tranquilidad. Pero cuando Kotick llegó hasta aquellos parajes tan apartados, estuvo a punto de chocar contra los negruzcos y terribles acantilados, debido a una furiosa tormenta de aguanieve, relámpagos y truenos. Sin embargo, al abandonar el lugar, cara a la tormenta, observó que hasta en aquel sitio hubo en otro tiempo un criadero de focas. Y sucedió lo mismo en todas las islas que visitó.

Limmershin me dio una lista muy larga, porque me dijo que Kotick había consagrado cinco estaciones a sus exploraciones, descansando cada año cuatro meses en Novastosna, donde los *holluschickie* se burlaban de él y de sus islas imaginarias. Se fue hasta las Galápagos*, un sitio árido y pavoroso, bajo la línea del ecuador, donde estuvo a punto de morir, asado por el sol; a Georgia del Sur, a las Orcadas del Sur, a

la isla Esmeralda, a Gough, al Pequeño Ruiseñor, a las islas Crozet, y hasta abordó un islote al sur del Cabo de Buena Esperanza*. Pero en todas partes los habitantes de la mar le decían lo mismo. Las focas habían llegado en otro tiempo a esas islas, pero los hombres las habían aniquilado.

Incluso cuando recorrió miles de millas fuera del Pacífico, y alcanzó Cabo Corrientes* —de regreso de la isla de Gough—, encontró algunos centenares de focas, con la piel sarnosa, descansando en una roca. Le aseguraron que los hombres también llegaban hasta allí.

Aquello estuvo a punto de partirle el corazón, y en ese estado de ánimo franqueó el cabo de Hornos para volver a su hogar. De camino hacia el norte, descubrió una isla cubierta de árboles de un verdor maravilloso, donde resista una foca vieja y moribunda. Kotick pescó algunos peces para ella y le confió todas sus

penas.

—Ahora —dijo Kotick—, me vuelvo a Novastosna, y si me llevan con los *holluschickie* a los campos de la muerte, me trae sin cuidado.

—Inténtalo una vez más —le dijo la vieja foca—. Yo soy el único superviviente de la colonia desaparecida de Masafuera y, en la época en la que los hombres nos mataban por cientos de miles, se contaba en la playa que una foca blanca vendría para conducirnos a un lugar tranquilo. Soy vieja y jamás llegaré a ver ese día, pero otros lo verán. Inténtalo otra vez.

Kotick se retorció el bigote —lo tenía magnífico.

—Soy la única foca blanca que ha visto la luz del día —dijo—, y la única foca, blanca o negra, que ha soñado con nuevas islas.

Aquel encuentro le animó muchísimo. Cuando volvió a Novastosna durante el verano, su madre le pidió que se casara y que se estableciera, porque ya no era un *holluschickie*, sino un Garra

del Mar adulto, de melena blanca y ondulada,
tan fuerte, tan grande y tan imponente como su
padre.

—Dame una temporada más —le respondió—.

Recuerda, madre, que la séptima ola es la que
más lame la playa.

Curiosamente, una foca hembra pensaba tam-
bién posponer su boda para el año siguiente.

Kotick y ella bailaron la danza del fuego a lo
largo de la playa de Lu kannon, la noche que
precedió a su salida, rumbo al último viaje de
exploración.

Entonces se encaminó hacia el oeste, porque
acababa de descubrir un inmenso banco de fle-
tán, y necesitaba, al menos, cincuenta kilos de
pescado diariamente para estar en plena forma.

Siguió a los peces hasta que se cansó y se hizo
un ovillo en los hoyos que deja la resaca cuando
las olas se dirigen hacia la isla del Cobre. Co-
nocía la costa a la perfección. Por eso, hacia las

doce, cuando notó que su cuerpo caía sobre un lecho de plantas marinas, como sobre un blando colchón, se dijo: «Vaya, la marea es muy fuerte esta noche». Después, giró bajo el agua, abrió los ojos perezosamente y se estiró. Luego, dio un salto felino. Una enorme sombra oliscaba sobre las aguas poco profundas y tragaba gran cantidad de algas.

—¡Por las olas de Magallanes! —se dijo—. ¿De qué criaturas se trata?

Aquellos seres no se parecían a las morsas, ni a los leones, y tampoco a los osos de mar. Tampoco a las focas, a las ballenas o a los tiburones, ni a los peces ni a las vieiras, a ninguno de los animales con los que Kotick estaba familiarizado. Eran largos, de hasta seis a ocho metros, y no tenían aletas posteriores. Le llamó la atención su cola en forma de pala, que parecía un trozo de cuero mojado. Su cabeza daba la impresión de pertenecer a un ser absolutamente

estúpido. Cuando no se dedicaban a comer, balanceaban el cuerpo en el agua, ayudándose del extremo de la cola. Se saludaban unos a otros con mucha solemnidad, agitando las aletas, como hombres muy gordos que movieran los brazos.

—Hola —intervino Kotick—, ¿qué tal la pesca, señores?

Las enormes criaturas respondieron haciendo una reverencia y sacudiendo las aletas natatorias como FrogFootman*.

Cuando empezaron a comer de nuevo, Kotick advirtió que tenían el labio superior partido en dos lóbulos que podían separarse bruscamente casi medio metro, y cerrarse sobre toda una brazada de algas. Las metían en la boca y las masticaban con cierta seriedad.

—¡Vaya forma grosera de comer! —murmuró Kotick. Aquellas criaturas hicieron de nuevo una reverencia y Kotick empezó a impacientar-

se—. Muy bien —dijo—. Si, como parece, tenéis en las aletas delanteras una articulación más que los demás, no es necesario que hagáis las exhibiciones a las que os entregáis. Vuestras reverencias resultan graciosas, pero me gustaría saber cómo os llamáis.

Los labios hendidos se separaron y los ojos verde vidrioso se redondearon, pero no contestaron a Kotick.

—¡Vaya, hombre! —subió el tono—, es la primera vez que tropiezo con gente más fea que Sea—Vitch... y peor educada.

Le vino a la memoria, con la rapidez del rayo, lo que le había dicho su amiga la gaviota en la isla de las Morsas cuando, al cumplir un año, se lanzó al agua de espaldas. Comprendió que por fin había encontrado a Vaca-Marina.

Las vacas marinas continuaron buscando y masticando grandes brazadas de algas, y Kotick les hizo montones de preguntas en todas las

lenguas que había aprendido en sus viajes. Porque los animales marinos hablan tantas lenguas como los hombres. Pero las vacas marinas no respondían, porque no pueden hablar. En lugar de siete, tienen seis huesos en el cuello, y se dice en los mares que eso les impide hablar, incluso con sus semejantes. Pero como sabéis, tienen una articulación suplementaria en la aleta natatoria anterior, y moviéndola de arriba abajo y de derecha a izquierda, se sirven de ella como de una señal telegráfica elemental.

Al alba, la melena de Kotick estaba totalmente erizada, y su paciencia había ido a parar adonde lo hacen los cangrejos muertos. Las vacas marinas se pusieron en camino hacia el norte, deteniéndose de cuando en cuando para celebrar absurdos conciliábulos. Kotick las siguió, diciéndose: «Gente tan estúpida como ésta habría muerto hace ya mucho tiempo de no haber encontrado una isla segura. Y lo que es

bueno para Vaca—Marina, lo es para Garra del Mar. Pero me gustaría que se dieran prisa».

Kotick estaba medio desesperado. El rebaño hacía sólo cuarenta o cincuenta millas diarias, se paraba de noche para reponer fuerzas comiendo, y siempre se movía muy cerca de las playas. Kotick nadaba a su alrededor, por encima, por debajo, pero no conseguía que acelerase el ritmo ni siquiera media milla. A medida que avanzaba hacia el norte, se reunía, siempre con los mismos intervalos, para celebrar sus extraños conciliábulos. Kotick estaba a punto de arrancarse los bigotes a mordiscos, tal era su impaciencia. Pero terminó por darse cuenta de que seguían una corriente cálida, y entonces empezó a tener algo más de respeto por ellas.

Una noche, las vacas marinas se dejaron caer hasta el fondo del agua brillante, como si fueran piedras, y por primera vez desde que las conocía, vio que comenzaban a nadar a toda veloci-

dad. Las siguió y se quedó asombrado de su rapidez, porque jamás había imaginado que Vaca—Marina tuviera el menor talento para la natación. Se dirigieron en línea recta hacia un acantilado cercano a la costa, un farallón que se hundía en las aguas profundas, y se metieron por un agujero, oscuro en su base, a unas veinte brazas de calado. Nadaron durante largo tiempo, y Kotick echó mucho de menos el aire fresco antes de salir de aquel túnel negro.

—¡Por todos los demonios! —dijo, cuando sofocado y resoplando, emergió a la superficie, en el otro extremo—. El buceo ha sido largo, pero ha valido la pena.

Las vacas marinas se habían separado y comían perezosamente cerca de las playas más hermosas que Kotick había visto jamás. Había largas extensiones de rocas perfectamente lisas, maravillosamente dispuestas para la instalación de criaderos. Detrás había terrenos, aptos para

jugar, de arena dura, que se remontaban suavemente hacia el interior. Y rompientes magníficos para el baile. Y una hierba blanda sobre la que podrían revolcarse. Y dunas que subir y bajar. Y lo mejor de todo, algo que Kotick supo en cuanto tocó el agua, que jamás ha engañado a un auténtico garra del mar: que el hombre jamás había puesto el pie allí.

Lo primero que hizo fue asegurarse de que las aguas eran abundantes en peces. Luego, bordeó las playas y reconoció las islas, encantadoras, bajas y de arena perfecta, disimuladas por la niebla, que desprendía infinitas tonalidades.

Hacia el norte, lejos, se veía claramente una franja de arena, escollos y rocas. Eso impediría que un barco se acercase a la playa a menos de seis millas. Entre las islas y la zona de tierra más extensa había un canal profundo, que corría casi paralelo y muy cercano a los acantilados de la costa. Bajo éstos se abría el túnel de

acceso.

«Es otro Novastosna, pero diez veces mejor», se dijo Kotick. Vaca Marina debe ser más inteligente de lo que yo pensaba. Los hombres no podrían descender por estos acantilados, eso en el caso de que hubiera hombres por aquí. Y los bajíos costeros harían pedazos cualquier barco. Si hay algún lugar seguro en la superficie de los mares, sin duda éste es el mejor.»

Empezó a pensar en la foca que había dejado en su tierra natal, que le estaría esperando. Pero, aunque tenía prisa por volver a Novastosna, exploró a fondo el lugar para poder responder a todas las preguntas que estaba seguro iban a hacerle. Luego se zambulló y, después de haber grabado bien en su memoria la entrada del túnel, lo enfiló hacia el sur. Nadie, salvo una vaca marina o una foca, habría sospechado jamás su existencia, y cuando miró hacia atrás, le costó hacerse a la idea de que había pasado por deba-

jo de aquellos enormes acantilados. Tardó seis días en volver a su casa, sin retrasarse lo más mínimo en el camino. Y cuando tocó tierra, justo encima de la garganta del León Marino, la primera foca que encontró fue la que le esperaba, que leyó en su mirada la buena noticia. Pero los *holluschickie*, su padre y las demás focas se burlaron de él cuando les contó su descubrimiento. Y una foca joven, que tenía más o menos su edad, le dijo:

—Todo eso es muy hermoso, Kotick, pero no puedes llegar dando órdenes sin más, especialmente cuando no has luchado por nuestros criaderos.

Los demás estallaron en una risa incontenible y empezaron a menear la cabeza. El joven se había casado aquel mismo año y se creía muy importante.

—Yo no tengo que defender un criadero — exclamó rabioso Kotick—. Sólo quiero enseña-

ros un lugar donde podréis vivir absolutamente seguros. ¿Para qué luchar entre nosotros?

—Bueno, si te bates en retirada tan fácilmente y, en el fondo, buscas una excusa, no tengo nada que añadir —terminó la foca con una risa sarcástica.

—¿Te vendrás conmigo si te venzo? —le preguntó Kotick.

Sus ojos se iluminaron con destellos verdes de rabia ante el posible combate.

—Muy bien —respondió su contrincante con un tono despreocupado—. Si me vences, iré contigo.

No pudo cambiar de opinión, porque la cabeza de Kotick salió disparada como una flecha, y sus dientes se hundieron en el grueso cuello de su adversario. Después Kotick se apoyó en la parte trasera de su cuerpo, arrastró a su enemigo por la playa, le sacudió y terminó poniéndole de espaldas. Luego se dirigió a las focas

con palabras como rugidos:

—He hecho todo lo que he podido a lo largo de cinco estaciones. He encontrado una isla en la que estaréis totalmente seguros, pero parece que no me creeréis hasta que no os arranque esas estúpidas cabezas vuestras. Pues bien, ahora voy a daros una lección. ¡En guardia!

Limmershin me dijo que en toda su vida —y Limmershin ve batirse a diez mil focas todos los años—, en toda su corta vida no había visto nada semejante a Kotick, enfilando como un rayo los criaderos. Se lanzó sobre el garra del mar más corpulento, lo agarró por la garganta y lo ahogó, cubriéndolo al mismo tiempo de golpes, hasta que el otro lanzó un gruñido para pedir clemencia. Luego lo lanzó de costado y atacó al siguiente. Tened en cuenta que Kotick no había ayunado como las grandes focas. Sus viajes en alta mar le mantenían en una forma perfecta y, sobre todo, jamás se había batido

hasta entonces. La cólera erizaba su melena blanca, llena de bucles, y sus grandes caninos brillaban: era un espectáculo digno de admirar. El viejo Garra del Mar, su padre, le vio pasar como una tromba, arrastrar a los viejos machos de pelo gris, como si fueran simples fletanes, y derribar a los jóvenes por docenas. Garra del Mar, lanzando un rugido, gritó:

—Quizá sea un idiota, pero nadie lucha como él. Hijo, no pelees conmigo. Yo estoy contigo. Kotick se limitó a lanzar un rugido, y el viejo Garra del Mar, moviéndose torpemente, se acercó hasta unirse a su hijo, que resoplaba como una locomotora, mientras Matka y la futura esposa de Kotick parecían haberse hecho muy pequeñas, llenas de admiración por sus parejas. Fue un combate magnífico, porque los dos se batieron mientras hubo una sola cabeza levantada en son de desafío. Luego los dos desfilaron por la playa, muy juntos, emitiendo unos berri-

dos tremendos.

Por la noche, cuando la aurora boreal* difundía sus luminarias intermitentes a través de la niebla, Kotick subió a una roca desnuda y contempló el gran criadero, hecho un inmenso revoltijo, y a las focas heridas y sangrantes.

—Bien, os he dado una buena lección.

—¡Por todos los diablos! —dijo el viejo Garra del Mar, en un esfuerzo penoso por enderezar su cuerpo magullado—, ni la orca misma les habría dado semejante lección. Hijo, me siento orgulloso de ti. Y lo que es más, yo mismo te acompañaré a tu isla, si es que existe.

—¡Y bien, gordos cerdos marinos! ¿Quién me acompaña al túnel de la Vaca-Marina? Respondedme, y si no os daré otra lección —rugió Kotick.

Se oyó un murmullo, semejante a una suave sacudida de la marea, sobre las playas.

—Sí, iremos contigo —dijeron miles de voces

exhaustas—. Sí, seguiremos a Kotick, la foca blanca.

Entonces Kotick hundió la cabeza, y cerró los ojos lleno de orgullo. Ya no era la foca blanca, sino una foca roja de la cabeza a la cola. Y, sin embargo, le habría parecido un gesto vergonzante echar siquiera una mirada o tocar una sola de sus heridas.

Pasados ocho días, él y su ejército —casi diez mil focas entre los *holluschickie* y las ya maduras— se echaron al agua y empezaron a nadar en dirección norte, hacia el túnel de Vaca—Marina, al mando de Kotick. Las que se quedaron en Novastosna los trataron de locos. Pero en la primavera siguiente, cuando se reencontraron junto a los bancos de peces del Pacífico, las seguidoras de Kotick hicieron tales descripciones de las nuevas playas, que un número creciente de focas abandonó Novastosna.

Naturalmente, eso no sucedió en un breve es-

pacio de tiempo, porque las focas son un poco cabezotas. Pero al cabo de un año, muchas más abandonaron Novastosna, Lukannon y los otros criaderos, emigrando a esas playas tranquilas y bien abrigadas, en las que Kotick pasa ahora el verano. Crece, engorda y se pone más fuerte cada día, mientras los *holluschickie* juegan a su alrededor en aquel mar que no visita ni un solo hombre.

LUKANNON

HE AQUÍ LA CANCIÓN SOLEMNE QUE ENTONAN EN ALTA MAR TODAS LAS FOCAS DE SAN PABLO, CUANDO, LLEGADO EL VERANO, VUELVEN A SUS PLAYAS. ES UNA ESPECIE DE HIMNO NACIONAL EMPAPADO DE TRISTEZA

Al alba vi amigas cargadas de años,
nací a la mañana de olas y espacios.
Quedo es el rumor del mar en resaca.
Playas de Lukannon, la vida que canta.

Feliz es la estancia, se fue la amargura de mares,
res,

peligros de mil singladuras.

La noche se llena de bailes y luces.

Playas de Lukannon, de recuerdos dulces.

Eran mis hermanos. No volveré a verlos.

Vivían la vida como un puro juego.

El grito de guerra era algo olvidado.

Ya todo eran risas, carreras y cantos.

Playas de Lukannon, cubiertas de hierba, líquenes
nes

profundos, escarchas y niebla.

Espacios abiertos, terrazas pulidas.

Playas de Lukannon, mi tierra querida.

¿Por qué hoy mis hermanos están abatidos?

El hombre, la bala, el brazo asesino.

Nos lleva a la muerte en triste rebaño.

Felices sin hombres, playas de Lukannon.

Cuenta tu historia al rey de los mares.

Si no lo hace él, ya no hay quien te ampare.

Tu raza estará para siempre perdida,
Lukannon, serás sólo un recuerdo de vida.

Rikki-Tikki-Tavi

*Ojo-Rojo, desde el hueco redondo,
a Piel Arrugada le lanzó el cohombro.
Escuchad el gran reto de animal sin miedo:
Nag, ven, la muerte va a ser el fin de tus sueños.
Ojo a ojo, dos cabezas, odio puro.
Nag, guarda la distancia, el mejor conjuro.
No olvides, Nag, cobra, la lucha es a muerte,
y el triunfo, regalo de astucia y de suerte.
Dieron mil vueltas en el duro suelo.
Nag, corre a esconder tu piel sucia muy lejos.
Quisiste mi muerte y fue toda tuya.
Te dejó sin vida la diosa Fortuna.*

HE AQUÍ LA HISTORIA DE LA GRAN BATALLA que Rikki-Tikki-Tavi libró, totalmente solo, en un cuarto de aseo del gran bungaló, en el cuartel de Segowlee. Contó con la ayuda de Darzee, el pájaro-sastre, y de Chuchundra, la

rata almizclera, que jamás anda por el centro de las habitaciones, pues se desliza bien pegado a las paredes, que le dio buenos consejos. Pero Rikki-Tikki-Tavi sostuvo la auténtica lucha. Era una mangosta*, y se parecía a un gato por la piel y la cola. Sus ojos y la punta del hocico, siempre nervioso, eran de color rosa. Podía ras- carse cualquier parte del cuerpo con cualquiera de sus patas delanteras o traseras, la que esco- giera. Su cola podía hincharse hasta imitar una brocha. Y su grito de guerra, mientras, desli- zándose, parecía reptar sobre la hierba, era: «¡Rikk-tikk-tikki-tikki-tchk!».

Un día, una de esas impresionantes inundacio- nes de verano la arrancó de la madriguera en la que vivía con sus padres. Pateando, asustada, cloqueando como una gallina, llegó al fin a una zanja que estaba al borde de un camino. Tuvo la suerte de encontrar allí un menudo haz de hierbas, y se aferró a él. No se enteró de lo que

pasó después, porque perdió el conocimiento.

Cuando lo recobró, estaba tumbada a pleno sol en medio de un sendero de un jardín, por cierto, muy descuidado, y un niño, a su lado, decía:

—Mira, una mangosta muerta. Vamos a celebrar un funeral por ella.

—No —le contestó su madre—, vamos a cogerla y a secarla. Quizá no esté realmente muerta.

La cogieron y la llevaron a casa. Allí, un hombre grueso la mantuvo un momento en el aire y aseguró que no estaba muerta, sino medio ahogada. La envolvieron entre algodones, la calentaron, y el pequeño animal abrió los ojos y estornudó.

Ahora —dijo el hombre, un inglés que acababa de trasladarse al bungaló—, no la asustéis, y veremos qué hace.

Es casi imposible asustar a una mangosta, porque está devorada por la curiosidad de la punta de la nariz a la cola. La consigna de la familia

de las mangostas es: «Corre y entérate». Y Rikki-Tikki era una auténtica mangosta. Se fijó en el algodón y se dio cuenta de que no era comestible. Correteó con curiosidad a lo largo y ancho de la mesa, se sentó, se alisó la piel, se rascó y, dando un salto, se subió al hombro del niño.

—No te asustes, Teddy —le dijo su padre—. Es su manera de hacer amigos.

—Me hace cosquillas en la barbilla —se sonrió Teddy.

Rikki-Tikki miró hacia abajo, al hueco que se abría entre la camisa del niño y su cuello, curioseó, jugueteando, en su oído, y saltó al suelo, donde se rascó la nariz.

—¡Vaya! —exclamó la madre de Teddy—, ¿eso es un animal salvaje? Supongo que se ha familiarizado con nosotros porque hemos sido buenos con ella.

—Todas las mangostas se comportan así —le aclaró su marido—. Si Teddy no la tira de la

cola o intenta meterla en una jaula, saldrá y entrará en la casa sin parar. Vamos a darle algo de comer.

Le dieron un pequeño pedazo de carne cruda.

A Rikki-Tikki le gustó muchísimo, y cuando lo terminó, salió a la galería, se sentó al sol y esponjó su piel para que se le secara por completo. Luego empezó a sentirse mejor. —Todavía hay muchas cosas que ver en esta casa —se dijo—. Más que las que toda mi familia junta podría encontrar en toda su vida. Yo me quedaré aquí y las encontraré.

Pasó todo el día dando vueltas por la casa. Casi se ahogó en el cuarto de baño, metió su nariz en el tintero que había en el escritorio, y se la quemó oliscando el extremo del puro del hombre grande, porque se subió a su regazo para enterarse de cómo escribía. Cuando cayó la tarde, se fue a la habitación de Teddy para ver cómo se encendían las lámparas de queroseno*,

y cuando el niño subió a la cama, Rikki-Tikki hizo lo mismo. El matrimonio entró —como siempre— para ver a su hijo, y Rikki-Tikki estaba despierta, sentada sobre la almohada.

—No me gusta eso —dijo la madre de Teddy—.

Puede morder al niño.

—No lo hará —le contestó el padre—. Teddy está más seguro con este pequeño animal que con un perro de presa. Si ahora entrara una serpiente...

Pero la madre de Teddy no quería ni pensar en algo tan horrible.

Por la mañana, Rikki-Tikki se fue a desayunar a la galería, sentada en un hombro de Teddy, y le dieron un plátano y huevo duro. Se sentó por turno en el regazo de los tres, porque toda mangosta bien educada aspira a convertirse algún día en un animal doméstico, y disponer de habitaciones por las que corretear. La madre de Rikki-Tikki, que había vivido en la casa del

general en Segowlee, le había enseñado cómo actuar si algún día se encontraba con hombres blancos.

Luego, Rikki-Tikki salió al jardín para inspeccionarlo. Era un jardín enorme, cuidado a medias, con rosales tan grandes como cenadores, de los llamados Marshal Niel. También había naranjos y limas, bambúes y una gran extensión de hierba alta. Rikki-Tikki se relamió:

«Esto es un magnífico cazadero», pensó, y su cola se esponjó.

Luego, corriendo locamente de un lado para otro, lo exploró todo. De repente oyó unas voces lastimeras que salían de un espino.

Eran Darzee, el pájaro-sastre, y su esposa. Su nido era precioso. Habían cosido dos grandes hojas y habían llenado el hueco de algodón y pelusa. El nido se balanceaba, mientras ellos, sentados en los bordes, lloraban.

—¿Qué pasa? —les preguntó Rikki-Tikki.

—Nos ha golpeado la desgracia —le respondió Darzee—. Una de nuestras crías se cayó del nido ayer, y Nag se la comió.

—Hummm, sí, eso es muy triste —dijo Rikki-Tikki—. Pero yo soy aquí un extraño. ¿Quién es Nag? Darzee y su mujer, en vez de contestar, se refugiaron en el nido. De la espesa hierba que crecía al pie del arbusto, salió un sonido sordo. . un horrible sonido frío, que hizo que Rikki-Tikki retrocediera. Luego, lentamente, fueron emergiendo de la hierba la cabeza y el capuchón de Nag, la gran cobra negra, que medía un metro y medio, desde la lengua hasta la cola. Cuando ya estaba casi completamente visible, empezó a balancearse, como los dientes de león agitados por el aire, y miró a RikkiTikki con sus malignos ojos de serpiente, que nunca cambian de expresión, piensen lo que piensen.

—¿Quién es Nag? —exclamó en tono triunfal—. Yo soy Nag. El gran dios Brahma nos puso el

signo distintivo cuando la primera cobra extendió su capucha para que el sol no le molestara mientras dormía. Y ahora, ¡mírame y échate a temblar!

Ensanchó su cuello más que nunca, y Rikki-Tikki vio una marca como de gafas en la parte de atrás. Parecía un cierre en forma de corchete. Durante un instante, el miedo hizo presa en él. Pero a una mangosta el miedo no le dura más que un instante, y aunque Rikki-Tikki no se había encontrado aún con una cobra viva, su madre lo había alimentado con cobras muertas, y sabía muy bien que una mangosta adulta tiene como misión en la vida combatir y matar a las serpientes. Nag lo sabía también, y en el fondo de su corazón de hielo sintió miedo.

—¡Vaya! —dijo Rikki-Tikki, cuya cola había adquirido el máximo volumen—, con marca o sin ella, ¿te parece bien comer, pajarillos caídos del nido?

Nag disimulaba sus pensamientos y observaba los movimientos de la hierba tras Rikki-Tikki. Sabía bien que la presencia de mangostas en el jardín significaba, tarde o temprano, su muerte y la de su familia, pero quiso burlar la vigilancia de Rikki-Tikki. Bajó un poco la cabeza y la ladeó.

—Dialoguemos un momento —le dijo—. Tú comes huevos tan a gusto. ¿Por qué no puedo yo comer pájaros?

—¡Detrás! ¡Mira detrás de ti! —le cantó Darzee. Rikki-Tikki no perdió ni un segundo. Dio en el aire el mayor salto que pudo, y justo debajo de él, la cabeza de Nagaina, la pérfida esposa de Nag, pasó como una flecha. Se le había acercado por detrás mientras hablaba, para ajustarle las cuentas. Falló por los pelos. Se oyó un feroz silbido de contrariedad. Rikki-Tikki cayó casi encima del lomo de Nagaina. Una vieja mangosta habría sabido que ése era el momento

justo de romper la columna vertebral de su enemiga de un solo bocado. Pero Rikki-Tikki tuvo miedo del terrible latigazo que la cobra le lanzó con la cola.

Le dio un mordisco, pero no con demasiada fuerza, y de un salto se vio libre de la amenaza que representaba aquella cola sangrante, dejando a Nagaina herida y rabiosa.

—¡Darzee, eres malvado! —dijo Nag, azotando el aire en torno al nido, que se asentaba firmemente en el espino. Darzee lo había construido fuera del alcance de las serpientes, y el nido se limitó a oscilar de izquierda a derecha.

Rikki-Tikki sintió que sus ojos se habían vuelto rojos y brillantes, y cuando los ojos de una mangosta adquieren esa coloración, es que está rabiosa. Se sentó sobre la cola y las patas traseras, como si fuera un pequeño canguro. Miraba a su alrededor y los dientes le rechinaban de rabia. Pero Nag y Nagaina habían desaparecido

en la hierba. Cuando una serpiente falla un golpe, se calla y no deja traslucir lo que hará luego. Rikki-Tikki ni siquiera intentó seguirlas. No estaba preparada para luchar contra dos serpientes a la vez. Se fue trotando hasta el camino enarenado, cerca de la casa, y se sentó para pensar tranquilamente. Se encontraba ante un problema muy serio. Si leéis libros antiguos de historia natural, descubriréis que cuando una mangosta entra en fiero combate con una serpiente y es mordida por ella, se va a comer una hierba que la cura. Pero ésa no es una verdad científica. La victoria sólo es cuestión de rapidez de mirada y agilidad de patas. A cada intento de la serpiente, un salto de la mangosta. Y como ninguna mirada es capaz de seguir el movimiento de la cabeza de una serpiente cuando ataca, la realidad de los hechos es todavía mas extraordinaria que la hierba mas mágica. Rikki-Tikki sabía que él era una joven man-

gosta macho, y estaba mas que satisfecho de haber podido esquivar un ataque por la espalda. Eso le dio una gran confianza en sí mismo, y cuando Teddy llegó corriendo por el caminito, Rikki-Tikki estaba preparado para dejarse acariciar.

Pero en el momento en que Teddy se inclinaba, el polvo se removió y se oyó una voz tenue:

—¡Cuidado! ¡Soy la muerte!

Se trataba de Karait, la minúscula serpiente color tierra, a la que le encanta dormir entre el polvo. Su mordedura es tan peligrosa como la de una cobra, pero es tan pequeña que nadie piensa en ella, y por eso hace estragos entre las personas.

Los ojos de Rikki-Tikki se inyectaron de nuevo en sangre, y se acercó a Karait con ese paso único, entre el balanceo y la ondulación, heredado de su familia. Parece extraño y hasta cómico, pero está tan perfectamente equilibrado que el

animal puede salir disparado en cualquier dirección. Y cuando se trata de serpientes, ese movimiento representa una gran ventaja. Lo que no sabía Rikki-Tikki es que haría algo mucho mas peligroso que luchar contra Nag. Porque Karait era tan pequeña y podía darse la vuelta a tal velocidad, que si no le mordía exactamente detrás de la cabeza, recibiría la picadura de Karait en un ojo o en el labio. Pero Rikki no lo sabia. Tenia los ojos completamente rojos, y se balanceaba hacia atrás y hacia delante, buscando un objetivo. Karait atacó. Rikki dio un salto de costado e intentó llegar al cuerpo a cuerpo, pero la perversa serpiente del polvo dio un latigazo en el aire, a la distancia de un cabello de su espalda. Rikki-Tikki se vio obligada a saltar por encima del cuerpo de la serpiente, mientras la cabeza de ésta estuvo a punto de apresar sus patas.

Teddy gritó a las personas que había en la casa:

—¡Venid a ver esto! Nuestra mangosta está a punto de matar una serpiente.

Rikki-Tikki oyó chillar a la madre de Teddy. Su padre salió a toda prisa, con un palo en la mano. Pero antes de que llegaran, Karait había lanzado un ataque alocado que le permitió a Rikki-Tikki, de un salto, caer sobre la espalda de la serpiente. Recogió cuanto pudo la cabeza entre las patas delanteras y mordió la columna vertebral de la serpiente. La mordedura paralizó a Karait, y Rikki-Tikki se preparaba para comérsela entera, empezando por la cola, según la costumbre de su familia, cuando pensó que, si quería conservar su fuerza y su viveza, no debería engordar.

Se fue a tomar un baño de polvo bajo los ricinos*, mientras el padre de Teddy golpeaba el cadáver de Karait. «¿Para qué, reflexionó Rikki-Tikki, si yo he hecho todo lo que había que hacer?» Entonces la madre de Teddy la cogió, la

abrazó estrechamente y le dijo con voz cariñosa pero fuerte que había salvado de la muerte a su hijo. Y el padre declaró en tono solemne que la había enviado la Providencia, mientras Teddy miraba todo con ojos llenos de espanto. A Rikki-Tikki le divertía mucho el alboroto que se traían, aunque, evidentemente, no entendía nada. La madre de Teddy podría haber acariciado al niño exactamente igual por haber jugado en el polvo. Rikki se divirtió muchísimo. Por la tarde, a la hora de la cena, moviéndose tranquilamente entre los vasos de vino, podría haberse atiborrado, pero se acordó de Nag y de Nagaina y, aunque le gustaba dejarse alabar y acariciar por la madre de Teddy, y auparse al hombro de éste, sus ojos se inyectaban en sangre de cuando en cuando y lanzaba su prolongado grito de guerra: «¡Rikk—tikk—tikki—tikki—tchk!».

Teddy se la llevó a la cama, y se empeñó en que

durmiera pegado a su barbilla. Rikki-Tikki estaba demasiado bien educado como para morder o arañar, pero en cuanto Teddy se durmió, se fue a hacer la ronda nocturna alrededor de la casa, y en la oscuridad cayó sobre Chuchundra, la rata almizclera, que se arrastraba junto a una pared. Chuchundra es un animal pequeño que vive siempre lleno de miedo. Se lamenta en voz alta toda la noche, pero no se atreve a correr por el centro de las habitaciones.

—No me mates —le suplicó Chuchundra, a punto de llorar—. Rikki-Tikki, no me mates.

—¿Piensas que quien mata serpientes se va a rebajar a matar ratas como tú? —le contestó Rikki-Tikki con desdén.

—Los que matan serpientes al final mueren en sus fauces —dijo Chuchundra, más quejumbrosa que nunca—. ¿Y cómo sabré yo con seguridad que Nag no me atacará, confundiéndome contigo, una noche bien oscura?

—No hay el menor peligro —respondió Rikki-Tikki—. Además, sé que Nag está en el jardín y tú no te dejas ver en el.

—Mi primo Chua, la rata, me ha dicho... —empezó Chuchundra, y luego se calló.

—¿Qué te ha dicho?

—¡Chitón! Nag está en todas partes, Rikki-Tikki. Tendrías que haber hablado con Chua en el jardín.

—No lo he hecho. Así que tienes que decírmelo. Rápido, Chuchundra, o te muerdo.

Chuchundra se sentó y se puso a llorar con tanta fuerza que las lágrimas resbalaban por sus bigotes. —Soy un pobre infeliz —dijo entre sollozos—. Jamás he tenido el valor de lanzarme hasta el centro de una habitación. ¡Chitón! No debo decir nada. ¿No te das cuenta, Rikki-Tikki?

La mangosta se puso a la escucha. La casa estaba envuelta en un silencio total, pero se oía un

débil crisscriss, un ruido tan leve como el que produce una avispa acariciando el cristal de una ventana. Era el roce tenue y seco de las escamas de una serpiente sobre los ladrillos.

—Se trata de Nag o Nagaina —murmuró como para sí mismo— a punto de entrar por el conducto de salida del cuarto de baño. Tienes razón, Chuchundra, debería haber hablado con Chua.

Se llegó sigilosamente hasta el cuarto de baño de Teddy. No encontró nada allí. Luego, al de la madre de Teddy. En la parte baja del muro encalado habían retirado un ladrillo para desaguar el cuarto de baño y, en el momento en que Rikki-Tikki se deslizaba dentro de la habitación, cuando se acercaba a la bañera, escuchó a Nag y a Nagaina cuchicheando fuera, al claro de luna. —Cuando no haya ni un solo ser humano en la casa —le decía Nagaina a su marido—, ella tendrá que irse. Y entonces el jardín

volverá a ser nuestro. Entra sin ruido, que el hombre que ha matado a Karait es el primero al que hay que morder. Después vienes y me lo cuentas. Y luego nos iremos las dos juntas al encuentro de Rikki-Tikki.

—Pero ¿estás segura de que saldremos ganando matando a los humanos? —preguntó Nag.

—Del todo. Cuando nadie habitaba el bungalow, ¿teníamos una mangosta en el jardín? En cuanto se quede vacío, seremos los reyes. Y acuérdate de que en cuanto los huevos que hemos puesto en el melonar se abran —y eso puede ocurrir mañana mismo—, nuestros hijos necesitarán mucho espacio y mucha tranquilidad.

—No había pensado en eso —dijo Nag—. Voy ahora mismo. Pero será inútil que nos pongamos a buscar inmediatamente a Rikki-Tikki. Yo mataré al hombre y a su mujer, y luego al niño si me da tiempo, y dejaré la casa sin hacer ruido alguno. Entonces el bungalow se quedará vacío y

Rikki-Tikki tendrá que irse.

Un estremecimiento de rabia y odio recorrió a la mangosta. A continuación, la cabeza de Nag apareció por el conducto, seguida por el metro y medio de su cuerpo frío. Aunque Rikki-Tikki estaba totalmente dominado por la cólera, se asustó mucho al comprobar su longitud. Nag se hizo un ovillo, levantó la cabeza, e inspeccionó el cuarto de baño, que estaba en la más absoluta oscuridad. Rikki-Tikki advertía el brillo de sus ojos.

—Veamos, si la mato aquí, Nagaina lo sabrá. Y si la ataco en tierra, en campo abierto, todas las ventajas serán para ella. ¿Qué hacer? —se dijo Rikki-Tikki.

Nag se balanceaba en todas direcciones. Luego, Rikki-Tikki escuchó cómo bebía en el jarro que se empleaba para llenar la bañera.

—Está bien —dijo la serpiente—. Cuando Karait murió, el hombre gordo llevaba un bastón.

Quizá lo tenga todavía. Pero cuando mañana por la mañana venga a bañarse, seguro que no lo tendrá. Le voy a esperar aquí. Nagaina... ¿me oyes? Voy a esperar aquí, bien fresquito, hasta que se haga de día.

No se oyó respuesta alguna fuera. Rikki-Tikki comprendió que Nagaina se había ido. Nag se ovilló en torno al fondo del jarro, y Rikki-Tikki se quedó como muerto, totalmente quieto donde se encontraba. Al cabo de una hora se puso en movimiento, músculo tras músculo, y avanzó hacia el jarro. Nag estaba dormido, y Rikki-Tikki tuvo tiempo de mirar su espalda poderosa, y de buscar el mejor sitio para hacer presa en él. «Si no le rompo los riñones con el primer ataque —pensó Rikki—, mantendrá la capacidad de lucha. Y si lucha... adiós, Rikki.» Consideró el grosor del cuello bajo la capucha. Era demasiado para él. Y una mordedura cerca de la cola no conseguiría más que enfurecer a Nag

hasta el paroxismo. «Es preciso atacarle en la cabeza», se dijo al fin. «La cabeza, por encima del capuchón. Y una vez que haya hecho presa ahí, no soltarla por nada del mundo.»

Entonces atacó. La cabeza de Nag estaba a unos dedos del jarro, bajo su curva. Cuando sus dientes se clavaron, Rikki se arqueó contra la arcilla roja, para atenazar contra el suelo la cabeza de la serpiente. No pudo guardar este punto de apoyo más que un segundo, aunque sacó de su posición toda la ventaja posible.

Después se vio zarandeado de un lado a otro, en todas las direcciones, en el suelo, de arriba abajo y en grandes círculos. Pero tenía los ojos rojos y aprisionaba con firmeza a su presa, mientras ésta pegaba latigazos en el suelo. Tiró un bote de hojalata, la jabonera y un cepillo. Y golpeó terriblemente a Rikki-Tikki contra el metal esmaltado de la bañera. Manteniendo siempre la presa, cerraba sus mandíbulas cada

vez mas, pues estaba seguro de morir a fuerza de golpes, y por el honor de su familia, prefería que le encontraran así, con los dientes apretados, hundidos en el cuerpo de la cobra. Le daba vueltas la cabeza, y tenía la impresión de que estaba hecho añicos, cuando, de repente, se oyó tras el como un enorme trueno. Un aire abrasador le hizo perder el conocimiento, y sintió que una llama roja le quemaba la piel. El hombre, despertado por el ruido, había hecho fuego con una escopeta de caza, alcanzando a Nag justo detrás de la capucha.

Rikki seguía manteniendo su presa. Tenía los ojos cerrados, porque ahora estaba completamente seguro de que la cabeza ya no se movía.

El hombre lo cogió diciendo:

Alicia, de nuevo la mangosta. Esta vez es ella la que nos ha salvado la vida.

Entonces, la madre de Teddy entró en la habitación, pálida, vio lo que quedaba de Nag, y Rik-

ki-Tikki se fue sigilosamente a la habitación de Teddy, donde pasó la mitad de la noche sacudiéndose suavemente para comprobar si estaba o no hecha trocitos.

Cuando llegó la mañana, tenía agujetas en todo el cuerpo, pero estaba satisfecho del trabajo realizado. «Y ahora le ha llegado el turno a Nagaina, que será peor que cinco Nag juntos. Y no se puede saber cuándo nacerán sus crías. ¡Santo cielo! Tengo que ir a hablar con Darzee», se dijo.

Sin esperar al desayuno, corrió hacia el espino en el que Darzee, triunfal, cantaba a voz en grito. La noticia de la muerte de Nag había recorrido todo el jardín, porque el barrendero había arrojado su cuerpo a la basura.

—¡Oye, estúpido montón de plumas! —gritó Rikki-Tikki encolerizado—. ¿Es el mejor momento para cantar?

—¡Nag está muerto... muerto... y bien muerto! —

—cantaba Darzee—. El valiente Rikki-Tikki lo ha cogido por la cabeza y ha tenido el valor de no soltar la presa. Ha llegado el hombre con el bastón que hace «buuum» ¡y Nag ha caído, partido en dos! Jamás volverá a comerse a mis crías.

—Muy bien, pero ¿dónde está Nagaina — preguntó.

—Nagaina ha llegado hasta el conducto de la sala de baño, y ha llamado a Nag —respondió Darzee—. Pero Nag ha salido en el extremo de un palo. El barrendero ha enroscado ahí su cuerpo y lo ha tirado al basurero. Cantemos en honor del gran Rikki-Tikki, Rikki-Tikki, el de los ojos rojos —y después, Darzee hinchó el cuello y siguió cantando.

—Si pudiera alcanzar tu nido, lo destruiría y lanzaría al suelo a tus crías. Darzee, no haces las cosas cuando y como debes. Tú estás ahí arriba, seguro en tu nido. Pero yo, aquí abajo, vivo en plena guerra. Deja de cantar un momento, Dar-

zee.

—Por amor al grande, al hermoso Rikki-Tikki,
me paro —dijo Darzee—. ¿Qué te pasa?

—Por tercera vez, ¿dónde se encuentra Nagaina?
—Sobre el montón de basura, cerca de las
caballerizas. Lloro la muerte de Nag. ¡Qué
grande es Rikki-Tikki, el de los dientes blancos!
—¡Olvídate de mis dientes! ¿Sabes dónde guarda
sus huevos?

—En el melonar, junto al muro, donde el sol da
con fuerza casi todo el día. Hace semanas que
los oculta allí.

—¿Y no se te ha ocurrido decírmelo? ¿En el
lado más próximo al muro?

—Rikki-Tikki, no te comerás esos huevos, ¿verdad?
—¿Comérmelos? No exactamente. Darzee,
si no has perdido el juicio por completo, vete
enseguida hacia los establos, simula que se te
ha roto un ala, y haz que Nagaina te persiga
hasta este espino. Tengo que ir al melonar, y si

fuera ahora, ella me vería.

Darzee era un poco tonto, incapaz de retener más de una idea en la cabeza. Y porque sabía que las crías de Nagaina nacían de huevos semejantes a los suyos, opinaba que no había que destruirlos. Pero su mujer razonaba muy bien, y sabía que los huevos de cobra acaban por producir cobras jóvenes. Echó a volar desde el nido, y dejó a Darzee la misión de mantener calientes a las crías y continuar cantando la muerte de Nag. Darzee se parecía mucho a los hombres en ciertos aspectos.

Voló hasta donde estaba Nagaina, cerca del montón de basura, y empezó a lamentarse:

—¡Ay, se me ha roto un ala! El niño de la casa me ha lanzado una piedra y me la ha partido.

Luego empezó a aletear, absolutamente desesperada.

Nagaina levantó la cabeza y silbó:

—Tú avisaste a Rikki-Tikki cuando yo estaba a

punto de matarle. No has escogido el mejor sitio para cojear —y se fue acercando a ella, arrastrándose por el polvo.

—¡El niño me la ha roto con una piedra! —gritó de nuevo la esposa de Darzee.

—Bien, quizá te consuele, después de tu muerte, pensar que yo le ajustaré las cuentas al niño.

Mi marido yace esta mañana sobre un montón de basura, pero antes de la noche, el pequeño de la casa reposará en una inmovilidad absoluta. ¿Por qué tratas de huir? No te escaparás de mí. Pequeña idiota, mírame.

La esposa de Darzee se guardó muy bien de hacerlo, porque un pájaro que mira a una serpiente a los ojos se asusta de tal manera que ya es incapaz de hacer un solo movimiento. La esposa de Darzee continuó aleteando, sin levantar nunca el vuelo, y Nagaina empezó a arrastrarse más aprisa hacia ella.

Rikki-Tikki las oyó alejarse de las caballerizas y

subir por el camino. Entonces echó a correr a toda velocidad hacia el melonar que se encontraba cerca del muro. Allí, en la paja tibia extendida alrededor de los melones, muy hábilmente ocultos, descubrió veinticinco huevos, del mismo grosor más o menos que los de la gallina Bantam, pero recubiertos de una piel blanquecina en vez de cáscara.

—No me he adelantado ni un solo día —dijo, porque se había dado cuenta de que las crías

estaban ovilladas en el interior, y sabía que, en cuanto naciesen, cada una de ellas podría matar

a un hombre o a una mangosta. Con un mordisco arrancó la piel de los huevos y, poniendo toda su alma en la tarea, aplastó a las jóvenes cobras. Luego revolvió la paja varias veces para asegurarse de que no había olvidado ninguno.

Al final no quedaban más que tres huevos. Se echó a reír, pero entonces oyó la aguda voz de la esposa de Darzee:

—Rikki-Tikki, he llevado a Nagaina hacia la casa y ha alcanzado la galería y, ¡ven inmediatamente... quiere matar!

Rikki-Tikki aplastó dos huevos, se llevó el tercero en la boca, se retiró del melonar dando un salto hacia atrás, y se precipitó hacia la galería con la mayor rapidez que le permitieron sus patas. Teddy, su padre y su madre se encontraban allí, ante su desayuno, pero Rikki-Tikki vio que no comían. Estaban petrificados en sus asientos, con la cara lívida. Nagaina se había enroscado sobre la estera, muy cerca de la silla de Teddy; tenía a su alcance la pierna del niño y se balanceaba de derecha a izquierda, cantando triunfalmente:

—Hijo del hombre que ha matado a Nag —silbaba—, no te muevas. Todavía no estoy preparada. Esperad un poco. Quedaos absolutamente inmóviles los tres. Si os movéis, os atacaré, y si no, también. ¡Insensatos, os habéis atre-

vido a matar a mi Nag!

Los ojos de Teddy estaban clavados en los de su padre, que sólo murmuraba:

—Tranquilo, Teddy. No hay que moverse. Teddy, tranquilo.

Entonces llegó Rikki-Tikki y gritó:

—¡Date la vuelta, Nagaina, date la vuelta! Ven a luchar.

—Cada cosa a su tiempo —dijo ella, sin volver los ojos—. A ti te ajustaré las cuentas más tarde. Mira a tus amigos, Rikki-Tikki. Están pálidos e inmóviles, tienen miedo. No se atreven a moverse, y si das un solo paso hacia delante, los atacaré.

—Vete a ver tus huevos —exclamó Rikki-Tikki—, en el melonar, cerca del muro. Vete a verlos, Nagaina.

La gran serpiente dio media vuelta y vio el huevo en el suelo de la galería.

—¡Ay! ¡Dámelo! —gritó.

Rikki-Tikki puso el huevo entre sus patas. Tenía los ojos inyectados en sangre.

—¿Qué precio estás dispuesta a pagar por un huevo de serpiente? ¿Por una joven cobra? ¿Por una joven cobra real? ¿Por el último, el último de la nidada? Las hormigas están a punto de comerse los restantes allí, cerca del melonar.

Nagaina giró en redondo, olvidando todo por aquel único huevo. Y Rikki-Tikki vio que el padre de Teddy tendía bruscamente una mano, atrapaba a Teddy por un hombro y lo retiraba al lado opuesto de la mesita, donde se encontraban las tazas de té, sano y salvo, fuera del alcance de Nagaina.

—¡Engañada! ¡Engañada! ¡Engañada! ¡Rikk—tikki—tck-tck! —se burló Rikki-Tikki—. El niño está sano y salvo y fui yo quien cogió a Nag por el capuchón ayer por la noche, en el cuarto de baño —luego se puso a saltar como loco, con las cuatro patas a la vez, y con la cabeza casi a ras

del suelo—. Me sacudió en todos los sentidos, pero no consiguió que lo soltara. Estaba muerto antes de que el hombre lo partiera en dos trozos. Soy yo el que lo hizo. ¡Rikki-Tikki—tck—tck! Ven, pues, Nagaina, ven a luchar conmigo. Tu viudedad se va a terminar enseguida.

Nagaina comprobó que había perdido la ocasión de matar a Teddy, y el huevo continuaba entre las garras de Rikki-Tikki.

—Dame al último de mis huevos y me iré para no volver jamás —dijo ella, mientras se desinflaba su capuchón.

—Sí, te irás para no volver. Porque te vas con Nag al basurero. ¡Lucha, pobre viuda! ¡El hombre ha ido a buscar su escopeta! ¡Lucha!

Rikki-Tikki saltaba alrededor de Nagaina, cerca, pero siempre fuera de su alcance. Sus ojillos brillaban como dos carbones encendidos. Nagaina se replegó sobre sí misma y se lanzó contra el. Rikki-Tikki saltó hacia atrás. La cobra

atacó unas cuantas veces más. Cada vez que lo hacía, su cabeza golpeaba contra la estera del suelo de la galería. Luego se replegaba como si fuese la cuerda de un reloj. Entonces, Rikki-Tikki empezó a dar vueltas alrededor de Nagaina, que lo seguía con la vista, girando la cabeza. Su cola hacía un ruido parecido al de las hojas secas arrastradas por el viento.

Rikki-Tikki se había olvidado del huevo que permanecía en el suelo. Nagaina se fue acercando a él, mientras Rikki-Tikki descansaba un poco, y acabó por cogerlo con la boca. Entonces se dirigió a las escaleras y escapó como una flecha hacia el camino, perseguida por Rikki-Tikki. Cuando una cobra huye de la muerte, adquiere la rapidez de una tralla* sobre el cuello de un caballo.

Rikki-Tikki debía atrapar a Nagaina o sus problemas comenzarían de nuevo. Ella escapaba en línea recta hacia el arbusto espinoso, y Rikki-

Tikki, al correr, oía que Dar zee seguía cantando su estúpido himno triunfal. Pero su esposa era más inteligente. Voló desde su nido al encuentro de Nagaina, y empezó a batir sus alas sobre la cabeza de la cobra. Ésta se contentó con desinflar su capuchón y continuó su camino.

Pero esos segundos perdidos permitieron que Rikki-Tikki la alcanzase, y cuando Nagaina se lanzó de cabeza al agujero, parecido al de las ratas, en el que había vivido con Nag, los pequeños dientes blancos de la mangosta hicieron presa en su cola, y se lanzó al interior de la madriguera detrás de ella. Muy pocas mangostas, aunque sean muy viejas y muy listas, se atreven a seguir a una cobra cuando se mete en un agujero. En ése, la oscuridad era total. Y Rikki-Tikki no sabía si aquel túnel podría ensancharse, y ofrecer a Nagaina el espacio suficiente para revolverse y atacar. Siguió ferozmente enganchada, con las patas separadas para que le sir-

vieran de freno en la pendiente de tierra caliente y húmeda.

Entonces, la hierba que crecía a la entrada del agujero dejó de moverse y Darzee gritó:

—Rikki-Tikki ha muerto. Cantemos un himno a su muerte. Ha muerto el valiente Rikki-Tikki, porque seguramente Nagaina lo matará bajo tierra.

Improvisó una lúgubre canción, pero cuando cantaba la parte más sombría y dolorida, la hierba empezó a moverse y Rikki-Tikki, completamente sucio, salió tranquilamente del agujero, como si nada hubiera pasado, limpiándose los bigotes. Darzee se paró, lanzando un grito. Rikki-Tikki, de una sacudida, se quitó de encima parte del polvo y estornudó.

—Se acabó —dijo—, la viuda no volverá a salir.

Rikki-Tikki se ovilló sobre la hierba y se durmió al instante. Durmió y durmió hasta bien entrada la tarde, porque el día había resultado muy

fatigoso.

Ahora —dijo cuando se despertó—, me vuelvo a la casa. Cuenta todo al barbudo de frente roja, Darzee, y él hará saber a todos los habitantes de jardín que Nagaina ha muerto.

El barbudo de frente roja es un pájaro que hace un ruido muy parecido al de un martillo sobre un recipiente de cobre. Y si hace siempre ese ruido, se debe a que, en la India, es el pregone-ro en todos los jardines, y lanza las noticias a los cuatro vientos a quien quiera escucharle. Al avanzar sobre el camino, Rikki-Tikki le oyó decir:

—¡Atención! ¡Atención! —y luego, como si fue-se un gong de mesa, en forma de notas sosteni-das—: ¡Dingdong—tock! ¡Nag ha muerto...

dong! ¡Nagaina ha muerto! ¡Ding—dong—tock!

Cuando Rikki llegó a la casa, Teddy, su madre, que seguía todavía muy pálida, porque se había desmayado, y su padre salieron y estuvieron a

punto de llorar sobre él. Y aquella tarde comió hasta hartarse, todo lo que le ofrecieron. Luego, absolutamente lleno, se fue a la cama sobre un hombro de Teddy. Allí seguía cuando su madre, bastante más tarde, entró para echar una ojeada.

—La mangosta nos ha salvado la vida, lo mismo que a Teddy —le dijo a su marido—. ¿Te das cuenta? ¡Nos ha salvado la vida a los tres! Rikki-Tikki se despertó sobresaltado. Todas las mangostas tienen el sueño ligero.

Ah, bueno, sois vosotros. ¿Qué os preocupa? Todas las cobras están muertas, y si no lo estuviesen, aquí estoy yo.

Rikki-Tikki tenía derecho a sentirse orgulloso de sí mismo. Pero no se vanaglorió demasiado, y siguió protegiendo el jardín como debe hacerlo una mangosta, con sus dientes, con sus saltos, con sus mordiscos. Nunca una cobra más se atrevió a asomar la cabeza por el jardín.

MELOPEA DE DARZEE

(CANTADA EN HONOR DE RIKKI-TIKKI)

Yo, que soy sastre y cantor,

me siento feliz como nadie.

Lanzo mi orgullo al espacio,

satisfecho del nido que hago.

El compás de mi canto sube y baja,

como el suave balanceo de mi casa.

Arrullar puedo a tus pequeños,

madre. Sube tu canto hasta el cielo.

Ya no hay mal que nos azote.

La muerte y su capirote

se fueron de nuestro jardín.

El terror que se escondía en las rosas,

ya no es más que una cosa

muerta y arrojada al estiércol.

Pero, ¿quién nos libró de él?

Dime su nombre y su nido.

Rikki-Tikki, siempre presta,

Rikki, con sus ojos encendidos,

Rikki-Tikki, la de los blancos colmillos,

Rikki-Tikki, la de ojos encendidos.

Que los pájaros la agasajen,

con sus colas bien extendidas.

Las notas del ruiseñor

se harán homenaje y preces.

Rikki-Tikki, la de ojos encendidos

y cola siempre henchida.

(En este punto, Rikki-Tikki interrumpió a Dar-

zee

y se ha perdido el resto de la canción.)

Toomai el de los Elefantes

Quiero recordar lo que fui en otro tiempo.

Estoy enfermo de cadena y cuerda.

*Recordaré mi antigua fuerza, y en el bosque mis
grandes peleas.*

*Jamás venderé al hombre mi espalda por un puñado
de azúcar de caña.*

*Huiré, y volveré con mis amigos, a las más altas
montañas.*

*Caminaré toda la noche, hasta las luces del alba,
acariciado por el beso inmaculado del viento y de las
aguas.*

*Olvidaré cadenas y grilletes, romperé mis crueles
amarres,
volveré a visitar a mis amigos, ellos, libres como
gavilanes.*

DESDE HACÍA CUARENTA Y SIETE AÑOS,

Kala Nag, que quiere decir Serpiente Negra,
servía al gobierno de la India de todas las formas en las que un elefante puede hacerlo. Y como había cumplido los veinte cuando le capturaron, tenía ya cerca de setenta años. Una buena edad para un elefante. Se acordaba, por ejemplo, de haber tirado, con un grueso cojín de cuero que le protegía la frente, de un cañón profundamente atascado. Y eso antes de la guerra de Afganistán, en 1842, cuando todavía no había alcanzado la plenitud de su fuerza. Su madre, Radha Pyari, Radha la Bien Amada, que

había sido capturada con él, le había dicho, antes de que su hijo perdiera sus defensas de leche, que los elefantes miedosos siempre están expuestos al daño. Kala Nag sabía que se trataba de un buen consejo, porque la primera vez que vio estallar un obús*, retrocedió con un enorme bramido y cayó sobre unos fusiles, con la bayoneta* calada, que formaban una especie de cono. Le pincharon en lo más delicado del cuerpo. Por eso, antes de cumplir los veinticinco años, no tenía miedo a nada, de manera que se había convertido en el preferido y mejor cuidado de todos los elefantes al servicio del gobierno de la India. Había transportado tiendas de más de seiscientos kilos, en una marcha emprendida por el norte de la India. Le habían izado a un navío con una grúa, y después de dos días de travesía, le habían hecho llevar sobre lomos un mortero, en un país extraño y rocoso, muy lejos del suyo. Había visto al empe-

rador Teodoro, tendido sin vida en Magdala.

Luego había vuelto, siempre a bordo del navío, merecedor, como dicen los soldados, de la medalla al mérito en la guerra de Abisinia. Diez años más tarde vio morir a sus hermanos de frío, de epilepsia, de hambre y de insolación en un lugar llamado Aki Musjid. Después, le enviaron a miles de kilómetros al sur para transportar y almacenar enormes vigas de madera de teca en los inmensos almacenes de Moulmein. Estuvo a punto de morir por el ataque de un joven elefante que se insubordinó. Más tarde, le retiraron de los almacenes para que ayudara, junto con algunas docenas de congéneres, entrenados para esa tarea, en la captura de elefantes salvajes en los montes Gato. En la India, los elefantes gozan de una protección del gobierno, que ha dictado unas leyes muy severas para conseguirlo. Hay todo un servicio ministerial que se ocupa exclusivamente de perseguir-

los, capturarlos, domarlos y enviarlos a los cuatro puntos cardinales del país, allí donde se necesite su trabajo.

Kala Nag medía algo más de tres metros de altura. Le habían cortado las colmillos, dejándoselos de un metro y medio de largo. Y habían rodeado el extremo de los mismos con unos anillos de cobre, para evitar que se le astillaran. Pero podía hacer lo mismo, con esa especie de muñones, que cualquier otro elefante salvaje con sus colmillos enteros y afilados como puntas de acero.

Pasaba interminables semanas obligando a subir montañas a elefantes dispersos, orientándolos con grandes precauciones, hasta que los cuarenta o cincuenta monstruos salvajes eran engañados, penetraban en la última corraliza*, y la enorme puerta, formada por gruesos troncos, caía con estrépito detrás del último, impidiéndoles toda posibilidad de huida. A una

señal dada, Kala Nag entraba en aquella especie de pandemonium* inquieto y bramador, normalmente de noche, cuando la luz vacilante de las antorchas dificulta el cálculo de las distancias, escogía al adulto mayor y más agresivo, y le reducía al silencio a fuerza de golpes y tope-tazos, mientras los hombres, montados en otros elefantes, inmovilizaban con cuerdas a los más pequeños.

No había nada en el arte de combatir que no supiera Kala Nag, el viejo y astuto Serpiente Negra, pues en más de una ocasión había hecho frente a tigres heridos. Enroscaba cuidadosamente la trompa, para ponerla al abrigo de todo peligro, y lanzaba al aire, tirándolo de costado, al temible felino, con un rápido movimiento de cabeza, un golpe como de hoz que había inventado él mismo. Lo arrojaba por tierra y se arrojaba sobre él con todo el peso de sus enormes rodillas, hasta la muerte del peligroso animal,

momento que acompañaba con un suspiro y un rugido. Allí quedaba sobre la tierra, abandonada, una masa casi viscosa, peluda y rayada, que Kala Nag se limitaba luego a arrastrar por la cola.

—Sí —decía Toomai padre, su cornac, hijo de Toomai el Negro, que lo había llevado a Abisinia, y nieto de Toomai el de los Elefantes, que había asistido a su captura—, a nada teme Serpiente Negra, salvo a mí. Tres de nuestras generaciones lo han alimentado y cuidado, y verá una cuarta.

—También me teme a mí —dijo Toomai, el pequeño, estirándose para mostrar su altura, que sobrepasaría escasamente un metro veinte; llevaba por toda ropa un trapo liado al cuerpo.

Tenía diez años. Era el hijo mayor de Toomai, y, según la costumbre, reemplazaría a su padre sobre el cuello de Kala Nag cuando se hiciera mayor y fuera capaz de manejar el ankus, la

pesada aguijada* para elefantes, hierro que habían pulido, gracias al uso, su padre, su abuelo y su bisabuelo. Sabía lo que decía. Había nacido a la sombra de Kala Nag, había jugado con su trompa antes de aprender a andar, le había llevado al abrevadero en cuanto unió dos pasos, y Kala Nag jamás habría soñado en desobedecer las órdenes de su débil voz aguda, como tampoco soñó en matarlo cuando Toomai, el padre, acercó al moreno recién nacido hasta sus defensas y le ordenó saludar a su futuro dueño.

—Sí —dijo el pequeño Toomai—, me teme — luego se aproximó a Kala Nag a grandes zancadas, le insultó llamándole cerdo grasiento, y le hizo levantar las patas una tras otra—. Bueno —continuó—, tú eres un gran elefante —movió su cabeza greñuda, y repitió lo que había escuchado de su padre:

Aunque el gobierno pague los elefantes, en rea-

lidad son nuestros, de los cornacs. Cuando seas viejo, Kala Nag, vendrá un rajá rico, te comprará por tu talla y tus buenas maneras, y entonces sólo tendrás que llevar aros de oro en las orejas, una gran silla dorada sobre el lomo, una gualdrapa* en los flancos, y abrir la marcha en los desfiles reales. Yo iré sentado sobre tu cuello, amigo Kala Nag, sujetando un *ankus* de plata, y los hombres nos precederán con bastones de oro gritando: «¡Abrid paso al elefante del rey!». Será maravilloso, Kala Nag, pero no tan agradable como cazar en la jungla, como lo hacemos ahora.

—¡Bueno! —dijo Toomai, el padre—. Eres todavía un niño, y tan salvaje como un búfalo joven. Correr por parajes desolados no es el mejor empleo al servicio del gobierno. Me hago viejo y no me gustan los elefantes salvajes. Que me construyan unas cuadras de ladrillo, con un compartimento para cada elefante, unas gran-

des estacas para amarrarlos bien, y caminos anchos y largos para hacer ejercicio en vez de ese perpetuo ir y venir de un campamento a otro. Los cuarteles de Cawnpore eran muy agradables. Muy cerca de las cuadras había un bazar y sólo teníamos que trabajar tres horas al día.

El pequeño Toomai recordó la zona de Cawnpore, y calló. Prefería con mucho la vida en el campamento, y detestaba esos caminos anchos y largos, así como los grandes fardos de forraje que había que recoger en los sitios señalados, y las horas interminables en las que no había nada que hacer excepto mirar a Kala Nag, que se movía impaciente entre las estacas que lo tenían casi inmovilizado.

Lo que le gustaba al pequeño Toomai era subir por pistas que sólo un elefante se atreve a ascender, y los descensos casi vertiginosos hasta el fondo de los valles; la visión fugaz de los

elefantes salvajes al pastar; el sálvese quien pueda del jabalí y del pavo real, asustados por las pisadas de Kala Nag; las lluvias tibias y cegadoras que hacían humear las montañas y los valles; las mañanas de niebla, cuando nadie sabía dónde montarían el campamento por la noche; las batidas incansables, llenas de precauciones, y la última tarde, la carrera loca, el ruido salvaje y la barahúnda desenfrenada, cuando los elefantes, asustados, se precipitan a la empalizada* como piedras desprendidas al azar por una avalancha, y al descubrir que no pueden salir, se lanzan enloquecidos contra los enormes troncos, de los que se los aleja a fuerza de gritos, de antorchas llameantes que se blanden ante ellos, y de cartuchos de pólvora, descargados sobre sus enormes cuerpos.

Allí, hasta un niño podía ser útil, y Toomai valía por tres. Cogía su tea encendida, la agitaba y chillaba con los más valientes. Pero el mejor

momento era cuando comenzaban a salir los elefantes, y la *keddah*, es decir, el corral formado por la empalizada, parecía el retrato del fin del mundo. Los hombres tenían que comunicarse por señas, porque era imposible hacerse oír.

Entonces, el pequeño Toomai —cubierta la espalda con el cabello desteñido por el sol— trepaba a lo alto de un poste sacudido por las vibraciones, desde donde, iluminado por las antorchas, parecía un duende. Cuando el tumulto remitía por un momento, se oían los agudos gritos de ánimo que le lanzaba a Kala Nag, dominando el barritar, el ruido, el chasquear de las cuerdas y los bufidos de los elefantes atados.

—*¡Mail, mail, Kala Nag! ¡Dant do! ¡Somalo! ¡Maro! ¡Mar! ¡Cuidado con el poste! ¡Arré! ¡Arré! ¡Hai! i Ya! ¡Hiaa—ah!* —gritaba, mientras el combate, que parecía a muerte, en el que estaban enzarzados Kala Nag y el elefante salvaje, se desarrollaba por toda la extensión de la gran

corraliza; y los cazadores veteranos se secaban el sudor que les caía a los ojos con el tiempo justo para hacer una señal con la cabeza al pequeño Toomai, que bailaba de alegría en lo alto del tronco.

Pero no se contentaba con bailar. Una noche se deslizó desde su tronco, se coló en el terreno de los elefantes, y arrojó a un cornac el cabo de una cuerda, que había recogido. Kala Nag lo vio, lo rescató con su trompa y se lo entregó a Toomai, el padre, que le dio un pescozón y lo devolvió a su sitio.

A la mañana siguiente le riñó.

—¿No te bastan unos establos estupendos, contruidos con ladrillos, o transportar tiendas, que pareces necesitar ir a robar los elefantes de tu propio jefe, como si fueras un furtivo? Y para que te vayas enterando, los imbéciles de los cazadores, que cobran menos que yo, han ido con el cuento a Petersen Sahib.

Al pequeño Toomai le entró miedo. No sabía demasiado sobre los blancos, pero Petersen Sahib, a sus ojos, era el blanco más importante del mundo entero. Era el jefe de todas las operaciones de la *keddah*: el hombre que capturaba a todos los elefantes para el gobierno de la India, y que sabía, sobre sus costumbres, más que nadie en este mundo.

—¿Qué... qué va a suceder? —preguntó el pequeño Toomai.

—Lo peor que puedas imaginarte. Petersen Sahib es un insensato. Y si no, ¿por qué se iba a dedicar a la caza de esos demonios furiosos? Quizá exija que empieces a cazar elefantes, que duermas en cualquier sitio, en junglas infestadas de fiebres, para terminar pisoteado hasta morir en la *keddah*. Ha sido una suerte que esta historia absurda haya terminado sin incidente alguno. La semana próxima finalizarán las capturas y nosotros seremos enviados a nuestros

respectivos hogares. Pero, hijo, estoy muy enfadado al comprobar que te inmiscuyes en el trabajo de los Assamais, esa gentuza de la jungla. Kala Nag me obedece a mí solamente. Por eso entro yo con él en la *keddah*. Pero sus labores se reducen al combate, no ayuda a inmovilizar a los otros. Así, yo me siento a gusto, sentado, como corresponde a un cornac. No como un simple cazador, sino, lo has oído bien, como un cornac, un hombre al que se le da una pensión cuando termina sus servicios. ¿Va a resultar que la familia de Toomai el de los Elefantes sólo sirve para ser pisoteada en el fango de la *keddah*? ¡Fuera de aquí, perdido, desastrado, degenerado! Anda y asea a Kala Nag, mírale bien las orejas, y cuida de que no tenga espinas en los pies. De lo contrario, Petersen te prenderá, y hará de ti un cazador, un mero ojeador de elefantes, de esos que siguen sus huellas, un oso de la jungla. ¡Puafffl! ¡Vete de aquí ahora mis-

mo!

El pequeño Toomai se fue sin decir palabra, pero le contó todas sus penas a Kala Nag mientras examinaba sus plantas.

—¿Qué me importa? —dijo el pequeño Toomai, levantando el borde de la enorme oreja derecha de Kala Nag—. Me han acusado ante Petersen Sahib y quizá... quizá... quizá... ¿quién sabe? Oye, mira qué espina acabo de arrancarte.

Siguieron a éste unos cuantos días empleados en reunir a los elefantes; en obligarlos a caminar para que no se comportaran locamente en la bajada hacia los llanos, y en hacer inventario de las mantas, cuerdas y otros objetos estropeados o perdidos en el bosque.

Petersen Sahib llegó sobre su montura, Pudmini, una elefanta de gran inteligencia. Había pagado a los empleados de otros dos campamentos, situados en las montañas, porque la estación tocaba a su fin, y, ahora, un encargado

indígena, sentado a una mesa colocada bajo un árbol, entregaba el salario a los cazadores. Cada hombre, una vez conforme, regresaba junto a su elefante, y se colocaba en la fila que estaba a punto de emprender la marcha. Los ojeadores y domadores, los hombres que tenían un puesto fijo en la *keddah*, que pasaban todo el año en la jungla, estaban montados en los elefantes que formaban parte de los efectivos regulares de Petersen Sahib. O se apoyaban contra los árboles, descansando el fusil al brazo, se burlaban de los cornacs que se iban, y se reían cuando los animales recién capturados rompían las filas y echaban a correr.

Toomai, el padre, se acercó al contable, seguido del pequeño Toomai, y Machua Appa, el jefe de los ojeadores, dijo en voz baja a uno de sus amigos:

Ahí va uno que está hecho de la pasta de los buenos cazadores. Es una pena que a ese gallito

de la jungla lo releguen ahora a mudar el plumaje en los llanos.

Petersen Sahib estaba muy atento a todo lo que pasaba y se decía, como debe ser cuando se acecha al animal más silencioso que existe, el elefante salvaje. Se vol vió sobre el lomo de Pudmini, donde estaba echado cuan largo era.

—¿Qué? No sabía que entre los cornacs de los llanos hubiera alguien capaz de enlazar a un elefante, ni siquiera después de muerto.

—No se trata de un hombre, sino de un chico.

Entró en la *keddah*, en la última cacería, y le lanzó la cuerda a Barmao, que intentaba separar de su madre al joven macho que tiene una mancha en la paletilla.

Machua Appa señaló con el dedo al pequeño Toomai, Petersen Sahib lo miró y Toomai hizo una profunda reverencia, a modo de saludo, tocando casi el suelo con la cabeza.

—¿Él? ¿Lanzar una cuerda? ¡Pero si es más pe-

queño que una estaca! Niño, ¿cómo te llamas? —
—le preguntó Petersen Sahib.

Toomai estaba demasiado asustado para hablar,
pero Kala Nag se hallaba detrás de él. Toomai
le hizo una señal con la mano, el elefante lo
levantó con la trompa y lo mantuvo a la altura
de la frente de Pudmini, de cara al gran Peter-
sen Sahib. Entonces Toomai se cubrió el rostro
con las manos, porque no era más que un niño,
y salvo en lo tocante a los elefantes, era tan tí-
mido como un muchacho.

—¡Oh! —dijo Petersen Sahib, sonriendo bajo su
bigote—. ¿Y cómo le has enseñado a un elefante
a hacer eso? ¿Para robar el trigo verde, que se
seca sobre el tejado de las casas?

—Trigo verde no, protector del pobre..., pero sí
melones —contestó Toomai.

Cuando lo oyeron, todos los hombres que esta-
ban sentados por allí cerca rompieron a reír. La
mayor parte de ellos, cuando tenía su edad,

había enseñado el mismo truco a los elefantes.

Toomai estaba suspendido a más de dos metros del suelo, pero en aquel momento le habría gustado estar a dos metros bajo tierra.

—Sahib, es Toomai, mi hijo —dijo Toomai, el padre, frunciendo el ceño—. Este chico es una cosa mala, y acabará en prisión, Sahib.

—Permíteme dudarlo —respondió Petersen Sahib—. Un niño capaz de enfrentarse a toda una *keddah* a su edad, no acaba en la cárcel. Mira, muchacho, aquí tienes cuatro *annas* para que te compres dulces, porque tienes un cerebro pequeño, pero excelente, bajo esa melena. Llegado el momento, es posible que te conviertas en un gran cazador.

Toomai, el padre, frunció el entrecejo más que nunca.

—Sin embargo —prosiguió Petersen Sahib—, no quiero que olvides nunca que las *keddah* no se hacen para jugar.

—¿No podré entrar nunca, Sahib? —preguntó

Toomai, lanzando un suspiro.

—Ven a buscarme cuando hayas visto bailar a los elefantes —Petersen Sahib sonrió de nuevo—, y te dejaré entrar en todas las *keddah*.

Estalló la risa, porque lo de «ver bailar a los elefantes» es un dicho cómico muy antiguo que significa nunca. En lo más profundo de los bosques hay grandes claros llamados salas de baile de los elefantes, pero eso es lo único que se sabe sobre sus danzas. Y aún más, esos lugares se han descubierto por pura casualidad, y todavía nadie ha visto bailar a los elefantes. Cuando un cornac se vanagloria de su habilidad y de su valor, los otros le preguntan: «¿Cuándo has visto tú bailar a los elefantes?».

Kala Nag depositó en tierra a Toomai, quien de nuevo saludó hasta rozar el suelo con la frente, salió con su padre, y entregó a su madre la moneda de cuatro *annas*. Su madre amamantaba al

hermano pequeño de Toomai. Todos se acomodaron sobre el lomo de Kala Nag, y la columna ondulante de elefantes descendió, entre bramidos y gritos agudos, por el sendero que conduce a los llanos. Fue un viaje muy movido gracias a los nuevos, que, en cada vado, causaban problemas, y a quienes continuamente había que animar o golpear.

Toomai, el padre, aguijoneaba duramente a Kala Nag porque estaba consumido por la rabia. Pero el pequeño Toomai se sentía demasiado feliz para hablar. Había llamado la atención de Petersen Sahib, éste le había dado dinero, y se imaginaba como un soldado raso, entresacado de las filas para recibir los elogios de su comandante en jefe.

—¿Qué quería decir Petersen Sahib cuando se refirió al baile de los elefantes? —terminó por preguntar a su madre con un tono lleno de dulzura.

Toomai, el mayor, le oyó y lanzó un gruñido. —

Que tú jamás debes convertirte en uno de esos

bufalos de montaña que son los rastreadores.

Eso quería decir. ¡Vamos! ¡Adelante! ¿Por qué nos detenemos?

Un cornac se volvió furioso, dos o tres elefantes por delante, gritando:

—Trae aquí a Kala Nag, y que de unos cuantos golpes a este joven que llevo, para enseñarle a comportarse como es debido. ¿Por qué ha tenido que escogerme a mí Petersen Sahib, a mí, para bajar con vosotros, burros de los arrozales? Pon en línea tu elefante con el mío, Toomai, y que le meta sus colmillos en la piel. Por todos los dioses de las montañas, estos nuevos elefantes están poseídos por el maligno, o bien es que olfatean a sus compañeros que siguen en la selva.

Kala Nag golpeó en las costillas a aquel elefante salvaje, y le dejó sin respiración, mientras decía

Toomai, el padre:

—Con la última captura hemos barrido de estas montañas a los elefantes. La culpa la tienes tú, que no sabes guiarlo. ¿Es que tengo yo la obligación de mantener el orden en toda la columna?

—Escuchad —dijo el otro cornac—. ¡Hemos barrido las montañas! ¡Vaya! ¡Vaya! ¡Sabéis mucho vosotros, hombres de la llanura! Todo el mundo, salvo un negado que jamás ha visto la jungla, sabría que los elefantes han intuido que se han acabado las batidas de esta estación. En consecuencia, esta noche, todos los elefantes salvajes... Pero ¿para qué malgastar mi sabiduría con una tortuga de agua dulce?

—¿Qué van a hacer? —gritó el joven Toomai.

—¡Pequeño! ¿Estás ahí? Te lo voy a decir porque tienes la cabeza fría. Van a bailar, y tu padre, que ha barrido la montaña de elefantes, hará muy bien en poner una cadena doble a las

patas de los animales esta noche.

—¿Qué cuento es éste? Hace cuarenta años que, de padres a hijos, nos ocupamos de los elefantes, y jamás hemos escuchado historias sobre esos bailes.

—Sí, pero es que un hombre de las llanuras que vive en una cabaña, no conoce más que sus cuatro muros. Bien, destraba a tus elefantes esta noche, y verás lo que pasa. En cuanto a su danza, he visto el sitio en el que... *¡Bapree-Bap!* Pero ¿cuántos meandros hace este endiablado Di-

hang? He aquí otro vado, que los elefantillos deberán cruzar a nado. Alto, vosotros, atrás.

Y así, charlando, discutiendo y chapoteando en los ríos que tenían que vadear, cubrieron la primera etapa, que desembocaba en una especie de campamento de acogida para los elefantes nuevos, que habían perdido la paciencia mucho antes de llegar. Allí los encadenaron a todos por las patas traseras a unos postes gruesos y

cortos (a los nuevos, con unas cuerdas suplementarias), y les pusieron el forraje a su alcance. A las doce del día siguiente, los cornacs de montaña se volvieron adonde estaba Petersen Sahib, después de haber recomendado a los cornacs de las llanuras que redoblasen su atención esa noche, y se echaran a reír cuando les preguntaron por qué.

El joven Toomai se encargó de dar de comer a Kala Nag y, a la caída de la tarde, recorrió el campamento. Con una felicidad que no le cabía en el cuerpo se fue en busca de un tamtan.

Cuando un niño indio tiene el corazón henchido, no se pone a correr como un loco, ni a armar alboroto. Se sienta y se regala algo parecido a una fiesta para él solo. ¡Al pequeño Toomai le había dirigido la palabra Petersen Sahib!

Si no hubiera encontrado lo que buscaba, habría estallado. Pero el comerciante que vendía dulces en el campamento le prestó un tamtan —

esos tamborcillos que se golpean con la palma de la mano—, se sentó con las piernas cruzadas delante de Kala Nag, cuando las estrellas salieron a saludar brillantes a la noche, con el tamtan sobre las rodillas, y empezó a tocar sin descanso. Y cuanto más pensaba en el gran honor que se le había hecho, más tocaba, él solo, sentado en uno de los montones de forraje destinados a los elefantes. Todo era silencio a su alrededor, y tocar le hacía feliz.

Los elefantes nuevos tiraban de las cuerdas, lanzaban de cuando en cuando fuertes barritos, que parecían más bien lamentos, y escuchó que su madre, en la barraca central del campamento, intentaba dormir a su hermano pequeño entonando una canción muy antigua, muy antigua, sobre el gran dios Siva, que en otro tiempo prescribió a los animales lo que tienen que comer. Es una canción de cuna relajante, y he aquí su primera estrofa:

*Siva, sembrador de cosechas y dueño de los vientos,
sentado al iniciarse un nuevo día, hará mucho tiempo,
dio a cada uno su parte, comida, trabajo y destino,
desde el rey omnipotente hasta el más pobre mendigo.*

Todo nos lo ha dado el más alto dios, Siva.

¡Mahadeo! ¡Mahadeo! Lo hizo todo.

*Al camello, la joroba, para los bueyes la hierba,
y para ti, mi niño, mi pecho de madre tierna.*

Toomai la acompañaba con un alegre tonc-tonc
al final de cada verso, hasta que, sin poder
aguantar el sueño, se acostó sobre la hierba junto
a Kala Nag. Finalmente, los elefantes se acostaron,
uno tras otro, según su costumbre, dejando a Kala Nag,
el último de su fila por la derecha, de pie, balanceándose
con suavidad con las orejas hacia delante, atentas al viento
nocturno que soplaba dulcemente desde las montañas.
El aire mecía los sonidos de la noche,

que, juntos, creaban un gran silencio: el entrecocar de las cañas de bambú, el fru-fru que produce el correr de algo entre los matorrales, el arañar y el grito ronco de un pájaro medio dormido —los pájaros velan durante la noche más a menudo de lo que nos imaginamos—, una caída de agua prodigiosamente lejana... El pequeño Toomai durmió un rato, y cuando se despertó, la luz de luna resplandecía y Kala Nag seguía de pie, con sus orejas alerta. El muchacho se dio la vuelta, haciendo crujir la hierba, y contempló la enorme curva del espinazo del elefante, que le ocultaba la mitad de las estrellas. Entonces oyó algo, como si el espesor del silencio fuera atravesado por un alfiler. Era como el sonido de un cuerno de caza, pero emitido por un elefante salvaje.

Todos los elefantes, bien alineados, se levantaron de un salto, como alcanzados por un tiro. Sus barritos acabaron por despertar a los cor-

nacs, que salieron, hundieron las piquetas con la ayuda de grandes martillos, tendieron aquí una cuerda y anudaron allá otra. Todo recobró la tranquilidad. Uno de los elefantes nuevos casi había arrancado su poste. Toomai, el padre, liberó a Kala Nag, para trabar a otro animal, contentándose con deslizar una simple cuerda de fibra alrededor de la pata de su elefante y recordándole después que continuaba atado. Su padre y su abuelo habían hecho lo mismo cientos de veces antes que él. Kala Nag no respondió la orden con su gargarismo habitual. Se quedó inmóvil, mirando a lo lejos, a un lugar iluminado por la Luna, con la cabeza ligeramente levantada y las orejas desplegadas como gigantes abanicos hacia las enormes ondulaciones de los montes Gato.

—Ocúpate de él si se agita durante la noche —
dijo Toomai, el padre, a Toomai, su hijo.

Después volvió al cobertizo y se durmió. El

pequeño Toomai también iba a dormirse, cuando oyó que la cuerda de coco se rompía con un ruido seco. Y Kala Nag se separó lenta, silenciosamente de su poste, como se desliza una nube hacia la desembocadura de un valle. El pequeño Toomai se puso a correr detrás de él, a la luz de la Luna, llamándole en voz baja:

—¡Kala Nag! ¡Kala Nag! ¡Llévame, Kala Nag!

El elefante se volvió sin hacer ruido alguno, dio tres pasos hacia atrás para encontrarse con el niño, bajó su trompa, lo levantó rápidamente, lo depositó sobre su lomo, y sin apenas darle tiempo de aferrarse a sus costados con las rodillas, se internó en el bosque.

Se produjo entonces, en las filas de los elefantes, un barritar furioso. Luego, el silencio se cerró y

Kala Nag se puso en marcha. A veces, un haz de hierba alta le barría los flancos como una ola azota los costados de un barco; otras notaba que una rama colgante de pimienta silvestre le ara-

ñaba el lomo, o bien una caña de bambú se rompía por donde él había metido antes sus hombros. Pero se desplazaba sigilosamente, avanzando por el espeso bosque de Gato como a través de una humareda. Subía, pero aunque el pequeño Toomai se había fijado en las estrellas, que se veían entre los claros, no podía adivinar en qué dirección iban.

Después, Kala Nag llegó a la cima de una ladera y se paró un momento. Toomai distinguía las puntas de los árboles, una enorme piel extendida a lo largo de kilómetros y kilómetros a la claridad de la Luna, y la bruma de un blanco azulado sobre el río, al fondo, muy lejos. Se inclinó hacia delante y miró. Y se dio cuenta de que el bosque se había despertado y bullía de vida y ruidos. Un gran murciélago marrón, de los que comen fruta, pasó rozándole una oreja. Un puerco espín entrechocó sus púas, que resonaron en la espesura. Y en la oscuridad, entre

los árboles, escuchó cómo un jabalí holicaba y resoplaba con tremenda impaciencia entre la tierra húmeda y caliente.

Después las ramas se cerraron por encima de él.

Kala Nag partió lentamente. Luego descendió al valle, ya no con un paso tranquilo, sino como un cañón loco sobre un talud abrupto. Sus enormes miembros se movían con la regularidad de los pistones de un motor, cubriendo más de dos metros de una sola zancada, y la piel de su espalda crujía al formar enormes arrugas en las articulaciones. La maleza se abría violentamente ante el avance del elefante, con un ruido de tela rasgada. Los árboles jóvenes, que apartaba con sus hombros, a derecha e izquierda, se enderezaban de golpe y le azotaban los costados. Como lanzaba la cabeza a un lado y a otro para abrirse paso, larguísimas guirnaldas de lianas se enredaban en sus defensas.

Entonces, el pequeño Toomai se aplastó sobre

la enorme nuca, por miedo de que una rama, en su balanceo, lo arrojara al suelo. En ese momento le habría gustado mucho encontrarse en el campamento.

La hierba se hacía esponjosa por el agua. Los pies de Kala Nag, al afirmarse en el suelo, hacían un ruido, primero de chapoteo, y luego de ventosa. La bruma nocturna, en el fondo del valle, casi entumecía de frío al pequeño Toomai. Se notó un chapuzón y un pisoteo, y una corriente de agua. Kala Nag entró en el río a grandes zancadas, tanteando con mucho cuidado el camino que tenía que seguir.

Por encima del rumor del agua, que hacía remolinos en las patas del elefante, Toomai escuchó más chapuzones y barritos, que le llegaban de los dos extremos del río. La neblina, a su alrededor, parecía llena de sombras ondulantes y sinuosas.

—¡Ah! —se le escapó a media voz, castañetean-

do los dientes—. El pueblo elefante está en vela esta noche. Seguro que habrá baile.

Kala Nag salió del agua haciendo mucho ruido, vació la trompa y continuó la ascensión. Pero ahora ya no estaba solo, ni tenía que abrirse camino. Ya estaba hecho. En una extensión bastante grande, justo delante de él, la hierba de la jungla, tumbada, parecía intentar recobrar su fuerza y levantarse de nuevo. Muchos elefantes debían haber pasado por allí hacía escasos minutos. El pequeño Toomai se volvió: detrás de él un enorme adulto salvaje, con unos ojos de cerdo que brillaban como carbones encendidos, salía de las aguas del río cubiertas por la niebla. Después los árboles se cerraron a su alrededor y continuaron la ascensión, en medio de barridos y ruidos de ramas rotas.

Al final, Kala Nag se paró entre dos troncos en lo más alto de la montaña. Formaban parte de un círculo de árboles que delimitaba un espacio

irregular de alre dedor de dos hectáreas, y, en toda aquella explanada, como constató el pequeño Toomai, el suelo, de tan apisonado, estaba tan duro como un ladrillo. Algunos árboles habían crecido en el centro del claro, pero su corteza había desaparecido, y la madera blanca de debajo aparecía completamente pulida y brillante bajo las manchas de la luz de la luna. Algunas lianas se descolgaban desde las ramas más altas, y sus flores blancas, enceradas, y semejantes a clemátides, descendían como embebidas en un profundo sueño. Pero en el claro no había la más mínima brizna de hierba, sólo tierra apisonada.

La luz de la luna daba a todo un tono gris acerado, salvo a los sitios donde había elefantes, cuyas sombras eran oscuras como tinta. El pequeño Toomai miraba, conteniendo el aliento, con los ojos saliéndosele de las órbitas. Y mientras miraba, los elefantes, cada vez más nume-

rosos, avanzaban con paso rítmico hacia el claro, emergiendo de entre los troncos de los árboles. El pequeño Toomai no sabía contar más que hasta diez. Contó y recontó con los dedos, pero acabó por perder la cuenta de las decenas, y se hizo un lío. Desde el otro lado le llegaba el ruido de los elefantes, que aplastaban la maleza, subiendo con dificultad la pendiente. Pero en cuanto llegaban al interior del círculo se movían como fantasmas.

Había machos salvajes con blancas defensas, con frutos, ramas y hojas entre los pliegues de la piel del cuello y en las orejas. Había gruesas hembras, solemnes en su caminar, acompañadas por elefantillos, unas crías vocingleras con la piel de un negro rosado y una altura de algo más de un metro, que corrían bajo sus vientres. Y jóvenes cuyos colmillos, de los que se sentían muy orgullosos, empezaban a apuntar. También había viejas damas descarnadas, con caras

angulosas e inquietas trompas rugosas, como
de corcho. Viejos machos orgullosos y fieros,
con unas cicatrices que cubrían sus paletillas y
costados, con ronchas de heridas mal curadas,
rastros de viejas peleas, que afeaban sus cuerpos, y les caían de las espaldas
grandes plastones de

lodo, recuerdo de los solitarios baños de barro.

Uno de ellos, con una defensa rota, tenía en el
costado la señal de un gran golpe: el hueco ter-
rible que dejan, al retirarse, las garras de un
tigre.

Allí estaban de pie, cabeza con cabeza, o pa-
seando arriba y abajo por el campo en parejas, o
haciendo extraños y suaves movimientos o me-
ciéndose en soledad, y había docenas.

Toomai sabía que mientras se quedara inmóvil
sobre el lomo de Kala Nag, no le pasaría nada.

Porque ni siquiera en la barahúnda tremenda
de una *keddah*, jamás un elefante salvaje levanta
la trompa para descabargar a un hombre del

cuello de un elefante domesticado. Y esos elefantes pensaban entonces en cualquier cosa, menos en los hombres. Durante un momento se pusieron tensos, con las orejas dirigidas hacia delante, al oír unos ruidos metálicos en el bosque. Pero se trataba de Pudmini, la elefanta favorita de Petersen Sahib, que había partido limpiamente la cadena, y subía la cuesta gruñendo y resoplando. Debía de haber roto los postes y llegado directamente de su campamento. El pequeño Toomai vio a otro elefante, al que no conocía, cuyo lomo y pecho tenían profundas desolladuras, producidas por las cuerdas. Él también parecía haberse escapado de alguno de los campamentos de los alrededores. Finalmente no se escuchó a elefante alguno avanzar por el bosque. Entonces, con su paso ondulante, Kala Nag abandonó el lugar en el que se encontraba, entre los árboles, para mezclarse con la multitud, entre cloqueos y ásperos

susurros guturales. A continuación, todos los elefantes empezaron a moverse y a charlar en su lengua.

Siempre recostado, el pequeño Toomai descubrió, al bajar la mirada, docenas y docenas de lomos enormes, de orejas que se batían nerviosas, de trompas en movimiento, y de ojillos inquietos. Escuchó el ruido del entrechocar de los colmillos, el susurro de sus trompas al entrelazarse, el roce de los costados y de los hombros enormes de aquella multitud, mientras las colas golpeaban y cortaban el aire, produciendo un silbido seco. Luego, una nube cubrió la luna y se hizo noche cerrada. Pero los elefantes no dejaron por eso de empujarse, de apretarse los unos contra los otros, de emitir aquellos ruidos guturales, con el mismo ritmo tranquilo y regular. Kala Nag estaba totalmente rodeado y Toomai no tenía posibilidad alguna de salir de aquella reunión descolgándose del cuello del

elefante. Cerró los dientes y sintió un escalofrío.

En una *keddah* tenía, al menos, las luces de las antorchas, y los gritos. Pero aquí estaba solo en medio de las tinieblas y, además, una trompa le había tocado la rodilla.

Un elefante lanzó un barrito que todos los demás secundaron durante cinco o diez segundos terribles. El rocío caía desde los árboles sobre los lomos invisibles, en forma de gruesas gotas de lluvia, y se elevó un ruido sordo, suave al principio, que el pequeño Toomai no pudo reconocer. Pero el ruido creció, y Kala Nag levantó una de sus patas delanteras, luego la otra, y después las afirmó en el suelo, uno, dos, uno, dos, con la regularidad de un martillo pilón.

Ahora, los elefantes golpeaban el suelo todos a la vez, y aquello sonaba como un conjunto de tambores guerreros a la entrada de una caverna. El rocío cayó de los árboles hasta la última gota, y el ruido continuó. La tierra parecía re-

temblar hasta sus entrañas. Toomai se tapó los oídos, pero entonces una trepidación única y gigantesca le atravesó de parte a parte. Era el martilleo de centenares de pies sobre la tierra desnuda. Una o dos veces notó que Kala Nag y los demás se adelantaban unos cuantos pasos. Los golpes sordos se convertían en un rumor de vegetación llena de savia, pisoteada. Al cabo de un par de minutos, el estruendo se reanudaba. Un árbol pareció rajarse o lamentarse cerca del niño. Extendió los brazos y tocó la corteza, pero Kala Nag avanzó, siempre golpeando con las patas. Ya no sabía en qué claro del bosque se encontraba. Ya no le llegaba ningún sonido. Sólo una vez uno o dos elefantillos lanzaron un vagido. Entonces escuchó un ruido sordo, un frotar de pies y el clamor continuó. Duró dos horas enteras, y al pequeño Toomai le dolía todo el cuerpo. Pero por el olor del aire sabía que la aurora estaba cerca.

Nació el día, un manto rojo pálido detrás de las montañas, y el ruido cesó con el primer rayo, como si la luz hubiera sido una orden. El estruendo seguía aún resonando en su cabeza, y el pequeño Toomai todavía no había cambiado de posición, cuando ya no se veía a elefante alguno, salvo a Kala Nag, Pudmini y al que llevaba las señales de las cuerdas. Ninguna marca, ni roce, ni murmullo sobre las pendientes, indicaba dónde estaban los demás.

El pequeño Toomai siguió mirando fijamente, con unos ojos desorbitados. El claro del bosque se había agrandado. Los árboles eran más numerosos en el centro, pero, a los lados, toda la maleza, y hasta la hierba, había desaparecido.

El pequeño Toomai miró una vez más. Ahora comprendía el porqué del golpeteo con los pies.

Los elefantes habían ensanchado el espacio pateado. Habían convertido los juncos y las cañas de yute en una masa, ésta en pequeños frag-

mentos, estos fragmentos en fibras menudas, y éstas en tierra compacta.

—¡Auch! —exclamó el pequeño Toomai, cuando sintió que se le cerraban los ojos—. Mi señor Kala Nag, sigamos a Pudmini y vayamos al campamento de Petersen Sahib. Si no, me caeré de tu cuello.

El tercer elefante miró cómo se iban los otros dos, lanzó un resoplido, dio media vuelta y se fue por su propio camino. Quizá formara parte de la casa de algún reyezuelo indígena, a cincuenta, sesenta o cien millas de allí.

Dos horas más tarde, mientras Petersen Sahib desayunaba, los elefantes, cuyas cadenas habían sido duplicadas aquella noche, empezaron a barritar. Pudmini, embarrada hasta lo alto del lomo, y Kala Nag, con las patas doloridas, entraron, medio arrastrándose, en el campamento.

El pequeño Toomai apareció con una cara de color gris y el cabello lleno de hojas y empapa-

do de rocío, pero intentó saludar a Petersen

Sahib y exclamó con una voz desfallecida:

—El baile... ¡El baile de los elefantes! ¡Lo he visto...! ¡Me muero!

Cuando Kala Nag se echó, resbaló desde su cuello, desmayado. Pero como parece que los niños indígenas no tienen nervios, al cabo de dos horas se despertó muy contento, en la hamaca de Petersen Sahib, con el traje de caza del mismo capataz como almohada, y con un vaso de leche con brandy y un poco de quinina* en el estómago. Mientras los veteranos e hirsutos cazadores de la jungla, con barba de muchos días, le miraban como si fuera un aparecido, sentados en tres filas delante de él, contó su aventura en términos concisos, como lo haría un niño, y concluyó diciendo:

—Y ahora, si una sola de mis palabras es mentira, que me muera aquí mismo. Enviad unos hombres allí. Verán que los elefantes, pateando

el terreno, han agrandado su salón de baile.

Verán las huellas que conducen hasta allí por decenas y decenas. Han aumentado su espacio con los pies. Lo he visto todo. Kala Nag me ha llevado y lo he visto. Además, a Kala Nag casi no le sostienen las piernas.

El pequeño Toomai se acostó y durmió toda la tarde, hasta casi el comienzo del crepúsculo. Y mientras él dormía, Petersen Sahib y Machua Appa siguieron la huella de los dos elefantes en las montañas, hasta una distancia de quince millas. Petersen Sahib había pasado dieciocho años de su vida como cazador, pero, hasta el momento, no había descubierto un salón de baile de elefantes. Machua Appa no tuvo que mirar dos veces el claro del bosque para comprender lo que había ocurrido allí la noche anterior, y sólo necesitó arañar con un dedo del pie la tierra apisonada, laminada por los elefantes.

—¡Ese chico dice la verdad! —exclamó—. Todo esto es de la noche pasada y he descubierto hasta setenta pistas que franqueaban el río. Mira, Sahib, dónde los hierros de las trabas de Pudmini han arrancado la corteza de este árbol. Sí, también ella ha venido hasta aquí.

Se miraron, y luego miraron el suelo y el cielo con ojos asombrados, porque las costumbres de los elefantes sobrepasan lo que el espíritu de los hombres, negros o blancos, pueden penetrar.

—Señor, durante cuarenta años he seguido a los elefantes, pero, si la memoria no me falla, jamás un niño ha visto lo que éste. Por todos los dioses de las montañas, es... No sé qué pensar.

Cuando volvieron al campamento, se había hecho la hora de la cena. Petersen Sahib cenó solo en su tienda. Pero mandó distribuir entre sus hombres dos corderos y algunas aves, y ración doble de harina, de arroz y de sal, porque estaba seguro de que se celebraría una fies-

ta.

Toomai, el padre, había llegado rápidamente desde el campamento de los llanos, en busca de su hijo y de su elefante. Pero ahora que ya los había encontrado, los miraba como si los dos le atemorizasen. Hubo fiesta alrededor del fuego, que lanzaba al aire sus alegres llamas ante los elefantes, atados a sus postes correspondientes. El pequeño Toomai fue el héroe de aquella celebración. Los cazadores de elefantes, grandes, con la piel tostada por el sol, los rastreadores, los cornacs y los laceros, y los que conocían todos los secretos del arte de domar a los elefantes más peligrosos, se lo pasaron de uno a otro y le hicieron una señal en la frente con la sangre de un gallo salvaje muerto recientemente, para asegurar a todos que era un hombre de los bosques, un iniciado, con derecho de ciudadanía en todas las junglas. Al fin, cuando las llamas se extinguieron, y la luz roja de las as-

cuas teñía también de sangre a los elefantes,
Machua Appa, jefe de todas las *keddah*, áter ego
de Petersen Sahib, que en cuarenta años no
había visto un camino empedrado, Machua
Appa, tan grande que no se le conocía más que
por Machua Appa, dio un salto, y alzando al
pequeño Toomai por encima de su cabeza, gri-
tó:

—¡Escuchad, hermanos! ¡Escuchad también
vosotros, los que estáis en esas filas, porque es
Machua Appa el que habla! En adelante este
pequeño no se llamará el pequeño Toomai, sino
Toomai el de los Elefantes, como su antepasa-
do. Lo que ningún hombre ha visto, él lo ha
visto durante toda una noche. Le acompañan el
favor del pueblo de los elefantes y de los dioses
de la jungla. Se convertirá en un gran rastrea-
dor de huellas. ¡Será más grande que yo, Ma-
chua Appa! ¡Seguirá la pista todavía fresca, la
pista antigua y la que hay entre las dos, con una

vista absolutamente segura! Jamás sufrirá daño alguno en ninguna *keddah* cuando se deslice bajo el vientre de los adultos salvajes para atarles las patas, y si resbala delante de un macho a punto de atacar, ese macho le reconocerá y no le atacará. ¡*Ahiai!* ¡Señores que estáis aherrojados —pasó corriendo ante los postes—, he aquí al pequeño que os ha visto bailar, en vuestros lugares secretos, espectáculo que jamás ha contemplado hombre alguno! ¡Señores, rendidle honores! ¡Saludad a Toomai el de los Elefantes! ¡*Salaam karo*, hijos míos! ¡*Gunga Pershad, aha!* ¡*Hira Guj, Bírchi Guj, Kuttar Guj, aha!* ¡Pudmini, tú que le has visto durante la danza, y tú también, Kala Nag, perla de mis elefantes! ¡Aha! ¡Todos a coro! ¡A Toomai el de los Elefantes, *Barrao!*

A ese grito salvaje, todos los elefantes de la fila elevaron sus trompas hasta la frente, y rompieron en un saludo, el sonido ensordecedor de

sus barritos, que sólo el virrey de las Indias
puede escuchar, el *Salaam* de la *keddah*.

¡Pero esa vez era en honor de Toomai, que
había visto lo que no había conseguido ver
hombre alguno, el baile de los elefantes, por la
noche, él solo, en los montes Garo!

SIVA Y EL SALTAMONTES

(CANCIÓN DE CUNA DE LA MADRE DE
TODMAI)

Siva, sembrador de cosechas y dueño de los
vientos,
sentado al iniciarse un nuevo día, hará mucho
tiempo,
dio a cada uno su parte, comida, trabajo y des-
tino,
desde el rey omnipotente hasta el mas pobre
mendigo.

Todo nos lo ha dado el más alto dios, Siva.

¡Mahadeo! ¡Mahadeo! Lo hizo todo.

Al camello, la joroba, para los bueyes la hierba,

y para ti, mi niño, mi pecho de madre tierna.

Al rico le dio su trigo, y al pobre, su pobre mijo,
migajas al hombre santo, de puerta en puerta
mendigo.

Al tigre buenos rebaños, sucia carroña al buitre,
huesos y trapos al lobo, noches de luna ron-
dando.

Nada muy noble a sus ojos, nada tan feo y tan
malo.

Parbati los vio venir y marchar, estando siem-
pre a su lado,
pensó a su marido engañar, hacerle objeto de
mofa.

Robó un saltamontes, y le hizo en su pecho al-
coba.

Logró engañar así a Siva, el providente,
¡Mahadeo! ¡Mahadeo! Mira despacio. ¿Qué
sientes?

Gigantesco es el camello, enorme el buey en el
prado.

Pero este animal es pequeño, oh mi hijo bien amado.

Cuando se acabó el reparto, ella le dijo riendo: «Señor, alimentaste a millares, y tu olvido entiendo».

Rió Siva y contestó: di a cada uno su parte, también a eso pequeño, con que quisiste engañarme.

Lo sacó de su pecho, Parbati, una engañada ladrona, y vio que el pequeño insecto se fue derecho a una hoja.

Lo vio, se desmayó temblorosa, haciendo oración a Siva, que de nadie se olvidó, a todos dio su comida.

Siva lo ha dado todo, el providente,

¡Mahadeo! ¡Mahadeo! como un regalo...

al camello, la joroba, para los bueyes la hierba, y para ti, mi niño, mi pecho de madre tierna.

Los servidores de Su Majestad

Resolvedlo por fracciones,

o bien por regla de tres.

Pero el estilo de Tweedle-dum

no es el de Tweedle-dee.

Dale al problema mil vueltas,

hasta morir de cansancio.

El estilo Laridon

no es estilo Larida.

HABÍA LLOVIDO TORRENCIALMENTE DU-

RANTE un mes entero. Llovía sobre un cam-

pamento de treinta mil hombres, y de miles de

camellos y elefantes, caballos, bueyes y mulos,

casi amontonados todos en un lugar llamado

Rawalpindi, para que los pasara en revista el

virrey de la India. El virrey recibía la visita del

emir de Afganistán, un rey, pero un rey salvaje

de un país más salvaje todavía. El emir iba

acompañado por una guardia de corps de

ochocientos hombres con sus caballos, que ja-

más habían visto un campamento, ni locomoto-

ras: hombres salvajes y caballos salvajes, nacidos en algún rincón del Asia central. Todas las noches, sin fallar una sola, una manada de estos animales soltaba sus trabas y se precipitaba dando saltos por todo el campamento, en medio del barro y de la oscuridad. O bien los camellos rompían sus ataduras, corrían por todas partes, y tropezaban con las cuerdas de las tiendas. Podéis imaginaros lo encantados que estaban quienes intentaban dormir. Mi tienda estaba lejos del lugar reservado a los camellos y yo la creía libre de todo problema. Pero una noche, un hombre asomó de repente la cabeza y gritó:

—¡Salid inmediatamente! ¡Que vienen! ¡Mi tienda está ya por tierra!

Yo sabía muy bien a quién se refería. Me puse las botas y el impermeable, me precipité fuera de la tienda, y salí corriendo por uno de los lados. La pequeña Vixen, mi fox—terrier, salió

por el otro. Luego oí gruñidos, bramidos, sonidos guturales, como si se tratara de una olla burbujeante, y vi cómo desaparecía mi tienda, roto limpiamente su mástil, y cómo se ponía a bailar cual fantasma loco. Un camello se había empotrado en ella, y aunque me sentía furioso porque me estaba calando, no pude evitar la risa. Luego eché a correr, porque ignoraba cuántos camellos se habían escapado, y me vi enseguida lejos del campamento, avanzando penosamente por el barro.

Acabé por tropezar con la cureña* de un cañón y me di cuenta de que estaba en el acantonamiento de la artillería, donde se guardaban los cañones durante la noche. No quise continuar andando sin ton ni son en medio de la oscuridad y bajo la lluvia, puse mi impermeable sobre la boca de uno de los cañones, me hice una especie de vivac improvisado con la ayuda de dos o tres atacadores que había encontrado por allí,

y me eché cuan largo era en la cureña de otro cañón, preguntándome dónde estaba yo y qué le habría ocurrido a Vixen.

Me disponía a dormir cuando oí el sonido inconfundible de un arnés*, algo parecido a un gruñido de disgusto, y un mulo pasó delante de mí sacudiéndoselas orejas mojadas. Estaba asignado a una batería de cañones desmontables. Me lo certificaba el ruido de correas, anillos, cadenas y otros objetos que llevaba sobre el lomo. Los cañones desmontables son piezas muy bonitas, formadas por dos cuerpos que se unen cuando hay que servirse de ellas. Se transportan a la montaña hasta el último rincón adonde sea capaz de llegar un mulo, y prestan grandes servicios en terrenos rocosos.

Detrás del mulo llegaba un camello —cuyas patas blancas, al hundirse, hacían en el barro un ruido de ventosa— que balanceaba el cuello hacia adelante y hacia atrás, como una gallina

perdida. Felizmente, yo conocía bastante bien el lenguaje de los animales, no el de los salvajes, sino el de los acostumbrados a vivir en campamentos. Me lo habían enseñado los indígenas, para poder enterarme así de lo que contaban.

Debía de tratarse del mismo que se había estrellado contra mi tienda, porque le decía al mulo:

—¿Qué voy a hacer? ¿Adónde ir? Acabo de pelear con una cosa blanca que se agitaba; y ha cogido un palo y me ha golpeado en el cuello — se trataba del mástil de mi tienda, partido, y me gustó saberlo—. Me voy lo mas lejos posible.

—¡Ah!, ¿eres tú? —respondió el mulo—, ¿tú y tus amigos los que habéis sembrado el desorden en el campamento? Muy bien. Eso te va a costar unos buenos golpes mañana por la mañana. Pero yo te voy a adelantar unos cuantos.

Por el ruido de su arnés, noté que el mulo retrocedía. Estampó en el costado del camello una lluvia de coces, que resonaron como sobre un

tambor.

—La próxima vez no te arrojes sobre una batería por la noche, gritando: «¡Al ladrón! ¡A las armas!». Agáchate y no muevas tu estúpido cuello.

El camello se dobló como lo hacen ellos, en escuadra, y se sentó lanzando un suspiro. Se oyó en la oscuridad el rítmico golpear de los cascos de un gran caballo, que galopaba muy tranquilo, como en los desfiles. Saltó por encima de la cureña de un cañón y se acercó al mulo.

—Es una vergüenza —dijo con unos resoplidos con los que descargaba toda su furia—. De nuevo esos despreciables camellos han armado lío en nuestra zona. Y es la tercera vez en una semana. ¿Cómo puede un caballo estar en plena forma si no le dejan dormir? ¿Quién está ahí?

—Soy un mulo que se dedica a transportar cureñas, y me han asignado la del número 2, primera batería desmontable —respondió el mu-

lo—, y el otro es uno de vuestros amigos. ¿Y tú quién eres?

—El número 15, 5.º escuadrón, 9.º de lanceros.
El caballo de Dick Cunliffe. Por favor, hazme un poco de sitio.

—Perdóname —dijo el mulo—. Es una noche tan oscura que no se ve absolutamente nada.
He salido de mi campamento para buscar un poco de paz y calma aquí.

—Señores —dijo humildemente el camello—, hemos tenido pesadillas esta noche y nos ha entrado miedo. Yo no soy más que un camello de carga del 39.º regimiento de la infantería indígena, y no tengo vuestro valor, señores.

—Entonces, por las barbas de Satanás, ¿por qué no te has quedado para llevar el bagaje de la infantería indígena, en vez de correr por todo el campamento? —preguntó el mulo.

—Eran unas pesadillas espantosas —respondió el camello—. Os pido perdón. ¡Escuchad! ¿Qué

es eso? ¿Hay que echar a correr de nuevo?

—Siéntate —le ordenó el mulo—, o te romperás esas largas patas con los cañones —puso las orejas tiesas, prestando la mayor atención—.

Los bueyes —dijo—, los bueyes empleados en la batería. ¡Por todos los demonios! Tú y tus amigos habéis despertado al campamento al completo. Se necesita molestar de veras a un buey de batería para que se ponga de pie.

Me pareció oír una cadena que se arrastraba por el suelo. Llegó una pareja de esos bueyes blancos que acercan los cañones a los sitios a los que no se atreven a llegar los elefantes, al notar cerca el fuego del enemigo. Iban lentos, apoyándose, empujándose con los hombros, casi pisando la cadena. Venía detrás de ellos un mulo de los de batería, que llamó a gritos como loco:

—¡Billy!

—Uno de nuestros reclutas —le presentó el

mulo veterano al caballo de las fuerzas de caballería—. Me llama. Vamos, jovenzuelo, ¿por qué gritas de esa manera? La oscuridad jamás ha hecho mal a nadie.

Los bueyes de batería se pusieron costado contra costado y empezaron a rumiar. Pero el mulo novato se precipitó hacia Billy.

—¡Qué cosas! —exclamó—. Billy, cosas espantosas y horribles. Llegaron hasta nuestras filas mientras dormíamos. ¿Crees que nos matarán?

—Tengo ganas de propinarte unas coces que me dejen a gusto —le respondió Billy—. ¡Que un mulo enorme como tú, formado como estás, deshonre a la batería delante de este señor!

—Tranquilo, tranquilo —suplicó el caballo—.

Recuerda que son todos igual al principio. La primera vez que vi a un hombre (fue en Australia y tenía yo entonces tres años), eché a correr y no paré en medio día, y si hubiera visto a un camello, todavía seguiría corriendo. Casi todos

los caballos de nuestra fuerza de caballería, en la India, son importados de Australia, y los doman los mismos jinetes.

—Es cierto lo que dices —cedió Billy—. Deja de temblar, jovencito. La primera vez que me pusieron el arnés completo, con todas sus cadenas, sobre la espalda, me levanté sobre las patas delanteras, empecé a dar coces y tiré todo por tierra. No sabía prácticamente nada sobre el arte de cocear, pero los de la batería dijeron que jamás habían visto algo parecido.

—Pero no era un arnés, ni cosa que haga ruido. Sabes, Billy, que eso me trae ya sin cuidado. Eran cosas como árboles, y caían por todo el campamento, burbujeando. Se me rompió la cabezada y no pude encontrar a mi encargado, Billy. Entonces huí con... estos señores.

—¡Hummm! —rezongó Billy—, en cuanto vi que los camellos se habían escapado, me fui por propia iniciativa, pero con mucha tranquilidad.

Para que un mulo de batería... o, más bien, de cañón desmontable llame señores a los bueyes, tiene que estar seriamente tocado de la cabeza. ¿Quiénes sois vosotros, vosotros, los que estáis tumbados?

Los bueyes dieron la vuelta al bolo alimenticio en la boca, y respondieron a la vez:

—7.a pareja, 1.a pieza de artillería de grueso calibre. Estábamos durmiendo cuando llegaron los camellos. Cuando nos dimos cuenta de que no respetaban nada y a nadie y estaban a punto de pisotearnos, nos levantamos y nos fuimos.

Es mejor descansar tranquilos en el barro, que mal sobre una buena cama de paja. Le hemos dicho a vuestro amigo aquí presente que no tenía nada que temer, pero es tan sabio que le ha parecido mejor seguir su propia opinión.

¡Qué le vamos a hacer!

Y siguieron rumiando.

—Fíjate lo que pasa cuando se tiene miedo —

dijo Billy—. Uno se convierte en objeto de mofa hasta para bueyes de batería. Espero que eso te guste, pequeño.

El mulo joven apretó los dientes, y le oí decir algo así como que el no tenía miedo de ningún viejo y asqueroso buey de batería. Pero los bueyes se limitaron a entrechocar sus cuernos y continuaron rumiando.

—Bueno, no te enfades. Esa sí que es la peor de las cobardías —trató de apaciguar los ánimos el caballo—. A cualquiera se le puede perdonar por tener miedo ante lo que no se comprende.

Nosotros nos hemos escapado en muchas ocasiones, y una vez nada menos que cuatrocientos de entre nosotros, porque un recluta empezó a contarnos historias de serpientes—látigo, que hay en nuestra tierra, Australia, y que son muy peligrosas. Nos moríamos de miedo con sólo ver el cabo suelto de nuestras cabezadas.

—Todo eso está muy bien en el campamento —

dijo Billy—. No me resisto al inmenso placer que produce una desbandada después de haber estado uno o dos días sin salir. Pero ¿qué hacéis cuando estáis en servicio activo?

—Bueno, eso es otro asunto. Cuando me encuentro en esa circunstancia, mi jinete es Dick Cunliffe, que me hunde las rodillas en los costados. Sólo tengo que vigilar dónde pongo los cascos, mantener las patas traseras debajo del cuerpo y obedecer la brida.

—¿Qué quiere decir obedecer la brida? — preguntó el mulo joven.

—¡Esto sí que es bueno, por lo más sagrado que haya en el mundo! —le contestó el caballo con aire desdeñoso—. ¿Quieres decir que no os enseñan a obedecer la brida? ¿Cómo podéis ser buenos en nada si no sabéis dar la vuelta en redondo, cuando sentís que una de las riendas os aprieta en una parte del cuello? Es una cuestión de vida o muerte para vuestro hombre y,

naturalmente, también para vosotros. Cuando sientas la rienda en tu cuello tienes que girar en redondo con las patas traseras bajo la horizontal del cuerpo. Si no tienes sitio suficiente, levántate sobre las patas traseras, y entonces da la vuelta apoyándote en ellas. Eso es saber obedecer la brida.

—Eso no es lo que nos enseñan —le replicó Billy con mucha frialdad—. Se nos enseña a obedecer a nuestro guía. A pararnos a una orden suya, y a avanzar cuando nos lo mande. Supongo que en el fondo es lo mismo. Pero ¿a qué vienen esas bellas maniobras y figuras de carrusel, que deben ser malísimas para vuestros jarretes*? De verdad, ¿para qué os sirven?

—Eso depende —respondió el caballo—. A menudo tengo que hacer cargas contra multitudes furiosas, vociferantes, masas de hombres hirsutos, armados con cuchillos largos, brillantes, peores que las herramientas del herrador, y

tengo que estar atento para que la bota de Dick
llegue a tocar la del hombre que va a su lado,
pero sin apretarla. Veo la lanza de Dick a la
derecha de mi ojo derecho, y me siento seguro.
No me gustaría ser el hombre o el caballo que
quiera detenernos, a Dick y a mí, cuando nos
encontremos en aprietos.

—Pero los cuchillos deben haceros mucho mal —
—dijo el mulo joven.

—Bueno, en una ocasión me rajaron el pecho,
pero Dick no tuvo la culpa...

—Yo habría dejado de preocuparme de quién
era la falta, en cuanto hubiera sentido la herida
—dijo el joven mulo.

—Un grave error —contestó el caballo—. Si no
tienes confianza en tu hombre, es mejor que te
retires inmediatamente, y a toda velocidad. Así
se comportan algunos de mis colegas, y no se lo
reprocho. Como he dicho, no era culpa de Dick.
Nos topamos con un hombre tendido en el sue-

lo, y me estiré cuanto pude para no pisotearlo.

Pero me hizo un tajo con su cuchillo. La próxima vez que vea un hombre en tierra le pondré los cascos encima, y bien fuerte.

—¡Hummm! —gruñó Billy—, eso me parece totalmente absurdo. Los cuchillos son unos instrumentos asquerosos, mírelos por donde se los mire. Lo más interesante es subir montañas, llevando la silla perfectamente sujeta y equilibrada, aferrarse al suelo con las cuatro patas, y hasta con las orejas, avanzar paso a paso haciéndose bien pequeño, para llegar al fin, dominando todo el mundo desde centenares de metros de altura, a una cornisa donde existe el sitio justo para apoyar los cascos. Entonces te quedas totalmente quieto y en silencio —ni siquiera sueñes que un hombre te sujete la cabeza, chico—, en silencio mientras montan los cañones, después de lo cual se ve cómo los diminutos obuses caen por encima de las copas

de los árboles haciendo «buuum», lejos, muy lejos, muy abajo.

—¿Y nunca habéis dado un paso en falso? —le preguntó el caballo.

—Se dice que cuando una mula de batería resbale y se despeñe, hay que celebrarlo partiendo la oreja de una gallina —contestó Billy—. De cuando en cuando quizá una albarda mal cargada haga perder el equilibrio a un mulo, pero es muy raro. Me gustaría enseñarte lo que hacemos. Es magnífico. He tardado tres años en comprender lo que querían los hombres. La sabiduría del oficio consiste en no ponerse nunca de perfil a cielo abierto, porque entonces puedes muy bien convertirte en blanco de los fusiles enemigos. Permanece a cubierto siempre que sea posible, incluso si eso significa desviarte una milla. A mí me toca guiar la batería cuando se escala así.

—¡Servir de blanco sin poder lanzarte sobre los

que te están tiroteando! —dijo el caballo, reflexionando profundamente—. Yo no lo soportaría. Me volvería loco por atacar con Dick como jinete.

—Las cosas no son así. En cuanto están en posición, las piezas de cañón se ocupan de cargar. Es científico y limpio. Pero los cuchillos, ¡qué porquería!

El camello balanceaba la cabeza impaciente, intentando intervenir en la conversación. Luego, le oí, después de haberse aclarado la garganta, y con un tono en el que se adivinaba la timidez, inseguro:

Yo he... yo he... hecho un poco la guerra, pero no escalando y corriendo como vosotros.

—Eso es evidente y lo sabemos todos. Y, puesto que te has decidido a hablar, te digo que no tienes aire ni de escalador ni de corredor. Eres poca cosa. ¿Qué pasó, viejo fardo de heno?

—Pues que hicimos las cosas como hay que

hacerlas —respondió el camello—. Nos echamos todos...

—¡Vaya, por mi grupera* y mi pretal*! — rezongó el caballo en voz baja—. ¡Echarse al suelo!

—Nos echamos cien en el suelo, formando un gran cuadrado —continuó el camello—. Los hombres apilaron los fardos y las sillas que llevábamos en los lados del cuadrado, y disparaban por encima de nuestros lomos. Y lo hacían desde los cuatro lados del cuadrado.

—¿Y quiénes eran esos hombres? ¿Los primeros que se presentaron como reclutas? —preguntó el caballo—. También a nosotros, en la escuela de equitación, nos enseñan a echarnos, y a permitir que nuestros jinetes disparen por encima de nosotros. Pero yo sólo me fío de Dick Cunliffe. Me hace cosquillas junto a la cincha para que me tumbe y, además, con la cabeza en tierra no puedo ver.

—Pero ¿qué importa quién dispare por encima de tu cuerpo? —dijo el camello—. Hay montones de hombres y de camellos cerca de uno, y enormes nubes de humo. Entonces no me asusto. Me limito a sentarme y esperar.

—Y, sin embargo —dijo Billy—, tienes pesadillas por la noche y conviertes el campamento en un pandemonium. ¡Bien! ¡Bien! Antes de echarme al suelo, tanto más de sentarme, y de permitir que un hombre dispare por encima de mí, mis patas y su cabeza tendrían algo que decirse. ¿Habéis oído en vuestra vida algo tan espantoso, tan ridículo y tan sin sentido como esto?

Se hizo un gran silencio, y luego uno de los bueyes levantó su impresionante cabeza.

—Lo que decís no tiene ni pies ni cabeza —dijo—. Hay una sola manera de combatir.

—Vaya, adelante —comentó Billy—. Que no te preocupe mi presencia. Supongo que vosotros,

amigos, combatís de pie, y apoyados sobre vuestra cola.

—Sí, sólo hay una forma —dijeron los dos a la vez. Deberían haber sido gemelos—. Y es ésta: uncirnos las veinte yuntas* que somos al cañón grande en cuanto Dos Colas barrita.

Dos Colas es el mote que se emplea en el campamento para referirse al elefante.

—¿Y por qué barrita?

—Para decirnos que no dará un paso más hacia la humareda que tiene enfrente. Dos Colas es un cobarde total. Nosotros somos los que, todos a una, empujamos el gran cañón. ¡*Heeya*, ¡*Hullah!*, ¡*Heeya!* , ¡*Hullah!* Ni escalamos como gatos, ni corremos como terneros. Las veinte yuntas de mi grupo avanzamos por la llanura, tan plana como la palma de la mano, hasta que nos desuncen de nuevo, y pastamos cuando el gran cañón le habla a través de la llanura a alguna ciudad de paredes de adobe, y los muros

saltan por los aires, y sube una enorme polvareda como si muchas vacadas volvieran al establo.

—¿Y entonces es cuando más os gusta pastar? —
—preguntó el mulo joven.

—Entonces o luego. Comer siempre está bien.

Comemos hasta que nos uncen de nuevo al yugo y desplazamos el cañón hasta donde lo espera Dos Colas. A veces, en las ciudades hay grandes cañones que responden al fuego del nuestro y matan a algunos de nosotros. Se trata del destino, únicamente de eso. Pero, de todas formas, Dos Colas es un grandísimo cobarde.

La nuestra es la manera más adecuada de pelear. Nosotros somos hermanos, hijos de Hapur.

Nuestro padre fue un buey sagrado de Siva.

Hemos dicho lo que teníamos que decir.

—Bien, ciertamente he aprendido algo esta noche —dijo el caballo—. Vosotros, los señores de la batería de los cañones desmontables, ¿tenéis

el humor suficiente como para comer cuando estáis bajo el fuego, mientras os espera Dos Colas, que se ha quedado atrás?

—Casi la misma alegría que sentimos cuando tenemos que echarnos por tierra, y dejar que los hombres se tumben sobre nosotros, o cuando nos lanzamos contra multitudes armadas de cuchillos. Nunca había oído tonterías semejantes a las que he escuchado esta noche. Una cornisa junto a un precipicio en la montaña, una carga bien equilibrada, un mulero que me deje seguir mi camino, y seré yo el primero que se ofrezca para todo. Pero del resto de lo dicho, ¡ni hablar! —casi gritó Billy golpeando la tierra con uno de sus cascos.

—Naturalmente —quiso aclarar el caballo—, no estamos todos hechos de la misma madera, y veo que a los de vuestra familia, por línea paterna, les costaría entender muchas cosas.

—No admito que os metáis con la línea paterna

de nuestra familia —respondió Billy encolerizado—, porque a ningún mulo le gusta que le recuerden que su padre fue un asno. Mi padre era un caballero del sur, capaz de derribar, de morder y dejar para el arrastre a cualquier caballo que se le cruzara en el camino. No lo olvides nunca, tú, gran *brumby* marrón.

La palabra *brumby* se emplea para calificar a un caballo salvaje, sin modales. Y os podéis imaginar lo que el insulto significó para el caballo de Australia. Vi cómo brillaba en la oscuridad el blanco de sus ojos.

—Dime, hijo de un garañón importado de Málaga —la frase le salió de entre unos dientes apretados de rabia—. Quiero que sepas que estoy emparentado, por línea materna, con Carbine, ganadora de la copa de Melbourne. Y en mi tierra no solemos dejarnos pisotear por un mulo que habla como los loros; pero sus palabras salen de su cabeza de cerdo, y no les

queda más remedio que pertenecer a una batería de cerbatanas*, esos juguetes que entretienen a los niños. ¿Estás preparado?

—¡De pie, sobre las patas traseras! —gritó Billy con voz estridente.

Los dos adoptaron la misma postura, estaban cara a cara, y yo esperaba un combate a muerte, cuando en la oscuridad, hacia la parte derecha, se oyó una voz gutural y profunda.

—Chicos —dijo—, ¿por qué os peleáis? Tranquilos.

Los dos animales bajaron las patas a la vez, bufando de disgusto, porque ni el caballo ni el mulo pueden soportar la voz de un elefante.

—¡Es Dos Colas! —dijo el caballo—. No puedo aguantarlo. Tener una cola a cada extremo del cuerpo no es justo.

—Lo mismo pienso yo —dijo Billy, apretándose contra el caballo para no sentirse solo—. Nosotros nos parecemos mucho en ciertos rasgos.

—Supongo que los habremos heredado de nuestras madres —respondió él caballo—. ¿Por qué vamos a pelearnos? Oye, Dos Colas, ¿estás atado?

—Sí —respondió el riéndose con toda la trompa—. Me han atado a los postes para pasar la noche. He escuchado lo que decíais. No tengáis miedo. Me quedo donde estoy.

Los bueyes y los camellos exclamaron casi en voz alta:

—¿Miedo de Dos Colas? ¡Qué absurdo!

—Sentimos que nos hayas oído —añadió el buey—, pero es verdad. Dos Colas, ¿por qué tenéis miedo de los cañones cuando disparan?

—Bueno —dijo Dos Colas frotándose las patas traseras, como el niño que recita una poesía—. No sé si llegaréis a comprender lo que os voy a contar.

—Nosotros no comprendemos, pero debemos arrastrar los cañones —respondieron los bue-

yes.

—Lo se. Y sé que sois más valientes de lo que pensáis. Pero es que yo soy muy diferente. El otro día, el capitán de mi batería me llamó paquidermo anacrónico.

—Supongo que se refería a la manera tan particular que tienes de combatir —dijo Billy, que había recuperado su— valor.

—Naturalmente, tú no tienes ni idea de lo que eso significa, pero yo sí. Eso significa, más o menos, que ni una cosa ni otra, y eso es exactamente lo que yo soy. Puedo ver con toda claridad lo que sucederá si estalla un obús. En cambio, vosotros, los bueyes, no poseéis esa capacidad.

—Yo sí —dijo el caballo—. Al menos, algo. Y procuro no pensar en ello.

—Yo soy capaz de ver más que tú, y no puedo evitar pensarlo. Sé, que en mi caso, tengo que vigilar una masa de un volumen enorme, y que

nadie me cuidará si caigo enfermo. No pagarían a mi cornac hasta mi recuperación, pero no puedo fiarme de él.

—Pues yo sí —le respondió el caballo—. Ahora está todo claro. Yo puedo fiarme completamente de Dick. —Podéis ponerme encima del lomo un regimiento de Dicks sin que por eso consiguiera sentirme mejor. Sé más que de sobra para sentirme incómodo, y no lo suficiente como para seguir adelante como si no lo supiera.

—No comprendemos —dijeron los bueyes.

—Lo sé. No os hablo a vosotros. No tenéis ni idea de lo que es la sangre.

—Te equivocas —respondieron ellos—. Sí que lo sabemos. Es una cosa roja que empapa el suelo y que huele.

El caballo resopló, dio un brinco, y finalmente hizo un corcovo*.

—No habléis de la sangre. Sólo con oír esa palabra puedo olerla. Y ese olor me produce un

deseo incontenible de salir huyendo cuando

Dick no me monta.

—Pero aquí no hay sangre por ninguna parte —
dijeron el camello y los bueyes—. ¡Qué tonto
eres!

—Es algo sucio —dijo Billy—. Yo no siento la
necesidad de echar a correr, pero tampoco quie-
ro hablar de ello.

—¡Eso es, aquí está! —dijo Dos Colas menean-
do el rabo a manera de explicación.

—Pues claro que estamos aquí —dijeron al uní-
sono los bueyes—. Llevamos toda la noche.

Dos Colas golpeó la tierra con una fuerza tal
que la anilla de hierro que llevaba empezó a
tintinear.

—¡Pareja de necios! No hablaba de vosotros.

Sois incapaces de ver lo que hay dentro de
vuestras cabezas.

—Es verdad. Vemos con nuestros cuatro ojos lo
que hay fuera de nosotros —dijeron los bueyes—

—. Vemos lo que hay frente a nosotros.

—Si yo pudiera hacer lo mismo, únicamente eso, no os necesitarían para arrastrar los cañones. Si yo fuera como mi capitán... el ve las cosas en su cabeza antes de disparar. Tiembla de los pies a la cabeza, pero es demasiado inteligente para huir. Si yo fuera como él, sería capaz de arrastrar los cañones. Pero si yo supiera tanto, jamás me habría metido en este embrollo.

Sería un rey en el bosque, como lo era antes.

Pasaría la mitad del día durmiendo y me bañaría cuando me apeteciera. Hace ya un mes que no me he dado un buen baño.

—Todo eso es muy bonito —dijo Billy—, pero poner a una cosa un nombre interminable, como paquidermo anacrónico, no la remedia.

—Calla —le contestó con aspereza el caballo—.

Me parece que empiezo a entender lo que dice Dos Colas.

—Lo comprenderás mejor dentro de un minuto

—contestó el hecho una furia—. Vamos, ¿quieres explicarme por qué no te gusta esto?

Se puso a barritar furiosamente, con la máxima potencia de que era capaz.

—¡Para! —dijeron a la vez Billy y el caballo.

Sentí que golpeaban el suelo y que se estremecían. El barrito del elefante es siempre desagradable, sobre todo en una noche oscura.

—¿No? —respondió Dos Colas—. ¿No me lo vais a explicar? ¡Hhhrrmph! ¡Rrrt! ¡Rrrmph! ¡Rrrhha!

Luego se paró de repente. Oí un pequeño vagido en la oscuridad y me di cuenta inmediatamente de que Vixen me había encontrado. Ella sabía tan bien como yo que si hay algo en el mundo que asuste más al elefante, es el ladrido de un perro pequeño. Vixen se detuvo para molestar a Dos Colas y se puso a corretear alrededor de sus enormes patas. Él las movía, mientras lanzaba unos gritos agudos.

—¡Vete de aquí, perro asqueroso! —le chilló

Dos Colas—. Si sigues oliéndome los tobillos, te

soltaré una patada. Perrito valiente... perrito

simpático. ¡Venga, venga! Tumbate, pequeña

bestia sucia. ¿Por qué no la retiráis de aquí?

¡Fijaos, me va a morder!

—Me parece —dijo Billy al caballo— que nues-

tro amigo Dos Colas tiene miedo de casi todo.

Si me hubieran dado una buena comida por

cada perro que, de una coz, he hecho atravesar,

dando volteretas, el campo de maniobras, a

estas horas estaría tan gordo como Dos Colas.

Silbé, y Vixen se me acercó, totalmente emba-

rrada, me lamió la nariz, y me contó cómo

había recorrido todo el campamento buscán-

dome. Nunca le había revelado que yo com-

prendía el lenguaje de los animales, pues se

habría tomado todas las libertades del mundo.

La levanté con mis brazos y la apreté contra mi

pecho, abotonándome el abrigo por encima de

ella, mientras Dos Colas se agitaba, golpeaba el suelo y gruñía para sus adentros.

—¡Es extraordinario! ¡Sencillamente extraordinario! Es algo genético, de familia. Pero ¿dónde está ahora esa bestia pequeña y maligna? —oí que palpaba la oscuridad con la trompa.

—Se diría que todos tenemos nuestras debilidades, cada uno la suya —continuó, mientras se sonaba la trompa—. Vosotros, caballeros, os alarmasteis cuando me puse a barritar.

—No nos hemos alarmado exactamente —respondió el caballo—, pero pensé que tenía en el lomo un avispero en vez de una silla. No empieces otra vez.

—Yo tengo miedo de un perro faldero, y al camello le asustan las pesadillas.

—Tenemos la suerte de no vernos obligados a luchar todos de la misma manera —dijo el caballo.

—Lo que a mí me gustaría saber —señaló el

joven mulo, que estaba callado desde hacía mucho tiempo— es, sencillamente, por qué tenemos que luchar.

—Porque nos lo mandan —explicó el caballo, indignado.

—Las órdenes —añadió Billy el mulo, rechinando los dientes.

¡Hukm hai! (es una orden) —dijo el camello, con un gargarismo.

¡Hukm hai! —repitieron Dos Colas y los bueyes.

—Sí, pero ¿quién da las órdenes? —preguntó el mulo joven, que era un recluta reciente.

—El hombre que se encarga de ti. O el que llevas sobre tu lomo. O el que te guía. O el que puede retorcerte la cola —le explicaron Billy, el caballo, el camello y los bueyes, cada uno por turno.

—Pero ¿quién les da a ellos las órdenes?

—Bueno, quieres saber demasiado, jovenzuelo

—le contestó Billy—, una excelente forma de

que te tundan a patadas. Sólo debes obedecer al hombre que te tiene a su cargo, sin hacer preguntas.

—Perfecto —aseveró Dos Colas—, yo no puedo obedecer porque no veo claro nada, pero Billy tiene razón. Desobedece las órdenes y detendrás toda la batería, con lo que te ganarás una buena tunda.

Los bueyes se levantaron para salir.

—Está a punto de amanecer —dijeron—. Vamos a llegarnos a nuestro campamento. Es cierto que nosotros solamente vemos con nuestros ojos, y que no somos demasiado inteligentes, pero eso no importa, porque somos los únicos que esta noche no hemos tenido miedo. Buenas noches, valientes.

Nadie respondió, y el caballo preguntó para cambiar de conversación:

—¿Dónde está el perrillo? Donde hay un perro, siempre hay un hombre cerca.

—Estoy aquí —ladró Vixen, bajo la cureña—, y con mi amo. Oye, camello estúpido y patudo, tú nos echaste abajo la tienda, y mi amo está furioso.

—¡Uau! —exclamaron los bueyes—. Debe ser un blanco.

—Por supuesto —replicó Vixen—. ¿Pensabais que me cuidaba un boyero negro?

¡Huah! ¡Ouack! ¡Ugh! —exclamaron de nuevo los bueyes—. Vámonos inmediatamente.

Empezaron a andar a toda prisa sobre el barro, y no sé cómo se las arreglaron para que su yugo se quedara enganchado en la vara de una carreta de municiones.

—Lo habéis conseguido —Billy no pudo contener su sorna—. Es inútil que lo intentéis. Os vais a quedar así, bloqueados, hasta al amanecer. ¡Santo Cielo! ¿Quién la ha tomado con vosotros?

Los bueyes empezaron a lanzar esos bufidos

prolongados, sibilantes, característicos del ganado vacuno de la India. Empujaban, se apretaban el uno contra el otro, golpeaban el suelo, se resbalaban, casi se cayeron al suelo, embarrado, gruñendo con furia.

—Os vais a romper el cuello en cualquier momento —aseguró muy serio el caballo—. ¿Pues qué tienen los blancos? Yo vivo bien con ellos.

—Comen... ¡Nos comen! ¡Tira! —exclamó el buey de la izquierda. El yugo se rompió con un ruido seco, y se alejaron los dos con una marcha pesada.

Hasta entonces, nunca había comprendido por qué el ganado vacuno en la India tiene tanto miedo a los ingleses. Nosotros comemos carne de buey, cosa que no hace ningún boyero, y, naturalmente, eso no les sienta bien a las bestias.

—¡Que me azoten con las cadenas de mi arzón! ¿Quién se habría imaginado que dos gordinflo-

nes como ellos perderían la cabeza? —le salió a Billy.

—¿Y eso qué importa? Yo voy a echar un vistazo a ese hombre blanco. La mayoría lleva cosas en los bolsillos —se oyó al caballo.

—Después de lo que has dicho, te dejo solo.

Tampoco yo puedo decir que les quiera demasiado. Además, los blancos que no tienen un lugar donde dormir son casi siempre ladrones, y llevo cantidad de cosas sobre el lomo que son propiedad del Estado. Vente conmigo, jovenzuelo, que vamos a llegarnos juntos hasta nuestro rincón. ¡Buenas noches, Australia! Supongo que volveremos a vernos mañana durante la revista. ¡Buenas noches, viejo fardo de paja! A ver si intentas controlar tus miedos, ¿eh? Buenas noches, Dos Colas. Si pasas junto a nosotros mañana, durante la revista, no te pongas a barritar. Eso desordenaría nuestras líneas.

Billy, el mulo, se fue con los andares característicos de los veteranos, entre

derrengado y des-

enfadado. Mientras tanto, el caballo apoyó su morro contra mi pecho. Le di unas cuantas galletas, y Vixen, que es la perrilla más vanidosa del mundo, aprovechó la ocasión para contarle mentirijillas sobre las docenas y docenas de caballos que ella y yo teníamos a nuestro cargo.

—Mañana iré a la revista en mi coche de dos ruedas —quiso impresionarle—. ¿Dónde estarás tú?

—En el flanco izquierdo del 2.º escuadrón. Yo marco la cadencia a todo mi pelotón, señorita —respondió él muy cortésmente—. Ahora me voy, porque debo encontrar a Dick. Tengo la cola llena de barro y necesitará dos horas de duro trabajo para prepararme para la revista.

La gran revista de treinta mil hombres, con todo su equipamiento, se celebró por la tarde.

Vixen y yo ocupamos un buen sitio, muy cerca del virrey y del emir de Afganistán, cubierta su

cabeza con un alto y fuerte gorro de astracán, y en medio de él, la gran estrella de diamantes.

La primera parte de la revista transcurrió a pleno sol. Desfilaron los regimientos, oleadas sucesivas de piernas, en perfecto acompasamiento y con los fusiles alineados sin un solo fallo. Una visión que casi producía vértigo. Luego llegó la caballería a medio galope, acompañada por una bella tonada, *Bonnie Dundee*. Vixen, orgullosa en su carruaje, levantó las orejas para oírla mejor.

El 2.º escuadrón de lanceros pasó a toda velocidad, y entre ellos, el caballo de la noche anterior, con su cabeza casi apoyada en el pecho, con una oreja hacia delante y la otra hacia atrás, marcando el paso al resto del escuadrón, moviendo las patas a ritmo de vals. Vinieron a continuación los cañones, y vi a Dos Colas, y a otros elefantes, arrastrando un cañón de asedio, de los que disparan obuses de veinte kilos, seguidos por veinte parejas de bueyes. La séptima

llevaba un yugo nuevo y parecía avanzar con más pereza de la normal, fatigada. Al final desfilaron los cañones desmontables. Billy el mulo tenía un aire orgulloso, como si fuera el comandante en jefe. Su arnés estaba perfectamente engrasado y cepillado. Brillaba. Yo lancé un ¡hurra!, que nadie coreó, por Billy el mulo, pero no miró ni una sola vez ni a derecha ni a izquierda.

Empezó a caer la lluvia, y durante un rato una cortina de niebla impidió ver los movimientos de las tropas. Habían descrito un gran semicírculo en la llanura y se des plegaban en un solo frente. La línea fue creciendo, creciendo, creciendo, hasta cubrir un kilómetro de un extremo a otro, una muralla compacta de hombres, caballos y cañones. Entonces, la muralla empezó a avanzar directamente hacia donde se encontraban el virrey y el emir y, a medida que se aproximaba, el suelo echó a temblar, como el

puede de un barco con los motores a toda potencia.

Si no se ha asistido a una revista parecida, uno no puede imaginarse la impresión aterradora que este avance de las tropas causa a los espectadores. Yo miraba al emir. Hasta entonces no había cruzado su rostro la más mínima sombra de sorpresa, ni de ningún otro sentimiento. Pero, de repente, sus ojos empezaron a abrirse, cogió con fuerza las riendas de su caballo, y miró a su espalda. Por un instante se pudo hasta pensar que iba a desenvainar su espada y abrirse paso entre la multitud inglesa, hombres y mujeres que se encontraban en sus carruajes, detrás de él. Luego, la muralla se paró de golpe, el suelo dejó de temblar, el frente entero de las tropas saludó, y treinta bandas de música empezaron a tocar a la vez. La revista había terminado, y los regimientos volvieron a sus campamentos bajo la lluvia, mientras una banda de

infantería atacaba el himno siguiente:

Avanzaban los animales de dos en dos.

¡Hurra!

Avanzaban los animales de dos en dos.

El elefante y el mulo de batería,

y entraron todos en el Arca,

buscando protección del agua fría.

Después oí a uno de los jefes asiáticos, de cabellos grises, que había venido con el emir desde el norte del país, preguntar a un oficial indígena:

—Dime, ¿cómo se ha conseguido este prodigio?

—Se ha dado una orden y luego se ha acatado.

—¿Pero es que los animales son tan inteligentes como los hombres? —preguntó de nuevo el jefe.

—Obedecen, como los hombres. El mulo, el caballo, el elefante, el buey, todos obedecen a sus encargados, éste a su sargento, éste a su teniente, éste a su capitán, éste a su comandante, éste a su coronel, éste a su brigadier con sus

tres regimientos, el brigadier a su general, que obedece al virrey, que está al servicio de la emperatriz. Las cosas hay que hacerlas así.

—¡Si hubiera algo parecido en Afganistán! — exclamó el jefe—. Allí nadie obedece más que su propia voluntad.

—Y por eso —comentó el oficial indígena retorciéndose el bigote—, vuestro emir, a quien no obedecéis, debe presentarse aquí para obedecer las órdenes de nuestro virrey.

CANCIÓN DE LOS ANIMALES DEL CAMPAMENTO DURANTE LA REVISTA LOS ELEFANTES DE LOS CAÑONES

Prestamos a Alejandro nuestra fuerza,
la ciencia en nuestros cuerpos y cabeza.
Nuestros cuellos, dispuestos siempre al servicio,
jamás gozaron de libertad o beneficio.
Paso a los altos elefantes y a sus inmensos
arreos,

arrastrando cañones, sembradores de muerte y
de miedo.

LOS BUEYES DE LA ARTILLERIA

Héroes de arneses que esquivan las balas,
la pólvora se os cuela en las entrañas.

Entramos en acción y nos siguen los cañones.

Apartaos, que llegan veinte parejas.

Arrastran atalajes, ya no viven de emociones.

CABALLOS DE LA FUERZA DE CABALLERÍA

Nos marcó el hierro para ser mejores,
y gozan de nosotros, húsares, lanceros.

Mejor que establos o abrevaderos,
la canción de Bonnie Dundee, nuestro supremo
consuelo.

Dadnos luego de comer, mucha doma y mil
cuidados,
inteligentes jinetes, tierra abierta a los espacios.

Formemos escuadrones en columna bien perfecta,

¡y veréis galopes locos con las notas de Bonnie
Dundee!

LOS MULOS DE LA ARTILLERÍA DE MON- TAÑA

Trepábamos monte arriba mis compañeros y
yo.

No había sendero ante nosotros, pero seguimos,
corazón y cascos y a hacer nuestro cualquier
sitio.

Y en la cima, las grandes ilusiones del honor.

Nos encantan las alturas y dicen que nos sobran
patas.

Buena suerte al sargento que nos deja libertad
para encontrar el camino, mala a los malos car-
gadores.

Sabemos manejarnos en lugares y terrenos im-
posibles,

Nos encantan las alturas y dicen que nos sobran
patas.

LOS CAMELLOS DE INTENDENCIA

No hay un himno que a los camellos
nos ayude a avanzar.

Nuestros cuellos, auténticos trombones,
tralala, tralala, sonoridad de trombones.

Y nuestra canción de marcha
es ¡ni puedo, ni quiero, ni haré, no!

Que lo oiga la línea entera.

¿Quién ha perdido la carga?

¿Por qué no ha sido la mía?

Cayó la carga al camino.

Viva el alto y la algarada.

¡Urr! ¡Yarth! ¡Grr! ¡Arch!

A palos le parten a uno el alma.

TODOS LOS ANIMALES A CORO

Nacimos, vivimos en campamentos,
y hay para todos un rango.

Hijos del yugo, aguijada,
arneses, miles de petos y cargas.

Destensada está la cuerda;
nuestras filas, una marea ondulante,

con prisas de ir a la guerra.

Siempre los hombres a nuestro lado,
polvorientos, ojos de sueño y vigili-
as, ignoran como nosotros, por qué
seguir con frío y con sed, es una ley.

Nacimos, vivimos en campamentos,
y hay para todos un rango.

Hijos del yugo, aguijada,
arneses, miles de petos y carga.

GLOSARIO

A

ADVENEDIZO: Persona que se introduce en un grupo social o llega a ocupar una posición que, en opinión de los que ya estaban allí, no le corresponde por su condición o por sus méritos.

ÁGATA: Variedad del cuarzo, dura, translúcida y con franjas o capas de varios colores.

AGUIJADA: Vara larga con una punta de hierro en uno de los extremos que se usa para picar a los bueyes y otros animales.

ARBOLADURA: Conjunto de palos que sostienen las velas en una embarcación.

ARIETE: Antigua máquina militar que se utilizaba para derribar puertas y murallas y que estaba formada por una viga Larga y pesada reforzada en uno de sus extremos por una pieza de hierro o bronce, generalmente en forma de cabeza de carnero.

ARNÉS: Conjunto de armas de acero defensivas que se ajustaban al cuerpo asegurándolas con hebillas y correajes. También se refiere a las guarniciones o conjunto de correas y otros objetos que se ponen a las caballerías para que tiren de un carruaje, para montarlas o para cargarlas.

ARPEGIOS: Sucesión más o menos acelerada de los sonidos que, cuando se tocan simultáneamente, forman un acorde.

AURORA BOREAL: En las tierras del lejano norte, la aurora boreal, también conocida como luces del norte, es un fenómeno siempre sor-

prendente, fantasmagórico, de pura magia. Se cree que aparece por unas misteriosas fuerzas magnéticas. Sus formas son impresionantes, de intensos colores, pero sólo durante breves momentos.

B

BARRITAR: Referido a los elefantes o al rinoceronte: dar barritos o emitir su voz característica.

BASALTO: Roca volcánica de color negro o verdoso, muy dura, que procede de la fusión de materiales de las capas profundas del manto superior de la corteza terrestre.

BAYONETA: Arma blanca de doble filo con forma de cuchillo, que se ajusta al cañón de un fusil y sobresale de su boca.

BRAZA: En el sistema anglosajón, unidad de longitud que equivale aproximadamente a 1,8 metros.

C

CABO DE BUENA ESPERANZA: Situado en la

punta del continente africano, al lado de Ciudad del Cabo.

CABO CORRIENTES: Cabo mexicano, situado entre Guadalajara y Colima.

CABO DE HORNOS: Cabo situado en la punta de Suramérica.

CADILLOS: Planta umbelífera, muy común en los campos cultivados, que crece hasta unos 30 centímetros de altura; hojas anchas y flores de color rojo o purpúreo.

CENADOR: En un jardín, espacio, generalmente redondo, cercado y revestido de plantas trepadoras, y que suele estar destinado a actividades de esparcimiento.

CERBATANAS: Canuto o tubo estrechos y huecos, en los que se introducen flechas u otros proyectiles para dispararlos soplando por uno de sus extremos.

CISTERNAS: Depósitos de agua, bien sea para un retrete, o para transportar líquidos.

CORCOVO: Salto que dan algunos animales encorvando el lomo.

CORNALINA: Ágata de color de sangre o rojiza.

CORRALIZA: Corral, o pocilga.

CUREÑA: Armazón con ruedas sobre el que se monta el cañón de artillería.

E

EMPALIZADA: Valla hecha de palos o de estacas clavadas en el suelo.

F

FROG_FOOTMAN: En el cuento de Lewis Carroll, *Alicia en el país de las maravillas*, la joven heroína conoce a Frog_Footman, una gran rana que nunca deja de hacer gestos con la cabeza.

Con este personaje, bien conocido por los lectores ingleses, compara Kipling el movimiento de las aletas natatorias de las vacas marinas.

GALÁPAGOS: Islas pertenecientes a Ecuador.

Están situadas en el océano Pacífico, y reciben

también el nombre de Archipiélago Colón.

GRUPERA: Almohadilla que se pone detrás del
borrén trasero en las sillas de montar sobre los
lomos de la caballería, para colocar encima la
maleta u otros efectos.

GUALDRAPA: Cobertura larga que cubre y
adorna las ancas de las caballerías.

H

HIDROFOBIA: Temor enfermizo al agua. Tam-
bién es una enfermedad infecciosa, producida
por un virus, que padecen algunos animales y
que se transmite al hombre o a otros animales
por mordedura; rabia.

I

ISLA DE SAN PABLO: Isla situada al oeste de
Alaska, forma parte de las islas Pribitof. Son el
lugar ideal para la especie de leones marinos, y
es el único territorio conocido donde se repro-
ducen. Durante el período migratorio, el más
largo del año, estos leones marinos de Pribitof

se reparten por el Pacífico, llegando algunos hasta aguas japonesas.

J

JARRETES: El jarrete es la parte alta y carnosa de la pantorrilla.

JASPE: Variedad de cuarzo, opaca, de grano fino y color generalmente amarillo, rojo o pardo, que se usa como ornamentación.

L

LODAZAL: Terreno lleno de lodo.

M

MANGOSTA: Mamífero carnívoro de pequeño tamaño, pelaje rojizo o gris, cuerpo alargado, patas cortas, cola muy desarrollada y hocico apuntado.

MANTIS RELIGIOSAS: Insecto masticador, de cuerpo verdoso, patas anteriores erguidas y juntas cuando permanecen en reposo, cuya hembra suele devorar al macho después de la cópula.

MERGOS: Cuervos marinos.

MILLAS: En el sistema anglosajón, unidad de longitud que equivale aproximadamente a 1.609 metros.

MOSQUETÓN: Arma de fuego más corta y ligera que el fusil.

O

OBÚS: Pieza de artillería de mayor alcance que un mortero y menor que un cañón. También se emplea el término para designar a un proyectil disparado por cualquier pieza de artillería.

P

PANDEMONIUM: Lugar en el que hay mucho ruido y confusión.

PLEITESÍA: Manifestación o muestra reverente de cortesía o de obediencia.

PRETAL: Petral. Correa o faja que ciñe y rodea el pecho de una cabalgadura.

PULGADA: En el sistema anglosajón, unidad de longitud que equivale aproximadamente a

2,5 centímetros.

Q

QUEBRADAS: Terreno tortuoso, desigual, o con muchos desniveles.

QUEROSENO: Mezcla de hidrocarburos líquidos, obtenida por refinado y destilación del petróleo natural, que se utiliza como combustible y en la fabricación de pesticidas.

QUIJADA: Cada una de las dos mandíbulas de un vertebrado que tiene dientes.

QUININA: Sustancia vegetal, amarga y de color blanco, que se extrae de la corteza del quino y que tiene la propiedad de disminuir la fiebre.

R

RICINOS: Planta de origen africano que tiene el tronco verde rojizo, las hojas muy grandes y partidas, las flores en racimo y el fruto esférico y espinoso, y de cuyas semillas se extrae una sustancia purgante.

RUPIA: Unidad monetaria hindú.

S

SARNA: Enfermedad cutánea contagiosa, producida por un parásito que se alimenta de las células superficiales de la piel o que excava túneles debajo de ella.

T

TALUD: Inclinação de un terreno o un muro.

TAXATIVAMENTE: Que no admite discusión.

TORRETERAS: Cauce de un torrente, o lugar por donde corren sus aguas.

TRALLA: Látigo provisto de una trencilla en su extremo para que haga ruido al sacudirlo.

Y

YUNTAS: Conjunto de dos animales de tiro o de labor.

¡Gracias por leer este libro de www.elejandria.com!

Descubre nuestra colección de obras de dominio público en castellano en nuestra web